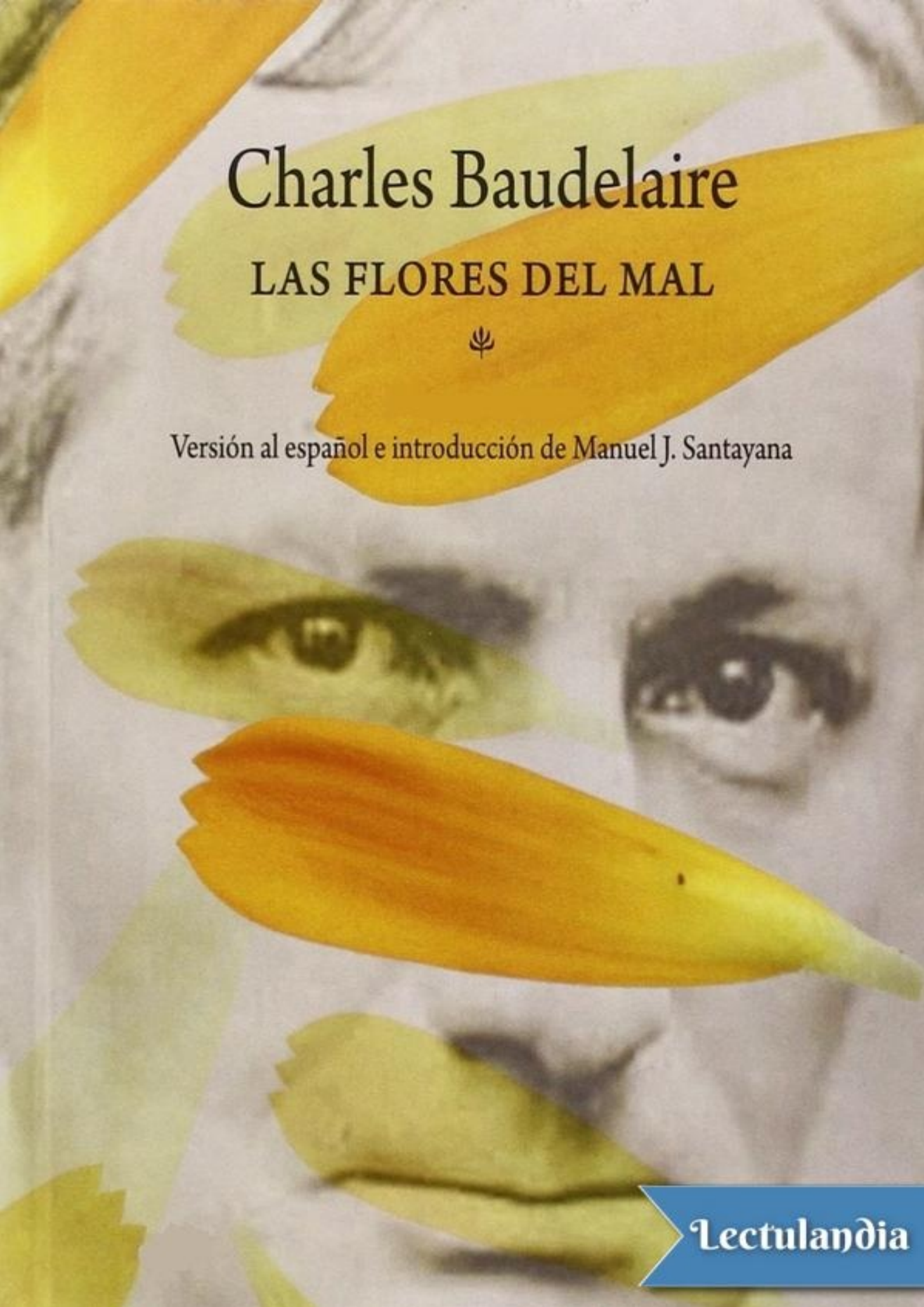

Charles Baudelaire
LAS FLORES DEL MAL
Versión al español e introducción de Manuel J. Santayana
Lectulandia

Las flores del mal es uno de los primeros y más grandes testimonios artísticos de los temores, pasiones y contradicciones que atenazan al hombre moderno, tironeado por impulsos encontrados, nostálgico de un viejo orden que sin embargo hace todo lo posible por derribar. Manuel J. Santayana nos ofrece una traducción memorable, que recrea con espléndida musicalidad el metro y las rimas del original y nos ofrece un Baudelaire para el nuevo siglo: vital y decadente, sentencioso y profético.

Un clásico indispensable.

Lectulandia

Charles Baudelaire

Las flores del mal

(trad. M. J. Santayana)

ePub r1.1
Titivillus 22.01.17

Título original: *Les fleurs du mal*
Charles Baudelaire, 1868
Traducción: Manuel J. Santayana
Ilustraciones: Suzanne Ballivet
Retoque de algunas ilustraciones: epubdroid

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

BAUDELAIRE
LOS ROSTROS Y LAS MÁSCARAS DEL POETA

I

Son muy pocas las obras literarias de cualquier época que puedan hombrearse con la relativamente breve de Charles Baudelaire —poesía y prosa— en su exploración de lo que aún suele llamarse con ambiciosa vaguedad «la condición humana». Y acaso ninguna haya ejercido sobre la poesía mundial, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, un impacto mayor. *Las flores del mal*, cuya primera edición data de 1857, ha sido traducida al chino y al hebreo tras haber ocupado un lugar de privilegio entre los lectores de poesía en todas las lenguas occidentales. Este volumen de versos, punto de partida indiscutido ya de la poesía contemporánea occidental, ha entrado con pie seguro en el siglo XXI: las páginas de la Red dan testimonio de su firme presencia en el espacio cibernético; esta presencia suscita desde los más severos estudios literarios hasta la creación en el mundo de la música popular. La vida del poeta, escudriñada y reconstruida en numerosas biografías —hasta en los más íntimos y dolorosos detalles — a partir de los testimonios de sus contemporáneos, no deja de dar pábulo a la curiosidad y al estudio de los lectores actuales. Entre sus contemporáneos, sólo Víctor Hugo, de obra mucho más variada y voluminosa, comparte con él la actualidad antes apuntada; sólo que es Hugo el novelista (llevado al teatro y al cine) quien atrae un público mundial, habiendo sido el poeta francés más celebrado en su siglo. Desde hace mucho tiempo es la poesía de Baudelaire —específicamente la escrita en verso — la que le mantiene en el ápice de su controvertida gloria dentro y fuera de Francia, y aún más allá de Occidente.

¿Afirma lo anterior que existe de la presente obra una visión homogénea, superadora de todas sus reales y aparentes contradicciones? Es preciso responder que no. Si en todo el ámbito literario la importancia, la influencia y el perenne interés de la obra maestra baudeleriana suelen compartir el mismo reconocimiento, las razones que sustentan ese consenso pueden ser muy diferentes, y de hecho lo han sido desde finales del siglo XIX. Hay una frase del poeta que resume ese movimiento pendular de sus vivencias más profundas: «Desde la niñez sentí en mi corazón dos sentimientos contradictorios, el horror de la vida y el éxtasis de la vida».

Son varios, y aun contradictorios entre ellos, todos los Baudelaire que presentan al lector actual sus lectores críticos a través del tiempo (llamo lectores críticos a aquellos que han explorado los textos del poeta francés en busca de una estética, de una metafísica, de una actitud ante el mundo y de una coherencia subyacente a la riqueza de tonos, de imágenes, de reflexiones y de estados anímicos presentes en la

palabra del poeta). La paradoja más sobresaliente a primera vista es la de hallarnos ante un escritor cuyos más pertinaces enemigos fueron el hastío, la depresión y la pereza; un soñador cuya lista de proyectos emula por su cantidad lo que llegó a publicar y que constituye el fundamento de su celebridad: los intensos poemas que hacen de él casi un místico y un mártir cristiano para unos y un paradigma de perversión para otros, sin olvidar a quienes ven en él, ante todo, a un rebelde magnífico.

Del lado de los detractores los cargos son —todavía— por una parte los mismos de los jueces que condenaron la primera edición en 1857 por ofender la moral establecida, «extirpando» de aquélla, como si se tratara de tumores malignos, algunos de los poemas antológicos de *Las flores del mal*: composiciones ausentes de la segunda edición (1861), que habrán de reaparecer con un soneto-prólogo en la edición de *Las ruinas* (1866) realizada en Bruselas por Auguste Poulet-Malassis, editor de las obras de Baudelaire, cuya lealtad al poeta le hizo blanco de todos los golpes y rechazos de los poderes políticos y sociales del Segundo Imperio; ataques y restricciones que acabaron por arruinar su negocio. Otros poemas-clave fueron añadidos a la tercera edición de 1868.

Crítica de excepción es la de Jean-Paul Sartre, quien, en un libro lleno de agudas reflexiones pero ajeno a la poesía, concentra su inquisición en la persona del poeta y no en la obra, dejando como saldo de aquella una severa condena de Baudelaire por no haber llevado su rebeldía hasta las últimas consecuencias y por haber reafirmado con su dependencia y su actitud vital, ambigua frente los poderes enemigos, el orden social, moral y religioso que su obra impugnaba. En fin: Sartre reprocha al poeta no haber sido un héroe sartriano, existencialista y ateo en pleno siglo XIX, como señaló oportunamente Octavio Paz en un ensayo de su libro *Corriente alterna*. No fue Paz el único en enfrentarse a la crítica psicológica y sociológica de Sartre. En un lúcido ensayo que defiende al poeta más allá de la rebeldía incompleta del hombre, no exenta de infantilidad, Georges Bataille aventura la hipótesis de que la conciencia de Baudelaire tiene por objeto (fatalmente) contemplarse a sí misma en el acto de la contemplación de lo exterior a ella («la conciencia en el Mal»). La esencia de esta poesía, afirma Bataille, «es operar, al precio de una tensión ansiosa, la fusión con el sujeto (la inmanencia), de esos objetos *que se pierden a la vez* para causar la angustia y para reflejarla».

Si bien es cierto que las diversas aproximaciones de la crítica a Baudelaire no inciden en los mismos aspectos de la persona o de la obra a la hora de señalar su importancia capital, no lo es menos que el poeta manifestó criterios diferentes y aun opuestos en diversas etapas de su vida literaria; criterios inseparables de las polémicas de su siglo a partir del movimiento romántico, de cuyo seno emergerán el Realismo, para enfrentársele; el Parnasianismo, para oponerle una actitud más ajena a la efusión sentimental, centrada en la pulcritud formal y en los temas históricos; y el Simbolismo, heredero del clima romántico pero premioso en la búsqueda de

sensaciones y entregado al culto a lo que Stéphane Mallarmé llamará «el misterio en las letras». La poesía en verso de Baudelaire (no me ocupo aquí de los *Pequeños poemas en prosa*) participa de las ideas y de la expresión de los tres primeros movimientos y es precursora del cuarto: del Romanticismo conserva el impulso hacia lo desconocido, la atracción de lo inconcreto, el fervor de lo sublime y la intensidad del sentimiento; el Realismo (antes del Naturalismo que aquél engendrará) le invitará a abordar el tema escabroso y la imagen repelente a la sensibilidad y a los sentidos; del gusto parnasiano hay huellas en poemas tempranos como «La belleza» o «Amo el recuerdo de las épocas desnudas»; que a la luz de la obra posterior pueden leerse como parodias; al Simbolismo le dejará en herencia la teoría de las correspondencias entre los sentidos y el «bosque de símbolos» que es la naturaleza, en el famoso soneto del mismo título. A partir de ese ejemplo, legará a sus epígonos simbolistas la porosidad sensorial que permite al poeta registrar las impresiones más recónditas y sutiles que, filtradas por la sensibilidad y por la imaginación («la reina de las facultades»), plasmarán el verso y la prosa. La teoría pudo hallarla Baudelaire en las obras del místico del siglo XVIII Emanuel Swedenborg, a quien cita en varias páginas de su obra ensayística, y también en E.T.A. Hoffmann, el narrador y músico romántico alemán, a quien leyó con provecho.

No obstante la diversidad de sus fuentes literarias y la plétora de incitaciones de su contenido, *Las flores del mal* ha suscitado en sus muchos lectores críticos —entre ellos prominentes poetas contemporáneos que reconocen su deuda con esta obra— los comentarios más ajenos entre sí. Paul Valéry, por ejemplo, hace hincapié en la «inteligencia crítica» de Baudelaire, en su mezcla innata de «sensualidad y exigencia estética» que lo lleva a juzgar severamente el sentimentalismo informe de los románticos y a representarse un sistema poético en el cual el intelecto serviría de árbitro entre la imprescindible emoción y el no menos precioso cuidado formal: un sistema poético capaz de obtener del verso la «hechicería evocadora» (que el poeta reclama para su labor) ausente de tantos apostrofes emotivos de sus predecesores: es decir, un equilibrio estético entre romanticismo y clasicismo, considerado este último como un ajuste formal impuesto al desorden de las pasiones, en todas las épocas de su aparición. Valéry atribuye el predominio de la inteligencia en el proceso creador, tan prominente en la obra de Baudelaire, al encuentro de éste con la poesía, la narrativa y la ensayística del estadounidense Edgar Allan Poe («la imaginación imita, la inteligencia crítica crea», escribirá Baudelaire). Las lecturas y la apasionada traducción de los cuentos de Poe habrían enseñado al poeta francés «a unir en sí mismo, junto a las virtudes espontáneas del poeta, la sagacidad, el escepticismo, la atención y la facultad razonadora de un crítico». Con énfasis en los aspectos formales del verso baudeleriano, el autor de *Eupalinos o el arquitecto* señala como atributos que explican su permanencia «la plenitud y la claridad excepcional de su timbre, la pura línea melódica y una sonoridad perfectamente sostenida que la distinguen de toda prosa». No es arbitrario apuntar aquí que las virtudes formales que loa Valéry se

ajustan a su propia concepción de la *poésie pure*.

Resulta evidente que Valéry ha eludido en su texto la mención de lo que consideraba más caedizo, defecto del gusto de la época, en *Las flores del mal*: la experimentación con las drogas (opio, hachís, láudano), fuente del importante estudio baudeleriano *Los paraísos artificiales*·, el satanismo (procedente de la *gothic novel* inglesa y de Lord Byron), la morbosidad de los temas y de las imágenes (relacionadas con el Poe macabro de los cuentos), y, acaso por ser ajena a sus propias ideas, la religiosidad, no por polémica menos real, del poeta. Son estos rasgos, que ejemplifican los aspectos «medievalizantes» del volumen (véanse, entre otros poemas, «Castigo del orgullo», «El esqueleto labrador» y «Danza macabra»), los que revelan a un Baudelaire fiel a un aspecto de la sensibilidad romántica pese a su lado crítico y clasicista, y, por lo tanto, vinculado al ambiente de polémica entre creyentes y ateos —casi siempre defensores de la ciencia y de la idea del progreso— que marcó todo el siglo XIX. Esta faceta, acaso la más controvertida del libro, inspiró la famosa frase con la que Víctor Hugo saludó al poeta: «Ha dotado usted al cielo de la poesía de un rayo macabro. Ha creado un nuevo estremecimiento».

No cabe duda de que la postura vital del poeta —muchos de sus actos y de sus escritos— acusa el perfil de un hombre en constante resistencia frente a la moral, las convenciones sociales y, en medida no desdeñable, la religiosidad oficial de su tiempo y lugar. ¿Repetiremos entonces la siguiente frase de Rafael Alberti en el breve prólogo a su traducción de los *Diarios íntimos* del poeta, publicada en Buenos Aires en 1943?

> ¿Qué nos seduce hoy más en el Baudelaire de estos diarios íntimos? Su disconformidad con lo que le rodea. Época todavía la nuestra de tironazos y patadas, sentimos vivo en nosotros su rechinar de dientes, su salivazo de cada mañana contra el horrible rostro del medio que le había tocado soportar y que le rebajaba hasta hundirlo.

¿Limitaremos nuestra admiración y nuestro esfuerzo de comprensión del poeta a su rebeldía frente al medio? El mismo Alberti, a quien «revientan su catolicismo, su Dios y su Satanás», debió reconocer que algunos de los salivazos más despectivos de Baudelaire y su rechinar de dientes obedecen a su religiosidad polémica y atormentada, cuya expresión antecede las geniales imprecaciones del inequívocamente católico Léon Bloy.

Al poco tiempo de su muerte, su contemporáneo, el novelista Barbey d’Aurevilly, definió a Baudelaire como «el Dante de una época decaída». El lúcido aserto de Barbey no impidió que la imagen del poeta «maldito», versificador de las «Letanías a Satán», escritas en el estilo de un breviario católico, el erotismo violento de su poesía, la adhesión de su émulo «pagano» y «satanista», el inglés Swinburne, y las imitaciones lúgubres, paródicas a su pesar, de un Rollinat, se impusieran al

imaginario de la época, oscureciendo al poeta que escribió los siguientes fragmentos:

> En todo hombre hay, en cualquier momento, dos postulados simultáneos: uno hacia Dios y otro hacia Satanás. La invocación a Dios es un deseo de ascender de grado; la de Satanás, o animalidad, es la alegría del descenso. En esta última hay que colocar los amores de las mujeres y las conversaciones íntimas con los animales, perros, gatos, etc. Las alegrías que proceden de estos dos amores se adaptan a la naturaleza de los mismos.
>
> Teoría de la verdadera civilización. No está en el gas, ni en el vapor, ni en las mesas giratorias. Está en la disminución de las huellas del pecado original (trad. Alberti).

Entre los trabajos críticos dedicados a la presencia de Dios en la poesía de Baudelaire destacan los de Charles Du Bos, Jacques Riviére y Pierre Emmanuel. El tercer crítico, también poeta, concluye que «una de las constantes de la poesía baudeleriana es la afirmación del carácter expiatorio del dolor (que en uno de sus últimos poemas, citado por el crítico) […] se expande hasta ser conciencia del perdón divino y de un plan de salvación para el mundo». Jouve y Emmanuel coinciden en creer lo que resume una frase de Yves Bonnefoy en su grave ensayo sobre el poeta: «Baudelaire reanimó la gran idea del sacrificio inscrita en la poesía». Esto ha podido afirmarse de quien dijo en algún momento: «La única justificación de escribir un poema es el placer de escribirlo. La poesía no tiene otro fin que sí misma».

II

Baudelaire, poeta-crítico; Baudelaire, poeta maldito; Baudelaire, poeta católico. Es muy probable que el creador de *Las flores del mal* se reconociera en esos tres postulados sin abandonar por ello la actitud contradictoria que signó su conducta. Del primero, lo exigente y novedoso de su estética, entendida como rechazo y como alternativa al desaliño formal y mental que advertía en sus predecesores románticos (sobre todo en Musset), da testimonio. Innovación que fue también regreso a formas poco frecuentadas por los románticos, como el soneto, y a una musicalidad más rigurosa y sutil a la vez. De lo tercero, su profesión de fe, repetida en sus escritos en alternancia con el agnosticismo y la blasfemia, exhibe un registro expresivo que va de la plegaria desolada y penitente a la afirmación y al arrobo casi místico y a aseveraciones del más ortodoxo contenido teológico. El segundo postulado lo repitió el poeta de diversas maneras en los versos de su libro, en las cartas a su madre y en sus apuntes autobiográficos, que a veces parecen escritos como arranques en espera de un desarrollo ulterior.

No demasiado lejos de la maldición está la mala suerte (*guignon*), que Baudelaire se atribuyó a lo largo de su vida como una carga ineludible que debía llevar en el alma desde su nacimiento. Una somera ojeada a los datos iniciales de su biografía puede ilustrar al lector sobre este punto.

La madre del poeta, Caroline Dufays, casa a los 27 años de edad con un hombre 35 años mayor que ella, François Baudelaire, viudo y padre de un hijo de su primer matrimonio. De la segunda unión nace Charles-Pierre, cuya cuna estaba adosada a una biblioteca en una casa llena de pinturas y adornos que reflejaban el amor paterno a la cultura y a las cosas bellas. El padre muere cuando el poeta ha llegado a la edad de seis años. Vivirá Baudelaire muy unido a su madre, física y emocionalmente, durante el primer año de la viudez de ésta. No sólo sus emociones, sino también sus sensaciones, exacerbadas por la constante cercanía de los vestidos y perfumes maternos, de su piel y de su olor, despertarán en el niño el anhelo de experiencias que harán las delicias del adulto y también acendrarán su amargura. Son horas, días que el poeta recordará siempre, y cuyo fin significará para él un doloroso despojamiento; lo sentirá como un abandono cuando la madre se case de nuevo, esta vez muy enamorada, con el comandante Aupick, hombre apenas unos años mayor que ella, que obtendrá el grado de General y será Embajador de Francia en Constantinopla. Los acontecimientos amargos de su vida, casi siempre provocados por su negativa a aceptar las imposiciones de la nueva situación familiar, serán para el hijo resentido las señales de la maldición simbolizada por el alejamiento sentimental de la madre y por la tutela indeseada, estricta pero no férrea, del comandante Aupick. Su único consuelo será la devoción de Mariette, la vieja criada que le da calor en su soledad y a cuyo fantasma dedicará uno de los más dolorosos poemas de *Las flores del mal*.

En su magnífico ensayo «La tumba de Baudelaire», publicado en 1957, Pierre Jean Jouve resume en pocas palabras la secuela de aquel desastre anímico:

> Las grandes zonas de la mala suerte baudeleriana habrán sido, a saber: las deudas por pagar (pero él siempre contraía nuevas deudas), los malestares nerviosos y la afección o «viruela» (*affection vérolique*) latente, la tutela judicial, los constantes cambios de domicilio, y Jeanne.

La «*affection vérolique*» alude a la sífilis contraída por el poeta a los veinte años de edad a consecuencia de sus visitas a una prostituta, Sara «La Louchette» (la bizca), cuya figura escuálida excitaba la lubricidad del poeta, según sus palabras, «por la proximidad del esqueleto, que es proximidad de la muerte». ¿Deseo de escandalizar a sus amigos y compañeros de juerga? Hay numerosos testimonios del gusto del poeta por espantar a los burgueses con sus comentarios excéntricos de índole macabra y sexual, que anticipan por más de medio siglo los desplantes de algunos escritores vanguardistas de los años veinte, notablemente los dadaístas y surrealistas.

Los malestares nerviosos a que alude Jouve son producto de los experimentos de Baudelaire con diversas drogas en busca de un ahondamiento o expansión de la

experiencia sensible (anhelo romántico que comparte con Gautier y otros contemporáneos). El progreso de la sífilis en su organismo, por otra parte, se hace cada vez más insoportable con el paso del tiempo y le provoca varios desvanecimientos en plena calle, hasta culminar en la afasia y la parálisis que le sobrevienen en Bélgica en 1866. Estos dos horribles flagelos anteceden, por un año apenas, su temprana muerte en París en brazos de la señora Aupick, alfa y omega de su tormentosa experiencia de lo femenino.

La tutela judicial es, como casi todos sus duros enfrentamientos con la vida cotidiana y el entorno social —constante erosión de su salud, de sus economías, de sus posibilidades de un pasar que le permita vivir sin constantes sobresaltos y mudanzas—, una limitación que el poeta atrae sobre sí mismo por su abulia y por su despilfarro de la herencia paterna, de la cual exige entrar en posesión al alcanzar la mayoría de edad. Temiendo que la inconsciencia del poeta, que no se priva de gastar en cuadros, libros y muebles lujosos (sin hablar de su comercio con prostitutas), consuma en poco tiempo su patrimonio, la señora Aupick le impone un tutor designado por los tribunales, el notario Ancelle, que controlará con creciente rigor sus economías desde 1844 hasta la muerte de Baudelaire, como si se tratara de un niño o de un demente. Esta situación, que dura casi toda su vida adulta, humillará al poeta y amargará sus días, según revelan sus cartas a la madre y al notario Ancelle, frecuente blanco de sus exabruptos y sarcasmos. Solo ya cerca del final de la vida del poeta, los fieles amigos de éste, el editor Poulet-Malassis y Charles Asselineau, su primer biógrafo, advertirán el grande afecto que llegó a existir entre el poeta y su tutor, y la admiración que el último, hombre interesado en las letras, llegó a sentir por aquél.

¿Y Jeanne? Es Juana Duval, o Lemer, una mulata nacida en Santo Domingo a quien Baudelaire, aficionado al teatro, descubre en escena desempeñando un papel insignificante. La espera a la salida del local y allí nace una atormentada relación carnal y sentimental destinada a durar más de veinte años y a inspirarle, entre insultos, violencias, separaciones y reconciliaciones, sus más logrados poemas de amor (entre ellos «La cabellera», «El balcón» y «El Leteo»). La relación con la «Venus negra» multiplicará sus deudas, sus cambios de domicilio y sus angustias morales: aquellos ejemplos del *guignon* baudeleriano apuntados con precisión por el poeta Pierre Jean Jouve. Jeanne es Eva, una Eva inconsciente y perversa que le extiende la mano y, en ella, el fruto del Pecado. Jeanne representa, además, la constante evocación de lo exótico y lejano, de los paisajes de ensueño que pintará en muchos poemas, cuyo origen es un temprano viaje (a instancias de Aupick y de su madre, ansiosos por alejarlo de su vida disipada) a la Île Maurice en ruta hacia la India, destino al que nunca arribó. De la imagen de Jeanne quedan los dibujos caricaturescos de Baudelaire y un retrato de Edouard Manet, el gran pintor de «Olympia», que trabó amistad con el poeta alrededor de 1861 pero no despertó en él la admiración y el entusiasmo que aquél sintió por Eugéne Delacroix. Acaso sea justo

apuntar que el Baudelaire de los *Salones*, el creador de la crítica de arte moderna, pertenecía ya al pasado. Cuando inició su amistad con el creador de «La merienda en la hierba» era el hombre prematuramente envejecido cuya decadencia física y mental habría de manifestarse muy pronto.

Las contrapartes más destacadas de la Duval en la vida del poeta, sus musas «angelicadas», que completan los tres ciclos de su poesía amorosa, son dos: la primera es Marie Daubrun, actriz teatral, que esquivará su cortejo tímido y quejumbroso para convertirse en la querida del poeta Théodore de Banville; de aquel fracaso quedan poemas extraordinarios, por ejemplo: «La invitación al viaje», «Lo irremediable» y «Canto de otoño». La otra es Aglaé Sabatier, como la Daubrun, rubia y más bien rolliza, de mejillas sonrosadas y de risa fácil: una estampa de mujer en los antípodas del gusto habitual de Baudelaire por las prostitutas famélicas. *Madame* Sabatier, amante del banquero Mosselman, reunía en su casa a literatos prominentes de la época y recibió de Théophile Gautier, uno de sus asiduos tertulianos, el sobrenombre de «La Presidenta». (Fue también Gautier quien la llamó por el nombre que hoy le dan los biógrafos: Apollonie). Baudelaire, asistente a aquellas tertulias, escribió, como antes a Marie Daubrun, encendidas cartas de amor idealista e «idólatra» a la Presidenta. Sólo que esta vez fueron anónimas y las acompañaban poemas que luego integrarían *Las flores del mal* («El alba espiritual» y «Reversibilidad» son característicos de este ciclo). Para sorpresa del poeta, Apollonie descubrió la identidad de su adorador y decidió entregarse a él. ¿Llegó a poseerla Baudelaire? Se conoce la carta de adiós que él le escribió, decepcionado de que la diosa se revelase mujer. En las cartas de ella, posteriores al ofrecimiento de entregarse al poeta, se muestra enamorada, celosa, vulnerada en el sentimiento más que en el orgullo. Pero no hay ningún testimonio definitivo de que la unión carnal se haya consumado. De aquella situación surgió, sin embargo, una amistad que duró hasta la muerte de Baudelaire.

III

El tema que, más allá de toda polémica y explorado en su complejidad, sigue atrayendo la atención de los críticos, es el de Baudelaire poeta moderno, heraldo de la modernidad literaria; y, dentro de esta faceta, el descubrimiento de la ciudad como tema poético: de la metrópolis decimonónica que fue París ya en trance de dejar de ser la vieja ciudad de los grabados de Charles Meryon para convertirse en el proyecto realizado del arquitecto Haussmann. En la sección de *Las flores del mal* titulada «Cuadros parisienses» se concentra la mayor parte de los poemas en los que la ciudad, observada por el poeta, es escenario de su drama personal y a la vez espectáculo de la miseria humana que su mirada abarca y su compasión abraza. En

los versos de esta sección se diría que el poeta sale de sí mismo como en ninguna otra, para dejar entrar a los otros en el ángulo de visión de una conciencia habitualmente «convertida en su propio espejo». No hay que olvidar, sin embargo, el aserto de Marcel Raymond, el gran crítico suizo del Romanticismo y el Simbolismo, de que en el paisaje urbano y en sus «interiores» Baudelaire tiene el mérito «de haber percibido, hasta en sus fealdades y en sus extrañezas, analogías secretas con sus propias contradicciones».

La ciudad moderna como fuente de visiones, de alucinaciones, no menos eficaz que cualquier Xanadú brotado de un sueño de opiófago, será un tema caro a los surrealistas y formará el núcleo de uno de los poemas de mayor fama e influencia en el siglo XX: *La tierra baldía* (¿por qué no *El erial*?) del estadounidense Thomas Stearns Eliot. El Londres de Eliot representa en su poema lo mismo que el París de *Las flores del mal* y de los *Pequeños poemas en prosa* de 1869, que parecen glosar algunos de los versos más intensos y memorables del libro anterior: un hormiguero humano asediado por una niebla espectral, escenario de «lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte cuya otra mitad es lo eterno e inmutable» (ensayo sobre «Constantin Guys, pintor de la vida moderna»).

En la cita anterior puede advertirse la actitud de Baudelaire frente al arte: de un lado, lo inmutable y eterno (Dios, el amor humano en su modalidad sublime, las grandes pasiones del espíritu); de otro, lo que aparece y desaparece ante nuestros ojos en el espacio de un momento: la visión única e irrecuperable que el recuerdo nos devuelve con alegría súbita y fugaz o con acre insistencia.

En tiempos recientes, la crítica ha comenzado a cuestionar la modernidad unívoca de Baudelaire y a preguntarse a la luz de su biografía y de sus escritos: ¿no hay también un Baudelaire antimoderno? La respuesta es afirmativa. ¿De qué otro modo calificar al lector de Joseph de Maistre, junto a Poe, «el escritor que lo ensenó a razonar»? En pleno Siglo de las Luces, Maistre había impugnado el Enciclopedismo, el progreso técnico y los ideales revolucionarios; y en su libro *Las veladas de San Petersburgo* (publicado en 1821, precisamente el año del nacimiento de Baudelaire) se manifestó como un pensador político tradicionalista, providencialista, creador de un culto al sacrificio («a la sangre que fecunda la tierra en los campos de batalla») que prescribe la inmolación del individuo en aras del grupo y del orden estricto impuesto por un gobierno teocrático. Muchas de las ideas de Maistre aparecen dispersas en la obra de Baudelaire, cuyo cristianismo (teórico) tiene un antecedente directo en las páginas del pensador saboyano, para quien la religión católica, sostenida por la tradición, es el perfecto instrumento del Orden teocrático que preconiza. Incluso la teoría baudeleriana de las correspondencias pudo hallar en Maistre, miembro de una logia masónica desde los veinte años, una fuente inspiradora, junto a las ya mencionadas de Swedenborg y de Hoffmann.

¿Cómo explicar esta adhesión al ultramontanismo maistreano tras conocer la vida del poeta, la exaltación de su propia individualidad manifestada en su rebeldía

erótica, en su teoría de la imagen del *dandy* solitario y desdeñoso como complemento vital del poeta, en su temperamento anárquico cuyas armas solían ser la ironía punzante y el desdén agresivo frente a lo burgués y lo adocenado? El poeta que afirmó la presencia retadora del Pecado en el mundo y la enfrentó como problema vital a las ideas progresistas en un tiempo cada vez más alejado de la Fe, ¿fue siempre y unívocamente un hombre vuelto hacia la vida presente o hacia el futuro? ¿Qué hacer con el lector de la *Arcana Coelestia* de Swedenborg y de textos como el *Poimandres*, atribuido a Hermes Trismegisto y publicado en francés en 1579, que estudia Paul Arnold en un volumen lleno de revelaciones y no suficientemente leído por la crítica posterior? Aquí conviene recordar los ensayos de Octavio Paz, que definen un importante aspecto de la modernidad poética como rebelión contra el progresismo del siglo XVIII, filiación a las doctrinas secretas que busca el sentido de la existencia en las corrientes ocultistas de Oriente y de Occidente y que irriga subterráneamente *Las flores del mal*.

¿Fue Baudelaire un aprendiz de místico? ¿Un obsesivo sexual? ¿Un mixtificador? ¿O, como todavía quieren verle —reduciéndole— ciertos ideólogos mediocres, «un caso patológico»? Fue un ser dividido, sin duda. Leídas «de frente y al sesgo» sus cartas a la señora Aupick, a sus «Musas» María y Apollonie y a todas las personas que ocuparon un lugar trascendente o gravoso en su vida, despiertan tantas dudas como penosas certidumbres. Todas ellas componen el retrato espiritual de un hombre en crisis permanente, ansioso de paz, gentil o desdeñoso pero incontenible en la violencia de sus reacciones y como intoxicado durante muchas horas de su vida por pensamientos torturadores. Esos estados de ánimo afloran en su correspondencia con la madre, aunque es de esperar que haya tratado de mostrarse en ella del modo más susceptible de alcanzar sus favores (dinero, casi siempre, que solía pedir para pagar deudas contraídas por la prisa de liquidar deudas anteriores y apremiantes).

La experimentación con las drogas, el hachís, el opio y el láudano que consumió en grandes cantidades para contrarrestar los efectos devastadores de la sífilis: todo ello pudo contribuir a una existencia plagada de paradojas, llena de proyectos imposibles de cumplir y constantemente amenazada por la aterradora visión del abismo en cada hora vivida («abismo del sueño, de la acción, del deseo») y por la ausencia de voluntad que busca hundirse en el sueño, del cual también debe huir, acosado por visiones espantosas. Marcel Raymond formula en su libro *De Baudelaire al Surrealismo* los elementos que el poeta quiso conciliar en su búsqueda de un dominio del azar en la obra artística, precediendo y anunciando así la obra toda de Mallarmé:

> ¿Cómo se acordarán en un mismo espíritu el esfuerzo voluntario de una inteligencia crítica, de una parte, y de otra parte las actividades místicas que la práctica de la poesía, según Baudelaire, requiere del poeta, la obsesión necesaria de lo sobrenatural, el sentimiento de que existen vínculos que

> ninguna ciencia positiva percibe, entre los seres y las cosas; el regreso, en una palabra, a estados de conciencia que un sicólogo llamará prelógicos o primitivos —otra tentación que podrá conducir ¿hasta dónde? Entre las dos exigencias se adivinan posibilidades de conflictos inextricables.

Del conflicto del espíritu crítico de Baudelaire (herencia genética, tal vez, pero seguramente herencia histórica del siglo XVIII, cuyas ilustraciones y textos libertinos disfrutaba en las trastiendas de las librerías) con su buceo en lo más oscuro de la psique y con su anhelo de infinito, de pureza y de elevación (herencia del primer Romanticismo y acaso, a partir de él, de su hambre de Dios) nació su poesía mejor, que aún asombra, deleita y conmueve con su afán de perfección, su ardor y su humanidad. Como señalara Valéry, sin el ejemplo y el estímulo de ese libro de poemas de poco más de trescientas páginas no se habría enriquecido la poesía francesa del siglo XIX con las obras de Mallarmé, de Verlaine y de Rimbaud, sin mencionar a numerosos epígonos del simbolismo como Renée Vivien y Albert Samain. En el siglo XX habría que mencionar como herederos suyos (sólo para señalar lo más granado) al mismo Valéry, a Pierre Jean Jouve, a Pierre-Emmanuel y a Yves Bonnefoy. Sus deudores en el hemisferio occidental y en otros continentes son legión.

Ante la labor plenamente consumada y fecunda de *Las flores del mal*, el poeta que se llamó a sí mismo «el más triste de los alquimistas» pudo decirle a su destino:

> Tú me diste tu fango y con él hice oro.

Manuel Santayana Ruiz

Nota a la presente versión

He respetado la puntuación de los poemas de Baudelaire; por lo tanto, los curiosos (¡bienvenidos!) por conocer una nueva versión de esta obra al español encontrarán en ella los puntos suspensivos y los signos de admiración detestados por cierto tipo de lector actual, que considera útil extirparlos del texto de un autor pretérito al traducirlo. Más que dejar una marca de «originalidad» y *aggiornamento*, he querido ofrecer a los virtuales lectores en español el Baudelaire de su siglo (el xix), en el cual tales recursos obedecían a un propósito expresivo no discutido, y el poeta no esperaba que el lector contribuyera el énfasis elocutivo durante la lectura, según su temperamento y voluntad. Los signos expresivos acompañarán los versos allí donde el poeta los colocó.

El esfuerzo por mantener la rima y la versificación no fue siempre fácil; pero es también un signo de fidelidad a los textos originales y al prurito, que nunca me abandona, de dar al lector un poema cercano, en lo posible, al estilo del poeta y no una aproximación fallida o abandonada a medias. Por ello agradezco el ejemplo de cinco acuciosos predecesores cuyo ejemplo me ha servido de inspiración: Eduardo Marquina, Ángel Lázaro, Nydia Lamarque, Esteban Torre y Andrés Holguin. Lejos de querer emularlos, he cumplido con esta traducción un proyecto que data de 1975, cuando era yo todavía un jovencísimo aprendiz de la lengua francesa, deslumbrado por los versos de Baudelaire. Los esfuerzos de los traductores mencionados no han hecho otra cosa que servir de acicate a los míos, que ofrezco esperanzado al lector del siglo XXI.

M. J. S.

SB

LAS FLORES DEL MAL

Segunda edición (1861),
y poemas añadidos a la tercera edición (1868)

AL POETA IMPECABLE

AL MAGO PERFECTO DE LAS LETRAS FRANCESAS
A MÍ MUY QUERIDO Y MUY VENERADO
MAESTRO Y AMIGO

THÉOFILE GAUTIER

CON EL SENTIMIENTO
DE LA MÁS PROFUNDA HUMILDAD

DEDICO
ESTAS FLORES ENFERMIZAS

CH.B.

AL LECTOR

La idiotez, el error, la avaricia, el pecado
torturan nuestros cuerpos y ocupan nuestras mentes,
y los remordimientos nutrimos, complacientes,
como nutre sus piojos cualquier desheredado.

Nuestras faltas son tercas, nuestros pesares, flojos;
cobramos alto precio por nuestras confesiones
y, en el lodo, creemos lavar nuestras acciones
con el infame llanto que arrasa nuestros ojos.

Sobre el cojín del mal es Satán Trismegisto
quien mece al alma, lleno de una aviesa piedad,
y el metal resistente de nuestra voluntad
sublima, nigromante de saber nunca visto.

¡Tiene el Diablo los hilos que manejarnos pueden!
Aun lo más repugnante nos finge seductor;
y cada nuevo día bajamos sin horror
un paso hacia el Infierno entre sombras que hieden.

Cual libertino pobre que con horrible mueca
muerde el seno estrujado de una vieja menina,
robamos una dicha fugaz y clandestina
que exprimimos con rabia como una fruta seca.

Bullentes, apiñados cual un millón de vermes,
retozan en los cráneos los demonios violentos,
y al respirar, nos baña los pulmones inermes
la Muerte, oculto río, entre sordos lamentos.

Si el estupro, el incendio, el veneno, la daga
no han bordado diseños con su trazo más fino
sobre el lienzo banal de nuestro cruel destino,
es que nuestra alma teme aún la suerte aciaga.

Pero entre mil chacales, sabuesas y panteras,
escorpiones y simios y buitres y serpientes,
esos monstruos que braman, aullantes y rugientes,
de nuestros torpes vicios en la casa de fieras,

¡hay uno más horrible, más cruel y más inmundo!
Sin grandes aspavientos ni horrenda chillería,
en ruina miserable la tierra tomaría
y en un largo bostezo se tragaría el mundo.

¡Es el TEDIO! Un gran llanto extraño al albedrío,
Él sueña, mientras fuma, un patíbulo alzado.
Tú conoces, lector, al monstruo delicado:
¡hipócrita lector, mi igual, hermano mío!

SPLEEN E IDEAL

I
BENDICIÓN

Cuando por un decreto de la fuerza suprema
el poeta aparece en este mundo hastiado,
su madre pavorida, con intención blasfema,
crispa el puño hacia Dios, que la mira apiadado:

«¡Ah, no haber yo parido un nudo de serpientes
en vez de alimentar esta vana irrisión!
¡Maldita sea la noche de ardores impacientes
en que mi vientre pudo concebir mi expiación!

»Ya que entre las mujeres me eliges y me infamas
para llenar de asco a mi triste marido,
y que, como una carta de amor, entre las llamas
no puedo yo arrojar a ese monstruo encogido,

»derramaré de nuevo el odio que me abate
sobre el vil instrumento de tus crueles acciones,
y torceré ese árbol maldito hasta que mate,
antes aún que nazcan, sus infectos botones».

Así, traga la espuma del mal que la envenena
e, ignorante de los designios inmortales,
ella misma prepara en su oscura Gehenna
la hoguera de los negros crímenes maternales.

Entretanto, al amparo del Ángel que lo cuida,
el Niño relegado se embriaga con el día
y en cada libación, como en cada comida,
encuentra el rojo néctar y la dulce ambrosía.

Él juega con el viento e interpela al celaje
y en su ruta al calvario abre su alma canora;
y el tutelar espíritu que lo sigue en su viaje,
al verlo jubiloso como un pájaro, llora.

Los que inspiran su amor lo miran con recelo,
o bien, mortificados por su tranquilidad,
juegan a ver quién puede martirizar su anhelo
y hacen en él la prueba de su ferocidad.

En el pan y en el vino que llevará a su boca
mezclan ceniza amarga y escupitajo impuro;
hipócritas, rechazan todo aquello que toca
y lamentan cruzarse con su paso inseguro.

Su mujer va gritando por las públicas plazas:
«Ya que me cree tan bella y me quiere adorar,
como un ídolo antiguo del que ostento las trazas,
en oro, tal estatua, me tendrá que ataviar.

»Yo me hartaré de nardo y de mirra y de incienso
y de genuflexiones, de carnes y de vino,
para ver si en quien ama con fervor tan intenso
logro usurpar con risas el tributo divino.

»Y cuando al fin me canse de esas farsas impías,
en su pecho mi mano pondré, frágil y dura;
que mis uñas, iguales a las de las arpías,
al corazón se labren una senda segura.

»Como tórtola tierna que tiembla y que palpita,
le arrancaré del pecho ese corazón rojo,
y para que se sacie mi bestia favorita
se lo echaré a las fauces, misérrimo despojo».

Hacia el Cielo, en que mira un solio refulgente,
el Poeta sereno alza brazos piadosos,
y los vastos fulgores de su alma vidente
le nublan la presencia de los pueblos furiosos:

«¡Sed bendito, Dios mío, que dais el sufrimiento
cual remedio divino a nuestras impudicias
y cual esencia pura que reserva el contento
para el fuerte, anheloso de las santas delicias!

»Sé que guardáis por siempre un lugar al poeta
en las filas benditas de las santas Legiones
y lo invitáis al gozo de la gloria completa
de Tronos, de Virtudes y de Dominaciones.

»Yo sé que es el dolor la única nobleza
que no morderán nunca la tierra y el infierno,

y trenzarán su mística corona a mi cabeza
universos y edades en su girar eterno.

»Mas las joyas ocultas de la antigua Palmira,
los metales ignotos, las perlas de la mar,
por Vos mismo engarzadas, parecerán mentira
junto al fulgor de aquella diadema sin par;

»pues ella estará hecha tan sólo de luz pura
del hogar sacrosanto de los rayos primeros
y a esa luz los más bellos ojos de una criatura
¡son apenas espejos sin luz y lastimeros!».

II
EL ALBATROS

Los tripulantes suelen, por diversión salvaje,
atrapar los albatros, vastas aves del mar
que siguen, indolentes compañeros de viaje,
las naves sobre amargos abismos sin cesar.

Apenas en cubierta, de pie sobre las planchas,
estos reyes del aire, torpes y avergonzados,
dejan caer, inermes, sus blancas alas anchas
que, tal si fueran remos, arrastran a los lados.

¡Cómo es de torpe y feble este alado viajero,
tan bello poco antes! ¡Que apático y risible!
Con su pipa le quema el pico un marinero,
y otro imita, cojeando, su vuelo ya imposible.

El poeta es igual al príncipe del cielo
que al arquero y al viento feroz sabe burlar;
en medio del escarnio, exiliado en el suelo,
sus alas de gigante le impiden caminar.

III
ELEVACIÓN

Por sobre los estanques, por sobre las praderas,
las montañas, los bosques, las nubes y los mares,
allende el sol, los éteres, los rayos estelares,
allende los confines de lejanas esferas,

Tú, espíritu mío, te mueves ágilmente,
y cual buen nadador que a la ola errabunda
se abandona, tú surcas la inmensidad profunda
con indecible gozo, enérgico y ardiente.

Elévate muy lejos de estos miasmas morbosos,
ve ya a purificarte al aire superior
y bebe como un puro y divino licor
ese fuego que colma los espacios radiosos.

Tras vastas pesadumbres e interminables penas
que agravan con su peso la existencia brumosa,
¡felices los que pueden, con ala vigorosa,
lanzarse hacia las selvas soleadas y serenas!

Aquéllos cuyas mentes, como alondras agudas,
hacia el cielo del alba un vuelo libre emprenden;
¡que van sobre la vida y sin esfuerzo entienden
la lengua de las flores y de las cosas mudas!

IV
CORRESPONDENCIAS

Es la Naturaleza templo cuyos pilares
vivos dicen a veces parlamentos arcanos;
es un bosque de símbolos que cruzan los humanos,
y aquéllos les dirigen miradas familiares.

Cual ecos que se mezclan tras lejanos alcores
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche y la luminosidad,
se responden sonidos, perfumes y colores.

Hay perfumes tan frescos como carne de infantes,
verdes como los prados, suaves como el oboe,
y otros hay corrompidos, muy densos y triunfantes,

con la expansión de todo lo infinito esparcidos,
como almizcle y benjuí, como incienso y aloe,
que cantan los arrobos del alma y los sentidos.

V

Me place recordar las edades desnudas
cuando Febo doraba bellas estatuas mudas.
El hombre y la mujer, con gran agilidad,
gozaban sin zozobras y sin malignidad,
y al sol que acariciaba su espalda, paternal,
su fuerza ejercitaban con salud sin igual.
Cibeles, que era entonces fértil y generosa,
no execraba en sus hijos una carga onerosa,
mas, loba rebosante de vulgares ternuras,
nutría al universo en sus mamas oscuras.
El hombre, noble y fuerte, podía ante su grey
admirar las bellezas que lo llamaban rey;
¡frutos libres de ultraje, sin arrugas ni heridas,
cuya carne invitaba, lozana, las mordidas!

El Poeta, si hoy evoca por placer
las grandezas nativas donde se pueden ver
la desnudez del hombre y la de la mujer,
siente que un frío oscuro se adueña de su ser
ante el negro retablo pletórico de espanto.
¡Oh, monstruos que reclaman los vestidos con llanto!
¡Oh, ridículos troncos, hechos para caretas!
Figuras corvas, flácidas, o ventrudas, o escuetas,
que el cruel Dios de lo Útil, implacable y sereno,
en pañales de bronce atrajo hacia su seno.
Y vosotras, mujeres, de palidez mortal
que roe y alimenta el vicio. Y tú, vestal,
que heredas de tu madre la corrupción inmunda
y todos los horrores que te muestran fecunda.

Tenemos, es verdad, naciones corrompidas,
bellezas que al antiguo fueron desconocidas:
rostros que por los chancros del alma están mil veces
marcados, y beldades, diré, de languideces.
Pero esto que inventaron nuestras musas tardías
no impedirá que aun las razas más sombrías
hagan a la divina juventud una ofrenda,
a la juventud santa de alma limpia y sin venda,
de ojos limpios y claros como un agua fluyente,

¡y que esparce por todas partes, indolente,
como el azul del cielo, las aves y las flores,
sus perfumes, sus cantos y sus suaves calores!

VI
LOS FAROS

Rubens, río de olvido, jardín de la pereza,
cabezal de piel fresca donde no es dable amar
pero la vida fluye, se agita y siempre empieza,
como el aire en el cielo y la mar en la mar;

Leonardo de Vinci, oscuro y hondo espejo
donde ángeles que esbozan una suave sonrisa
misteriosa aparecen delante de un bosquejo
de pinos y glaciares que lejos se divisa;

Rembrandt, triste hospital que llenan solamente
murmullos, decorado por una inmensa cruz,
donde el rezo se exhala de un vaho pestilente
y que un rayo de invierno cruza con brusca luz;

Miguel Ángel, un vago lugar donde los Cristos
se mezclan a los Hércules, y se alzan sin miedos
en los ocasos fuertes fantasmas nunca vistos
que rasgan sus sudarios estirando los dedos;

furias de boxeadores, faunescas impudicias,
tú que salvar supiste lo hermoso acanallado,
hombre orgulloso y débil de color de ictericias,
Puget, emperador sombrío del forzado.

Watteau, carnaval donde ilustres corazones,
cual mariposas, yerran entre luminiscencias,
ligeros decorados que alumbran candilones
que en los giros del baile anublan las conciencias;

Goya, mal sueño lleno de cosas inauditas,
de fetos cocinados en tétricos retablos,
viejas ante el espejo, desnudas jovencitas
que se ajustan las medias por tentar a los diablos;

Delacroix, rojo lago de ángeles impuros,
por un bosque de abetos siempre verdes sombreado,
donde extrañas fanfarrias bajo cielos oscuros
pasan, como un suspiro de Weber sofocado;

estas blasfemias duras, maldiciones, lamentos,
los éxtasis, los gritos, los *Te Deum*, los llantos
por laberintos mil dan sus ecos violentos.
¡Es opio que al mortal consuela en sus quebrantos!

Es grito que repiten mil y mil centinelas,
una orden que envían miles de portavoces;
es un faro encendido sobre mil ciudadelas,
¡clamor de hombres perdidos entre bestias feroces!

¡No hay en verdad, Señor, testimonio que pueda
darse más elocuente de nuestra dignidad
que este sollozo ardiente que por los siglos rueda
y va a morir al borde de vuestra eternidad!

VII
LA MUSA ENFERMA

¡Ay, pobre Musa mía! Dime, ¿qué mal te aqueja?
Tus ojos están llenos de fantasmas nocturnos,
y tu faz demacrada por momentos refleja
la locura y el miedo, fríos y taciturnos.

El súcubo verdoso y el duendecillo rosa,
¿con amor te mojaron y terror de sus vasos?
El mal sueño, con mano tirana y caprichosa
¿de un lodazal al fondo acaso guió tus pasos?

Quisiera que, exhalando salud con cada aliento,
tu pecho fuera nido de un fuerte pensamiento
y rítmica fluyera tu sangre de cristiana,

como en sílaba antigua la norma soberana

en que reinan por turno el dios de las canciones,
Febo, y Pan, el señor de las recolecciones.

VIII
LA MUSA VENAL

Musa del corazón, de palacios amante,
¿tendrás, cuando sus Bóreas desate el mes de enero,
en las nevadas noches de tedio anonadante,
para tus pies violáceos, el calor de un brasero?

Esos hombros de mármol, ¿se hallarán reanimados
por los rayos nocturnos que filtra la persiana?
¿Y en tu bolsa vacía como tu boca, hermana,
recogerás el oro de cielos azulados?

Precisas por ganar el trozo de pan diario
tal como un monaguillo mover el incensario,
y entonar los *Te Deum* que no te inspiran nada,

o, saltimbanqui hambriento, lucir todo tu encanto
y desatar tu risa, que oculta amargo llanto,
para arrancarle al vulgo su ruda carcajada.

IX
EL MAL MONJE

Los viejos monasterios, con pinturas preciosas,
mostraban en sus muros la sagrada Verdad,
cuyo efecto, caldeando las entrañas piadosas,
templaba lo muy frío de tanta austeridad.

Cuando del cristianismo la simiente dio rosas,
más de un monje olvidado por la posteridad,
usando como estudio de un osario las fosas,
alababa a la Muerte con gran simplicidad.

«Mi alma es como un sepulcro, ¡indigno cenobita!,
que un tiempo sin memoria mi pie huella y habita.
Nada alegra estos muros que encierran mis despojos».

¡Oh, monje negligente! ¿Podré yo alguna vez
hacer de este espectáculo de triste lobreguez
la labor de mis manos y el amor de mis ojos?

X
EL ENEMIGO

Mi juventud fue una tempestad tenebrosa,
cruzada aquí y allá por la luz a raudales;
de truenos y de lluvias hay ya destrozos tales
que en mi jardín apenas queda fruta sabrosa.

Sucede que a mi mente el otoño ha llegado,
y es preciso empuñar la pala y el rastrillo
para abonar de nuevo el terreno anegado,
de huecos como tumbas, con un nuevo mantillo.

¿Quién sabe si los nuevos capullos que yo sueño
hallen en este suelo, cual arenal isleño,
el místico alimento para su floración?

¡Oh dolor! ¡Oh, dolor! ¡Come el Tiempo la vida,
y el obsceno enemigo que roe el corazón
crece y se torna fuerte con la sangre perdida!

XI
LA MALA SUERTE

¡Para cargar lo que soporto,
Sísifo, anhelo tu valor!
Aun si me entrego a mi labor,
el Arte es largo, el Tiempo, corto.

Por una solitaria ruta
hacia un osario abandonado,
mi corazón, tambor velado,
su marcha fúnebre ejecuta.

Hay muchas joyas enterradas
en las tinieblas, y olvidadas
lejos del pico y de la sonda;

flores hay, tristes, recoletas,
que aroman con pesar, secretas,
allá en la soledad más honda.

XII
LA VIDA ANTERIOR

Habité mucho tiempo bajo enormes arcadas
que los soles marinos teñían ardorosos,
cuyos grandes pilares, rectos y majestuosos,
eran, de noche, grutas de basalto labradas.

Las olas, que espejeaban imágenes del cielo,
mezclaban con solemne y al par místico estilo
acordes de su música vibrante en el sigilo,
al ocaso, en mis ojos reflejado sin velo.

Allí viví entre voluptuosidades calmas,
en mitad del azur, de olas y de esplendores
y de esclavos desnudos, impregnados de olores,

que refrescaban lentos mi ardiente sien con palmas,
y que ahondaban con gran ahínco, cada vez,
el doliente secreto de mi gran languidez.

XIII
BOHEMIOS EN CARAVANA

La profética tribu de pupilas ardientes
se puso ayer en marcha, llevando a sus hijitos
a la espalda, o saciando sus fieros apetitos
con el tesoro presto de los senos pendientes.

A pie, los hombres cuidan con sus armas lucientes
los carros, y a los suyos, ocultos cual proscritos,
y miran fatigados los cielos infinitos
con la triste nostalgia de quimeras ausentes.

Desde el fondo arenoso de su refugio, el grillo
los ve pasar y dobla su canto en estribillo.
Cibeles, que los ama, derrocha sus verduras,

hace manar la roca y dar flor el desierto
ante aquellos viajeros que han de encontrar abierto
un familiar imperio de tinieblas futuras.

XIV
EL HOMBRE Y EL MAR

¡Hombre libre, tú siempre has de querer el mar!
El mar es tu reflejo; tú contemplas tu alma
en el rodar continuo de sus olas en calma
y no es menos amargo abismo tu pensar.

Te complace bucear muy dentro de su imagen;
tus ojos y tus brazos lo estrechan con fervor
y el corazón se abstrae de su propio rumor,
al ruido de esta queja indomable y salvaje.

Los dos sois tenebrosos al tiempo que discretos:
hombre, nadie ha llegado a tu hondura abismal;
oh, mar, nadie conoce tu íntimo caudal,
¡con tal celo guardáis los dos vuestros secretos!

Sin embargo, por siglos que son innumerables,
sin piedad ni pesar lucháis con odio fuerte:
¡tanto gozáis los dos la matanza y la muerte,
luchadores eternos, hermanos implacables!

XV
DON JUAN EN LOS INFIERNOS

Al descender Don Juan al río soterraño
y tras dar a Caronte su peaje supremo,
soberbio como Antístenes, un mendicante extraño
con mano fiera y fuerte empuñó cada remo.

Con los senos colgantes bajo la bata abierta
unas mujeres bajo los astros se retorcían
y, rebaño de víctimas frente a desdicha cierta,
mugiendo largamente a don Juan perseguían.

Sganarelle, con risas, pedía su salario,
en tanto que Don Luis, avergonzadamente,
con el dedo a los muertos mostraba el perdulario
burlador de las canas que plateaban su frente.

Temblorosa y de luto, la casta y magra Elvira,
junto al pérfido esposo que fuera su contento,
parecía rogarle que sonriera sin ira
como en aquellos días del primer juramento.

Un gigante de piedra, dentro de su armadura,
el puño en el timón, cortaba el agua oscura;
pero el héroe impasible se apoyaba en su espada
y miraba la estela sin dignarse ver nada.

XVI
CASTIGO DEL ORGULLO

En tiempos portentosos, cuando la Teología
floreció con mas savia y con mas energía,
se cuenta que un doctor de los mas eminentes,
tras haber violentado los pechos indolentes,
de haberlos sacudido en sus hondas negruras
y de haberles franqueado con rumbo a las alturas
un singular camino por él mismo ignorado,
al que puros Espíritus tan sólo habían llegado,
cual hombre que en lo excelso siente invadirle el pánico
exclamó, en el arrobo de un orgullo satánico:
«¡Jesús, nimio Jesús! ¡Muy alto te he subido!
Mas si a ti desarmado te hubiera combatido,
tu vergüenza sería aun mayor que tu gloria,
¡y tú sólo un embrión de fealdad irrisoria!».
En un instante apenas huyó de él la razón.
El fulgor de aquel sol se cubrió de un crespón;
el caos rodó dentro de aquella inteligencia,
que fuera vivo templo de orden y de opulencia,
cuyo techo una vez pompa y brillo alumbraron.
El silencio y la noche dentro de él se instalaron
cual en cava de que la llave se ha perdido.
A un perro de la calle fue entonces parecido,
y al cruzar como un ciego los bosques y los llanos
sin distinguir apenas inviernos de veranos,
sucio, inútil y feo cual trasto que se pisa,
movía a los pequeños al gozo y a la risa.

XVII
LA BELLEZA

Soy bella, ¡oh, mortales!, cual sueño de granito,
y mi seno, que a todos por turno dio dolor,
se hizo para inspirarle al poeta un amor
cual la materia mudo y cual ella infinito.

Yo reino en el azur, esfinge postergada;
mi blancura es de cisne y mi corazón, nieve;
porque enreda las líneas, odio lo que se mueve
y no río jamás, y no lloro por nada.

Los poetas, al ver mis gestos altaneros,
que evocan monumentos enormes y arrogantes,
consumirán sus días en estudios austeros;

pues, para fascinar tan dóciles amantes,
tengo, puros espejos que hacen las cosas bellas,
¡mis grandes ojos, fúlgidos como eternas estrellas!

XVIII
EL IDEAL

Nunca serán aquellas beldades de viñetas,
productos estropeados de este siglo tunante
que calzan borceguíes y tocan castañetas,
las que al fin satisfagan mi corazón amante.

A Gavarni, poeta de cloróticas diosas,
dejo su grey gorjeante de bellas de hospital,
pues no encuentro en mitad de esas pálidas rosas
una flor semejante a mi rojo ideal.

A quien busca mi pecho de profunda hondonada,
es a vos, *Lady* Macbeth, criminal desalmada,
sueño de Esquilo, abierto frente a nórdicos manes;

o bien, de Miguel Ángel hija, a ti, Noche pura
que tuerces mansamente con extraña postura,
¡tus gracias, que en sus bocas formaron los Titanes!

XIX
LA GIGANTA

Cuando Naturaleza mostraba fuerza tanta
que a diario concebía algún hijo monstruoso,
vivir querido hubiera junto a una giganta
como al pie de una reina un gato voluptuoso.

Ver como el cuerpo al par del alma florecía,
creciendo libremente y jugando entre abrojos;
advertir en su pecho una llama sombría
tras las húmedas nieblas flotantes de sus ojos.

Recorrer a mi gusto sus formas —maravillas—,
bajar por la pendiente de sus vastas rodillas
y a veces en verano, cuando un sol inclemente

la hiciera recostarse en medio a la campaña,
debajo de sus senos dormir plácidamente
como un burgo apacible al pie de una montaña.

XX
LA MÁSCARA

ESTATUA ALEGÓRICA SEGÚN EL GUSTO DEL RENACIMIENTO

A Ernest Christophe, escultor

Contempla ese tesoro de gracias florentinas;
en esa ondulación del cuerpo musculoso
hay Elegancia y Fuerza, dos hermanas divinas.
Esta mujer, bocado de veras milagroso,
divinamente fuerte, cuán bello y delicado,
se hizo para reinar sobre un lecho suntuoso
y deleitar los ocios de príncipe o prelado.

—Mirad esa sonrisa aguda y voluptuosa
en que la fatuidad sus éxtasis pasea;
esa burla en los ojos, lánguida y maliciosa;
ese rostro menudo que una gasa rodea
que en cada rasgo dice un aire triunfal:
«¡El deleite me llama y el Amor me corona!».
¡A este ser adornado de una innata realeza,
ved qué magia excitante la elegancia sazona!
Mirémosla de cerca, en torno a su belleza.
¡Oh, blasfemia del arte! ¡Oh, sorpresa fatal!
¡La promesa de goce de la forma divina
en un monstruo bicéfalo en lo alto culmina!

—¡Error! Es una máscara, un lujo que traiciona,
ese rostro que alumbra una mueca exquisita;
ya mirad, hela aquí, contraída atrozmente,
la cabeza real, y la cara contrita
que se tuerce al abrigo de la cara que miente.
¡Infeliz gran belleza! El copioso torrente
de tu llanto en mi inquieto corazón se derrama,
me embriaga tu mentira y bebe mi alma ardiente
del raudal que el Dolor de tus ojos reclama.

—Mas ¿por qué llora ella? Ella, beldad perfecta
que tendría a sus pies todo un mundo rendido,
¿qué misterioso mal roe su flanco de atleta?

—¡Ella llora, insensato, sólo porque ha vivido!
¡Y porque vive aún! Mas lo que ella deplora
más, y que la estremece y humilla de mil modos,
es que habrá de vivir mañana, ¡hora tras hora!
¡Y pasado mañana, y siempre! ¡Como todos!

XXI
HIMNO A LA BELLEZA

¿Vienes del hondo cielo o emerges del abismo,
Belleza? Tu mirar, infernal y divino,
la merced y el delito nos vierte a un tiempo mismo
y es por eso que puede comparársete al vino.

En tus ojos contienes el poniente y la aurora
y esparces tus perfumes cual noche de tormenta.
Tus besos son un filtro y tu boca un ánfora
que al niño da coraje y que al héroe amedrenta.

¿Sales de negra sima o bajas de los cielos?
El Destino te sigue como perra hechizada,
tú siembras al azar venturas y desvelos
y todo lo gobiernas sin responder de nada.

Andas sobre los muertos y te burlas de ellos;
el horror, de tus joyas, no es la menos luciente
y el Crimen, de entre todos tus amuletos bellos,
sobre tu vientre orondo danza orgullosamente.

La efímera se acerca a tu llama propicia,
crepita y arde y dice: «¡Bendecid esa llama!».
El amante de bruces sobre el cuerpo que ama
semeja un moribundo que su tumba acaricia.

Vengas tú del infierno o del cielo, ¿qué importa,
¡Belleza!, monstruo enorme e ingenuo, mas temido,
si tus ojos, tu risa, tu pie, me abren la puerta
de un infinito que amo y nunca he conocido?

De Dios o de Satán, ¿qué importa, Ángel, sirena,
si vuelves con tus ojos de seda, acariciantes
—ritmo, lumbre, perfume, ¡oh, majestad serena!—,
menos horrible el mundo, más leves los instantes?

XXII
PERFUME EXÓTICO

Cuando en noches de otoño, con los ojos cerrados,
yo respiro el aroma de tu seno ardoroso,
creo avistar los bordes de un piélago dichoso
por los fuegos de un sol monótono incendiados.

Una isla perezosa de árboles cargados
por la naturaleza de un fruto delicioso,
de varones de cuerpo menudo y vigoroso,
de hembras cuyos ojos asombran por confiados.

Llevado por tu olor a idílicos parajes,
veo un puerto poblado de velas y cordajes
que castigan las ondas de verdes litorales.

Mientras, del tamarindo perfumes placenteros
con la brisa penetran en mis fosas nasales
y en mi alma, entremezclados con cantos marineros.

XXIII
LA CABELLERA

¡Oh crin que baja en rizos hasta el busto, hechicera!
¡Perfume de indolencia que impregnas ese pelo!
¡Éxtasis! Porque llenen mi oscura madriguera
los recuerdos que duermen en esa cabellera,
¡la agitaré en el aire lo mismo que un pañuelo!

El Asia displicente y el África abrasada,
todo un mundo lejano que casi se consume
habita tus honduras, floresta perfumada;
si hay almas que se elevan en música acordada,
nada mi alma en las ondas, ¡amor!, de tu perfume.

¡Iré allá, donde, fértiles, árbol y ser pensante
extienden al sol flavo los brazos y las ramas!
¡Oh trenzas, sed marea que me empuja adelante!
Tú guardas, mar de ébano, un sueño deslumbrante
de velas, de remeros, de mástiles y llamas:

un puerto estrepitoso donde mi alma al fin pueda

aspirar el perfume, el sonido, el color;
donde naves que cruzan sobre el oro y la seda
recogen en sus vastas manos esa moneda
de un gran cielo en que tiembla el eterno calor.

Hundiré mi cabeza, de embriagueces ya presa,
en ese negro mar do el otro está encerrado;
y mi sutil espíritu que el vaivén roza y besa
hallará la fecunda molicie que embelesa,
¡balanceo infinito del ocio embalsamado!

Crin azul, pabellón de sombras extendidas,
el combo azul del cielo tus abismos me dan;
en el borde afelpado de tus crenchas torcidas
me embriago ardientemente de esencias confundidas
de aceite de palmera, de almizcle y de alquitrán.

Mucho tiempo… ¡por siempre! mi mano en tu melena
sembrará los rubíes, las perlas y el zafiro
para que a mi deseo nunca embargue la pena:
¿no eres tú mi oasis y la cratera plena
donde a sorbos el vino de la memoria aspiro?

XXIV

Te adoro igual que amo la bóveda nocturna,
oh vaso de tristeza, oh grande taciturna,
y más aún, hermosa, cuando en partir te afanas
y me pareces, tú que mi noche engalanas,
más irónicamente acumular, si pienso,
las leguas que me apartan del cielo azul inmenso.

Voy al ataque y trepo, con mis ensueños vanos,
como tras un cadáver un coro de gusanos,
¡y llego a amar, oh, bestia cruel e inexorable,
la frialdad que a mis ojos te hace más adorable!

XXV

En tu calleja el mundo entero meterías,
¡hembra impura! Eres cruel cada vez que te hastías.
Cada día precisa tu tenaz mordedura
un corazón uncido al potro de tortura.
Tus ojos, alumbrados al igual que bazares
o cipreses que arden sobre los bulevares,
se sirven insolentes de una prestada alteza
sin conocer jamás la ley de su belleza.

¡Máquina ciega y sorda que en el mal te ejercitas!
Saludable instrumento que de sangre te ahítas,
¿cómo no te avergüenzas ni acaso puedes ver
en todo espejo tu beldad palidecer?
La grandeza del mal del que conoces tanto,
¿no te ha hecho jamás retroceder de espanto,
cuando Natura, grande en designios velados,
de ti se sirve, ¡oh, hembra, reina de los pecados!,
para moldear un genio de ti, vil animal?

¡Oh sublime ignominia, grandeza del fangal!

XXVI
SED NON SATIATA

Extraña deidad, bruna como las noches,
de perfume de almizcle que al tabaco se hermana,
hechura de algún brujo, Fausto de la sabana,
ébano el flanco, hija de negras medias noches,

prefiero a la constancia, al opio y a las noches,
el filtro de tu boca donde el amor se ufana;
cuando parten mis ansias rumbo a ti en caravana
tus ojos son cisternas que abrevan mis reproches.

De tus ojazos negros, tragaluces de tu alma,

¡demonio sin piedad!, deja ese fuego en calma;
cual la Estigia no puedo nueve veces tomarte,

¡ay! ¡Y que yo no pueda, Megera libertina,
para vencer tu arrojo y por fin domeñarte,
en tu lecho infernal volverme Proserpina!

XXVII

Con sus largos vestidos que ondulan irisados,
cuando ella camina se diría que danza,
como esas largas sierpes que juglares sagrados
agitan cadenciosos al cabo de una lanza.

Cual arena y azul del desierto, cerrados
los dos al triste humano que va sin esperanza,
como las largas redes de mares agitados,
ella con el despliegue de su desdén avanza.

Brillan sus ojos como dos cuarzos fascinantes,
y en su naturaleza simbólica y ambigua,
mezcla de un ángel puro con una esfinge antigua,

donde todo es de acero, de oro y de diamantes,
como un inútil astro, todo el espacio inunda
la fría majestad de la hembra infecunda.

XXVIII
LA SERPIENTE QUE DANZA

¡Cómo me gusta ver, bella indolente,
de tu cuerpo sin par,
cual una gasa trémula y fluyente
toda la piel brillar!

Sobre tu cabellera tan profunda
de un aroma picante,
mar azul, olorosa y vagabunda,
cobriza y ondulante,

cual nave que despierta muy temprano
al viento de la aurora,
va aparejando hacia un cielo lejano
mi alma soñadora.

Tus ojos, que de gozo y amargura
ocultan risa y lloro,
dos joyas frías son, rara mixtura
del hierro con el oro.

Al verte caminar, lánguida hermosa,
con gracia musical
diríase una sierpe cadenciosa
encima de un varal.

Bajo el fardo invisible que te hastía
se mece vacilante
tu cabeza infantil, con la apatía
de un joven elefante,

y tu cuerpo se estira y se ladea
cual frágil navecilla
que hunde sus palos bajo la marea
cuando roza la orilla.

Como una mar crecida al deshelarse
los glaciares rugientes,
el agua de tu boca, al acercarse
al borde de tus dientes,

me hace beber una vendimia roja
y amarga en su sazón,
¡un hondo cielo líquido que moja
de astros mi corazón!

XXIX
UNA CARROÑA

Alma mía, recuerda, en mitad del trayecto,
esta mañana calurosa:
al doblar una senda, un cadáver infecto
sobre la calle pedregosa,

Las patas en el aire como lúbrica arpía,
ardiente y sudando veneno,
abría con cinismo y sórdida apatía
su intestino de hedores lleno.

El sol iluminaba la corrupción oscura
como para cocerla a punto
y devolver en céntuplo a la inmensa Natura
lo que ella formara junto.

Y el cielo contemplaba el fatuo despiezado
cual flor abrirse, sin querer.
Era tal el hedor que en las hierbas del prado
creíste al fin desfallecer.

Las moscas bordoneaban sobre el vientre podrido,
fuente de negros batallones
de larvas que manaban como espeso fluido
entre los vivientes jirones.

Como una ola aquello bajaba y ascendía
o chispeante se impulsaba;
se diría que el cuerpo, que un vago soplo henchía,
viviente se multiplicaba.

Y aquel mundo exhalaba una música extraña,
como de agua que fluye y viento,
o la criba que limpia el grano de cizaña
con un rítmico movimiento.

Las formas se borraban y eran un sueño apenas,
un escorzo de avance lerdo
en lienzo que el artista concluye a duras penas
abandonándose al recuerdo.

Detrás del pedregal una perra espiaba
la horrible carroña, intranquila,
y, ávida de un pedazo que lamió, nos miraba
con honda furia en la pupila.

¡Y pensar que seréis como esta podre impura,
como esta terrible infección,
Estrella de mis ojos, vos, sol de mi natura,
vos, mi ángel y mi pasión!

¡Sí! Vos seréis así, reina de todo encanto,
tras el último sacramento,
cuando bajo las hierbas del viejo camposanto
os pudráis, y del musgo lento.

¡Decid, hermosa, entonces, al verme que extermina
y que besará vuestros restos,
que yo guardé la forma y la esencia divina
de mis amores descompuestos!

XXX
DE PROFUNDIS CLAMAVI

Yo imploro tu piedad, Tú, a quien sólo venero,
desde el profundo abismo donde mi alma ha rodado,
un lóbrego universo de horizonte nublado
donde flotan de noche horror y desafuero;

un sol tórrido cubre seis meses la llanura
y los otros seis meses es de noche tan sólo;
es un país más yermo y desierto que el Polo:
¡no hay ríos, ni animales, ni bosques, ni verdura!

No hay horror en el mundo que iguale el desconsuelo
ni la fría crueldad de este sol hecho hielo
y de esta inmensa noche que al Caos se asemeja.

¡Envidio la fortuna de las bestias sin dueño
que pueden sumergirse en estúpido sueño
mientras el tiempo, lento, devana su madeja!

XXXI
EL VAMPIRO

Tú, que en mi corazón doliente
penetraste cual cuchillada,
tú que, infernal legión potente,
viniste loca y enjoyada,

para tornar a mi humillado
espíritu en cubil de hiena,
infame a quien estoy ligado
como el esclavo a la cadena,

cual jugador que el juego incita,
como el borracho a su borgoña,
como el gusano a la carroña,
¡maldita seas tú, maldita!

Le he pedido al veloz puñal
conquistar la libertad mía,
y al traidor veneno mortal
librarme de mi cobardía.

¡Ay! Los dos ya me han hecho un signo
respondiéndole a mi inquietud:
«Tú de librarte no eres digno
de tu maldita esclavitud.

»¡Imbécil! Si su vil respiro
sofocaran nuestros esfuerzos,
¡revivirías con tus besos
el cadáver de tu vampiro!».

XXXII

Una noche, en el lecho de una horrible judía,
cual un cadáver junto a un cadáver tendido,
yo me puse a soñar cabe el cuerpo vendido
en la triste belleza que mi alma tanto ansia.

Y me representé su majestad bravía,
su mirar de vigor y de gracia encendido,
sus cabellos, un bosque perfumado y tupido,
que la pasión despiertan en la memoria mía.

Pues yo tu noble cuerpo ferviente habría besado,
y desde tus pies frescos a tus mechas oscuras
hubiera derrochado mis caricias más puras

si alguna vez pudieras, ¡tú, de crueldad dechado!,
derramando unas lágrimas que brotaran tranquilas,
nublar el esplendor de tus frías pupilas.

XXXIII
REMORDIMIENTO PÓSTUMO

Cuando por fin ya duermas, mi bella tenebrosa,
dentro de un monumento de negro mármol hecho,
y sean tu palacio y tu alcoba y tu lecho
un subsuelo lluvioso y una profunda fosa;

cuando oprima la piedra tu garganta medrosa
y tus caderas laxas en su recinto estrecho,
ya el pecho de latir y anhelar sin derecho,
y tus pies apartados de su ruta azarosa,

la tumba, confidente de mi sueño infinito
—porque la tumba siempre comprenderá al poeta—
en esas vastas noches en que el sueño es proscrito,

te dirá: «¿De qué sirve, cortesana incompleta,
ignorar de los muertos el terrible tormento?».
Y te roerá el gusano como un remordimiento.

XXXIV
EL GATO

Ven, lindo gato, a mi regazo amante;
guarda las uñas de tu pata,
que me sumerja en tu mirar radiante,
fulgor de ágata y de plata.

Mientras mis dedos acarician lentos
tu cabeza y tu lomo elástico
y de placer se crispan temulentos
al recorrer tu cuerpo eléctrico,

veo el alma de mi hembra. Su mirada,
como la tuya, animalito bueno,
profundo corta, flecha helada.

Y de sus pies a su cabeza nada,
un suave aroma de peligros lleno
que envuelve su cuerpo moreno.

XXXV
DUELLUM

Dos guerreros pelearon fieramente; sus armas
salpicaron el aire de sangre y de fulgores.
Esos juegos y choques de aceros son alarmas
de juventud ya presa de nacientes amores.

¡Se han roto las espadas cual nuestra lozanía,
mujer! Pero los dientes, las uñas aceradas
de puñal y de espada, vengan la alevosía.
¡Furia de corazones por amor ulcerados!

En la sima poblada de fieros animales
han rodado los héroes que la maldad encona,
y ha de mostrar su piel aridez de zarzales.

La sima, que mi gente ha poblado, ¡es el infierno!
¡Rodemos sin pesar allí, cruel amazona,
para que no se apague nuestro rencor eterno!

XXXVI
EL BALCÓN

¡Madre de los recuerdos, la amante más querida,
Tú, mis placeres todos! ¡Tú, todos mis deberes!
Te acordarás de cada caricia compartida,
del hogar, del hechizo de los atardeceres,
¡madre de los recuerdos, la amante más querida!

En noches que alumbraba con su ardor el carbón
y otras, en el balcón, entre vapores rosas.
¡Cuán dulce fue tu seno! ¡Cuán fiel tu corazón!
Dijimos muchas veces inolvidables cosas
en noches que alumbraba con su ardor el carbón.

¡Qué bellos son los soles en las tardes templadas!
¡Qué profundo el espacio! El pecho, ¡qué pujante!
Y junto a ti, oh, reina entre las adoradas,
creía oler efluvios de tu sangre fragante.
¡Qué bellos son los soles en las tardes templadas!

La noche se ensanchaba como una gran clausura
y en lo negro mis ojos los tuyos presentían
y bebía tu aliento, ¡oh, veneno, oh, dulzura!,
y en mis manos fraternas tus pies se adormecían.
La noche se ensanchaba como una gran clausura.

Yo sé cómo evocar los minutos dichosos
y echado en tus rodillas revivir mi pasado
pues, ¿dónde tus encantos he de hallar, perezosos,
sino en tu tierno pecho, sino en tu cuerpo amado?
¡Yo sé cómo evocar los minutos dichosos!

Esos votos, perfumes y besos infinitos,
¿brotarán de un abismo prohibido a nuestras sondas,
como ascienden al cielo los soles no marchitos
tras bañarse del mar en las aguas más hondas?
¡Oh, votos! ¡Oh, perfumes! ¡Oh, besos infinitos!

XXXVII
EL POSESO

El sol ya se ha cubierto de un crespón. Al igual
que el sol, ¡oh, Luna mía!, envuélvete en negrura;
duerme o fuma si quieres; calla con amargura
y lánzate del Tedio al abismo fatal.

¡Así te amo! Pero si quieres por mi mal,
como un astro eclipsado que brota de la hondura,
pavonearte en los sitios que abruma la Locura,
¡sea! ¡Sal de tu funda, hiere, cautivador puñal!

¡Enciende tu pupila con luz de los fanales!
¡Enciende un vil deseo en miradas bestiales!
Todo me place en ti, malsano o incivil.

Se lo que quieras, noche total, alba de oro;
ya no hay una fibra en mi cuerpo febril
que no grite: ¡*Oh, mi amado Belcebú, yo te adoro*!

XXXVIII
UN FANTASMA

1. LAS TINIEBLAS

En el cubil de mi profunda pena,
donde el Destino ya me ha relegado
y un sol rosa y feliz no ha penetrado,
y la inhóspita Noche me enajena,

habito cual pintor que un Dios burlón
condena a trabajar en noche oscura,
fúnebre marmitón cuya ventura
es hervir y yantar mi corazón.

A ratos brilla, alárgase y se tiende
una visión de gracia y de belleza,
de oriental dejadez que me suspende,

y cuando alcanza su total grandeza,
ya sé quién es mi visitante hermosa:
¡Es ella, negra a un tiempo y luminosa!

2. EL PERFUME

Lector, ¿alguna vez has aspirado
con ebriedad y con fruición golosa
incienso en una nave religiosa
o el almizcle en su bolsa inveterado?

¡Profundo arrobo, magia capitosa
que en el presente restaura el pasado!
Así el amante sobre el cuerpo amado
arranca del ayer la flor preciosa.

De sus crenchas elásticas y duras
emanaba un olor salvaje y fiero,
vivo frasco; en la alcoba, pebetero,

y de entre sus sedosas vestiduras
que su aroma llenaba por entero,
cual de un forro de piel, esencias puras.

3. EL MARCO

Cual bello marco suma a la pintura,
aun si es la obra de un pincel nombrado,
un no sé qué de extraño y encantado,
aislándola de toda la natura,

joyas, muebles, metales, doradura,
realzaban su primor inusitado;
todo, a su claridad subordinado,
le servía de marco a su hermosura.

Y ella a veces pensaba, se diría,
que todo ansiaba amarla, y sumergía
su desnudez con voluptuoso acento

en las caricias de su lecho tibio,
y, lenta o brusca, a cada movimiento,
era su gracia la de un joven simio.

4. EL RETRATO

La Dolencia y la Muerte hacen un día
cenizas del ardor de nuestras frentes,
de aquellos ojos tiernos y fervientes,
de aquella boca en que mi amor se hundía.

De los besos, dictámenes potentes,
deliquio ayer que más que un sol ardía,
¿qué queda ya? ¡Qué espanto, oh alma mía!
Los trazos de un dibujo evanescente

que muere como yo, triste y aparte,
burla del Tiempo, el afrentoso anciano
que con ala brutal rasga, inhumano…

¡Criminal que asesinas Vida y Arte!
¡Tú nunca matarás en mi memoria
a la que mi placer fuera, y mi gloria!

XXXIX

Te regalo estos versos por si mi voz pudiera
abordar triunfadora una edad muy lejana
y hace una vez soñar, de noche, al alma humana,
bajel favorecido por la galerna fiera,

tu memoria, al igual que una antigua quimera,
fatigue como un tímpano al lector de mañana
y, por cadena mística que lo distante hermana,
quede como prendida a mi rima altanera.

¡Ser maldito a quien nadie, desde el profundo abismo,
responde, o desde el Cielo, que no sea yo mismo!
Oh, tú, que como sombra perdida en noche larga

rozas con pie ligero y mirar displicente
a los torpes mortales que te han juzgado amarga,
¡estatua de ojos negros y de broncínea frente!

XL
SEMPER EADEM[1]

¿De qué os brota, inquirís, esta tristeza extraña
que sube como un mar a un peñón desolado?
Cuando ya el corazón su mies ha colectado
es un secreto a voces: sólo vivir nos daña.

Es una pena simple y nada misteriosa
y, cual vuestra alegría, frente a todos estalla.
¡Dejad ya de indagar, oh beldad tan curiosa!
Y aunque sea muy suave vuestra voz, digo: ¡calla!

¡Callaos, ignorante! ¡Alma siempre aturdida!
¡Boca de risa niña! Más aún que la Vida,
la Muerte nos gobierna con sus sutiles mañas.

¡Dejad mi corazón engañarse en su empeño,
hundirse en vuestros ojos como en un bello sueño
y dormir largo tiempo bajo vuestras pestañas!

XLI
TODA ENTERA

El Demonio, en mi estancia alta,
de mañana me quiso ver
y, ansioso de cogerme en falta,
me dijo: «Quisiera saber,

»entre todas las bellas cosas
de que está hecho su esplendor,
entre los negros y los rosas
que componen su cuerpo en flor,

»¿cuál te complace más?». ¡Oh, alma mía!
Respondiste al Aborrecido:
«Pues todo en ella es ley y guía,
ningún detalle he preferido.

»Todo me encanta, y mi alma ignora
qué me seduce en tal derroche:
ella deslumbra como Aurora
y consuela como la Noche.

»La euritmia es demasiado rica
que hay en su cuerpo, de mil modos,
para que el Arte que critica
separe un acorde entre todos.

»¡Oh metamorfosis, portento
que el sentido abarca y resume!
¡Es pura música su aliento
como su voz es el perfume!».

XLII

¿Qué dirás esta noche, pobre alma abandonada?
¿Qué dirás, corazón otrora entristecido,
a la muy bella, a la muy buena y muy amada
por cuyos bellos ojos de pronto has florecido?

Pondremos nuestro orgullo en cantar sus loores,
nada vale el dulzor que hay en su autoridad;
su carne espiritual trae de un Ángel olores
y sus ojos nos cubren de excelsa claridad.

Ya sea en la tiniebla nocturna y solitaria
o en la calle, rodeado de multitud gregaria,
en el aire su espectro cual llama contorsiona.

A veces habla y dice: «Soy bella, y mi realeza
manda que sólo ames, por mi amor, la Belleza;
soy el Ángel guardián, la Musa y la Madona».

XLIII
LA LLAMA VIVIENTE

Van delante de mí, ojos de luces plenos
que algún Ángel muy sabio ha sin duda imantado;
van, hermanos divinos, mis hermanos serenos,
atizando en los míos su fuego adiamantado.

A salvo de la trampa y el pecado protervo,
en pos de la Belleza me guían diligente;
siendo mis servidores, de ellos soy el siervo;
mi ser todo obedece a esa llama viviente.

Bellos ojos, brilláis con la mística llama
de los cirios que arden al sol rojo que dora,
sin extinguirlo, el fuego fantástico que inflama.

Ellos cantan la Muerte, mas vosotros, la aurora,
y marcháis celebrando mi alma despierta ya,
¡astros cuya luz nunca un sol apagará!

XLIV
REVERSIBILIDAD

Ángel lleno de gozo, ¿conoces tú la angustia,
la vergüenza, el hastío, los llantos, los reproches
y los vagos pavores de esas horribles noches
que al corazón estrujan como flor que se mustia?
Ángel lleno de gozo, ¿conoces tú la angustia?

Ángel de bondad lleno, ¿conoces el rencor,
los puños en la sombra crispados y la hiel
del llanto, y la venganza que nos reclama, fiel,
y que capitanea nuestro mundo interior?
Ángel de bondad lleno, ¿conoces el rencor?

Ángel todo salud, ¿viste al calenturiento
que junto a las paredes del pálido hospital
yerra como exiliado arrastrando su mal
y buscando la luz con labio temulento?
Ángel todo salud, ¿viste al calenturiento?

Ángel bello, ¿conoces los rostros arrugados,
el miedo a la vejez y el horrible tormento
de leer el secreto terror del sentimiento
en ojos que los nuestros sondeaban, exaltados?
Ángel bello, ¿conoces los rostros arrugados?

Ángel lleno de gozo, de luz y de alegrías,
David muriente habría la salud demandado
a las emanaciones de tu cuerpo encantado.
Mas de ti yo no imploro más que plegarias pías,
¡Ángel lleno de gozo, de luz y de alegrías!

XLV
CONFESIÓN

Una vez, sólo una, dulce amiga amorosa,
en mi brazo el vuestro, torneado,
se apoyó (en lo más hondo de mi alma tenebrosa
el recuerdo no se ha borrado);

era tarde; lo mismo que una nueva moneda
la luna llena se exhibía
y la noche solemne, cual corriente que rueda,
sobre París durmiente ardía.

Muy cerca de las casas, bajo puertas cocheras,
cruzaban gatos fugazmente,
la oreja alerta, o iban, cual sombras compañeras,
a nuestro lado lentamente.

Súbitamente, en medio de la intimidad libre
que a la luz pálida se abría
de vos, violín sonoro que no dejáis que vibre
sino la más clara alegría,

de vos, que sois fanfarria jubilosa y brillante
en el fulgor de la alborada,
una nota quejosa escapó vacilante
nunca antes por mí escuchada,

tal criatura enfermiza, horrible ser inmundo
que a su familia humillaría,
y que ésta, ha tiempo hubiera, por ocultarla al mundo,
encerrado en cueva sombría.

Pobre ángel, vuestra nota desacorde cantaba:
«¡Aquí nada es jamás lo mismo
que aparenta, y por bien que se disfrace acaba
por revelarse el egoísmo!

»Es un oficio duro el de mujer hermosa,
y es labor muy banal
la de la loca y fría danzante desdeñosa
con su sonrisa maquinal;

»¡construir sobre un alma es un inútil gesto,
si se hunden amor y beldad
hasta que ya el Olvido los arroja en su cesto
y los vuelve a la Eternidad!».

Ya evoqué muchas veces esa luna encantada,
muda y lánguida evocación,
y aquella confidencia horrible, susurrada
a un locutorio: el corazón.

XLVI
EL ALBA ESPIRITUAL

Cuando la aurora blanca y bermeja, en la puerta
del libertino, júntase al Ideal roedor
por obra y gracia de un misterio vengador,
en la bestia letárgica un Ángel se despierta.

Del Cielo Espiritual el azur imposible
para el hombre abatido que sufre y que aún sueña
se abre como un abismo que de su ser se adueña.
Así, Deidad querida, ser lúcido y sensible,

sobre humeantes detritus de estúpidas orgías,
tu recuerdo más claro, más bello, más rosado,
gira frente a mis ojos, y lo miro asombrado.

El sol ha ennegrecido la llama en las bujías;
¡así, siempre triunfante, tu fantasma es igual,
alma resplandeciente, a ese Sol inmortal!

XLVII
ARMONÍA DE LA TARDE

Al tiempo que se mece sobre el tallo ágilmente,
cada flor se evapora, incensario que arde.
Sones y aromas giran al aire de la tarde,
¡melancólico vals y vértigo indolente!

Cada flor se evapora, incensario que arde.
El violín se estremece como un alma doliente.
¡Melancólico vals y vértigo indolente!
Es altar bello y triste el cielo de la tarde.

El violín se estremece como un alma doliente:
¡un alma ante la nada vasta y negra, cobarde!
Es altar bello y triste el cielo de la tarde.
El sol, en roja sangre, se anega totalmente.

Un alma ante la nada vasta y negra, cobarde,
recoge los vestigios del pasado esplendente.
El sol, en roja sangre, se hunde totalmente…
¡Cual custodia, tu imagen en mí fulgura y arde!

XLVIII
EL FRASCO

Hay perfumes muy fuertes que filtran toda cosa
y el cristal para ellos es materia porosa.
Abriendo un cofrecillo venido del Oriente
cuyo cerrojo emite un chillido estridente,

o un armario en algún caserón desolado,
lleno del acre olor del tiempo y empolvado,
se encuentra algunas veces un frasco memorioso
del cual escapa, viva, un alma sin reposo.

Dormidos pensamientos cual fúnebres crisálidas
que temblaban, muy tenues, en las tinieblas cálidas,
al sacudir el ala liberan su tesoro
de tinte azul, satén de rosa, gotas de oro.

He aquí que se revuelve el misterio embriagante,
los ojos ya se cierran, y el vértigo triunfante
toma el alma vencida y la empuja a dos manos
a un abismo de efluvios y de miasmas humanos;

lo arroja al borde de un abismo milenario
donde, Lázaro ungido que rasga su sudario,
se mueve el ya despierto cadáver espectral
de un amor viejo y rancio, amable y sepulcral.

Así, cuando ya el mundo olvide al solitario
perdido en el rincón de algún siniestro armario,
cuando sea sólo un frasco antiguo y desolado,
decrépito, viscoso, sucio, abyecto, quebrado,

¡yo seré tu ataúd, amable pestilencia!,
testigo de tu fuerza y de tu virulencia:
¡veneno preparado por ángeles! ¡Poción
que roe, vida y muerte para mi corazón!

XLIX
EL VENENO

Sabe el vino vestir los tugurios peores
de un lujo milagroso
y hace brotar más de un pórtico fabuloso
de sus rojos vapores
como un sol que se pone en un cielo brumoso.

El opio agranda espacios sin término visible,
ilimitado al parecer,
hace más hondo el tiempo, profundiza el placer
y, más allá de lo posible,
el alma en mil placeres sombríos hace arder.

Mas nada es comparable al veneno que fluye
de tu verde mirada,
lago en que mi alma tiembla y se ve reflejada…
El tropel de mis sueños huye
para saciar su sed en la amarga ensenada.

Mas nada se compara al prodigio terrible
que tu saliva vierte
en mi alma sin pesar, que va al olvido, inerte,
y en un vértigo irresistible
¡la arroja, exhausta, a las riberas de la muerte!

L
CIELO ESFUMADO

Parece tu mirada cubierta por un tul;
tu mirar misterioso (¿es verde? ¿gris? ¿azul?),
ya soñador, ya tierno, ya de crueldad de hielo,
refleja la indolencia y palidez del cielo.

Evocas esos días blancos, tibios, velados,
que en lágrimas anegan los pechos embrujados,
cuando, presa de un mal que roe como el verme,
los nervios hacen burla de la mente que duerme.

A veces me recuerdas horizontes de rosa
que alumbran soles tibios de la estación brumosa.
¡Cómo brillas, paisaje que la lluvia ha mojado
e inflaman los destellos de algún cielo esfumado!

¡Oh seductores climas! ¡Oh peligrosa amada!
¿Adoraré tu nieve y tu tierra escarchada
y lograré arrancarle al invierno brutal
placeres más agudos que el hielo y el puñal?

LI
EL GATO

I

Por mi cerebro va indolente
como en su espacio, sin rumor,
un gato suave, encantador.
Si maya, apenas se le siente;

así es su timbre de discreto;
suene en su voz calma o gruñido,
es rico y hondo su sonido:
he aquí su encanto y su secreto.

Esa voz que se filtra y llega
hasta mi hondón más tenebroso
me colma cual verso armonioso
y, cual filtro, de paz me anega.

Todos los éxtasis concita
y aduerme penas muy amargas;
y al decir las frases más largas
de palabras no necesita.

No hay arco de violín que muerda
mi corazón, puro instrumento,
ni haga cantar con más aliento
real su más vibrante cuerda

como tu voz, oh, misterioso
gato, seráfico y cortés,
en quien como en un ángel es
todo sutil y numeroso.

II

Trae su pelambre blanca y bruna
tal aroma que una vez yo
lo acaricié y me embalsamó;
sólo una vez sucedió, una.

Él es el numen del lugar;
él inspira, juzga y preside
todo en su reino, y él decide:
¿es un hada? ¿un dios tutelar?

Cuando mis ojos hacia él van
como atraídos por imán
y luego vuelven al abismo
donde me miro yo a mí mismo,

veo con estupor creciente
arder sus ojos pensativos,
claros focos, ópalos vivos
que me contemplan fijamente.

LII
EL BELLO NAVÍO

Quiero contarte a ti, oh lánguida hechicera,
las bellezas que adornan tu verde primavera,
pintar esa beldad en que, a la vez
que la infancia, enamora la joven madurez.

Cuando agitas la falda con ademán experto
semejas un navío que sale a mar abierto,
avanzando, la vela henchida al viento,
con un ritmo suave y perezoso y lento.

Sobre el cuello torneado y los hombros carnosos
luce tu testa erguida movimientos graciosos;
con placidez y oronda galanura
recorres tu camino, majestuosa criatura.

Quiero contarte a ti, oh lánguida hechicera,
las bellezas que adornan tu verde primavera,
pintar esa beldad en que, a la vez
que la infancia, enamora la joven madurez.

Tu seno exuberante que desborda el moaré
a un bellísimo armario aquí compararé
cuyos claros paneles alabeados
como escudos atraen relámpagos airados.

Escudos incitantes, con ápices de rosa,
arcón donde hay secretos y es buena toda cosa,
donde hay vinos, perfumes y licores
que harían delirar a sabios amadores.

Cuando agitas tu falda con ademán experto
semejas un navío que sale a mar abierto
y que avanza, la vela henchida al viento,
con un ritmo suave y perezoso y lento.

Tus nobles piernas, bajo agitados volantes,
excitan los oscuros deseos, desafiantes,
cual dos brujas que hicieran a su paso
volcarse un negro filtro en un profundo vaso.

Tus brazos, que burlaran a titanes precoces,
son émulos lucientes de las boas feroces,
hechos para el abrazo aniquilante

que sobre el corazón deja impreso al amante.

Sobre el cuello torneado y los hombros carnosos
luce tu testa erguida movimientos graciosos;
con placidez y oronda galanura
recorres tu camino, majestuosa criatura.

LIII
LA INVITACIÓN AL VIAJE

¡Niña, hermana pura,
sueña en la dulzura
de ir, allá lejos, uno al otro unido!
¡Amar sin sufrir,
amar y morir
en ese país a ti parecido!
Los soles mojados
de cielos nublados
tienen para mí el extraño encanto
que tornan fulgores
tus ojos traidores
cuando resplandecen cubiertos de llanto.

Todo allí es orden, lujo, amenidad,
paz, belleza y voluptuosidad.

Los muebles lustrosos,
antiguos, lujosos,
engalanarían nuestra bella estancia;
las más raras flores
sus suaves olores
mezclaran al ámbar de tenue fragancia.
Los plafondos regios,
los hondos espejos,
el brillo oriental;
todo al alma mía
sin voz hablaría,
en su deleitoso lenguaje natal.

Todo allí es orden, lujo, amenidad,
paz, belleza y voluptuosidad.

¿Ves en los canales
las naves triunfales
de oscilar inquieto, siempre vagabundo?
Por colmar con celo
tu más leve anhelo
vuelven del extremo lejano del mundo.
Los soles ponientes
revisten sonrientes
campos y canales, toda la ciudad,
de jacinto y oro;
y el mundo que adoro
duerme en una cálida luminosidad.

Todo allí es orden, lujo, amenidad,
paz, belleza y voluptuosidad.

LIV
LO IRREPARABLE

¿Es posible asfixiar el fiel Remordimiento
que vive, se enrosca y escarba,
al que, cual muerto al verme, servimos de alimento,
igual que la encina a su larva?
¿Es posible asfixiar el cruel Remordimiento?

¿En que filtro, en qué copa de vino, en qué tisana,
ahogar esta fuerza enemiga,
destructora y golosa como la cortesana,
tan paciente como la hormiga?
¿En qué filtro, en qué copa de vino, en qué tisana?

Dilo, bella hechicera, ¡oh, di si lo has sabido
a este espíritu angustiado,
como un agonizante que aplastan los heridos,
por casco de corcel golpeado!
Dilo, bella hechicera, dilo, si lo has sabido,

a este agonizante que el lobo ya olfatea
y que el cuervo inmóvil vigila,
¡a este soldado roto! Preciso es que descrea
del reposo en tumba tranquila,
¡el pobre agonizante que el lobo ya olfatea!

¿Es posible alumbrar negros cielos de lodo?
¿O desgarrar la cerrazón
más densa que la pez, y que lo ciñe todo
sin sol, ni astros, ni blandón?
¿Es posible alumbrar negros cielos de lodo?

La esperanza que enciende los vidrios del Albergue
¡se extinguió! ¡Para siempre ha muerto!
Sin luna, ¿cómo hallar quien al mártir albergue
que sufre por camino incierto?
¡El Diablo ennegreció los vidrios del Albergue!

Adorable hechicera, ¿amas al condenado?
¿Conoces tú lo irremediable?

¿Viste al Remordimiento de dardo envenenado
de quien somos blanco culpable?
Adorable hechicera, ¿amas al condenado?

Lo irreparable roe con su boca maldita
el alma, triste monumento,
y suele arremeter, igual que la termita,
por el oculto basamento.
¡Lo irreparable roe con su boca maldita!

Vi alguna vez, al fondo de un teatro banal
que inflamó la orquesta sonora,
un hada que brillaba en un cielo infernal
como una milagrosa aurora;
vi alguna vez, al fondo de un teatro banal,

un ser que no era más que oro, luz y gasa,
derribar al enorme Satán;
¡mas es mi corazón, que el éxtasis no abrasa,
teatro en que aguarda mi afán,
en vano siempre, al Ser de las alas de gasa!

LV
PALIQUE

¡Sois un brillante cielo de otoño, claro y rosa!
Pero en mí la tristeza sube, mar de letargo,
y al refluir le deja al labio, dolorosa,
la memoria que abrasa igual que un lodo amargo.

—Tu mano roza en vano mi pecho que se arroba;
lo que ella busca, amiga, es sitio que ha saqueado
la mujer con sus garras y sus dientes de loba.
No hay corazón; las bestias ya lo han devorado.

Es palacio arrasado por una plebe ruda;
¡allí se embriaga y mata, se destrozan los seres!
—¡Un perfume os rodea la garganta desnuda!

¡Oh, Belleza, flagelo del alma, tú lo quieres!
¡Con tus ojos de fuego, antorchas hechiceras,
calcina estos despojos que han dejado las fieras!

LVI
CANTO DE OTOÑO

I

Pronto nos hundiremos en las tinieblas frías;
¡adiós vivo y fugaz sol de nuestros veranos!
Oigo ya cómo caen, estos fúnebres días,
los leños que retumban en los patios cercanos.

El invierno va a entrar en mi ser: fiero odiar,
cólera, horror, temblores, duro bregar forzado,
y, como el sol hundido en su infierno polar,
será mi corazón bloque rojo y helado.

Escucho tembloroso el leño que se abate;
cuando se alza un cadalso, no es más atronador;
mi espíritu semeja la torre que el embate
de un ariete incansable derriba, destructor.

Me parece, acunado por el golpe que insiste,
que un ataúd clavaran con prisa desmedida…
¿para quién? ¡Fue el verano! Llega el otoño triste;
ese ruido enigmático evoca una partida.

II

Amo de vuestros ojos la clara luz verdosa,
suave beldad, mas hoy me amarga un gran pesar
y nada, ni el amor ni la alcoba gozosa,
vale para mí el sol que brilla sobre el mar.

Amadme sin embargo, sed una madre amante
hasta para un ingrato, para un alma inclemente;
querida, hermana, sed el dulzor de un instante
que tiene un bello otoño, que baña un sol poniente.

¡Breve labor! ¡La tumba aguarda, siempre hambrienta!
¡Oh dejad que, mi frente sobre vuestras rodillas,
disfrute, en tanto extraño la estival luz violenta,
del fin de otoño, suaves, las luces amarillas!

LVII
UNA MADONA

EXVOTO SEGÚN EL GUSTO ESPAÑOL

Quiero alzar para ti, Madona, dueña mía,
un altar en el sótano de mi honda agonía
y abrir, del corazón allá en lo más oscuro,
a salvo de la burla y del deseo impuro,
una hornacina, toda de azul y oro esmaltada,
donde te yergas tú, Estatua deslumbrada.
Con mis Versos pulidos, del más puro metal,
sabiamente asperjados de rimas de cristal,
ceñiré a tu cabeza una enorme Corona;
y de mis grandes celos, mortífera Madona,
cortaré una mantilla que sea, una vez hecha,
bárbara, tiesa y tosca, forrada de sospecha,
que, cual una garita, guardará tus encantos,
¡no bordada de Perlas, mas de todos mis Llantos!
Ese Manto será mi Deseo, anheloso,
mi Deseo que sube y desciende, sinuoso,
que se mece en las cimas y en los valles reposa,
y de un beso reviste tu cuerpo blanco y rosa.
Calzará mi Respeto los zapatos más finos,
de satén a tus pies humildes y divinos,
que al ceñir suavemente esas formas tan bellas
como en un molde fiel conservarán sus huellas.
Si al fin no consiguiera mi labor dedicada
para Escabel forjarte una Luna plateada,
pondré la Sierpe horrible que mi entraña devora
bajo tus pies, para que pises, redentora,
Reina victoriosa, y fecunda en rescates,
al monstruo de odio lleno y esputos, y lo mates.
Verás mis pensamientos, cual cirios encendidos
de la Virgen de Vírgenes en el altar erguidos,
tachonando la bóveda azul con áureo riego,
contemplarte por siempre con sus ojos de fuego;
y pues todo te admira y te venera en mí,
todo ha de ser incienso, olíbano, benjuí,
y siempre en pos de ti, cima blanca y nevada,

se alzará entre vapores mi alma atormentada.

Al fin, para dar cima al papel de María
y mezclar el amor con la barbarie fría,
¡negro placer!, con los Pecados Capitales,
pesaroso Verdugo, haré siete puñales
afilados y, cual juglar indiferente,
los lanzaré a lo hondo de tu amor más ardiente,
¡y ellos penetrarán tu corazón vibrante,
tu corazón gimiente, tu corazón sangrante!

LVIII
CANCIÓN DE MEDIA TARDE

unque tus crueles pestañas
te dan un aire muy raro,
no es el de un ángel, aclaro,
bruja que al mirar amañas.

¡Te adoro, frívola mía,
mi más terrible pasión,
con la misma devoción
que un fiel a su dios daría!

La floresta y los desiertos
aroman tu cabellera,
y hay en tu testa altanera
secretos no descubiertos.

Aroma tu carne dura
cual de incensario un derroche;
tú hechizas como la noche,
ninfa cálida y oscura.

Al filtro que más excita
vence tu muelle impudicia,
¡y conoces la caricia
que a los muertos resucita!

Aman tus anchas caderas
a tu dorso y a tus senos;
tus cojines están llenos
de tus lánguidas maneras.

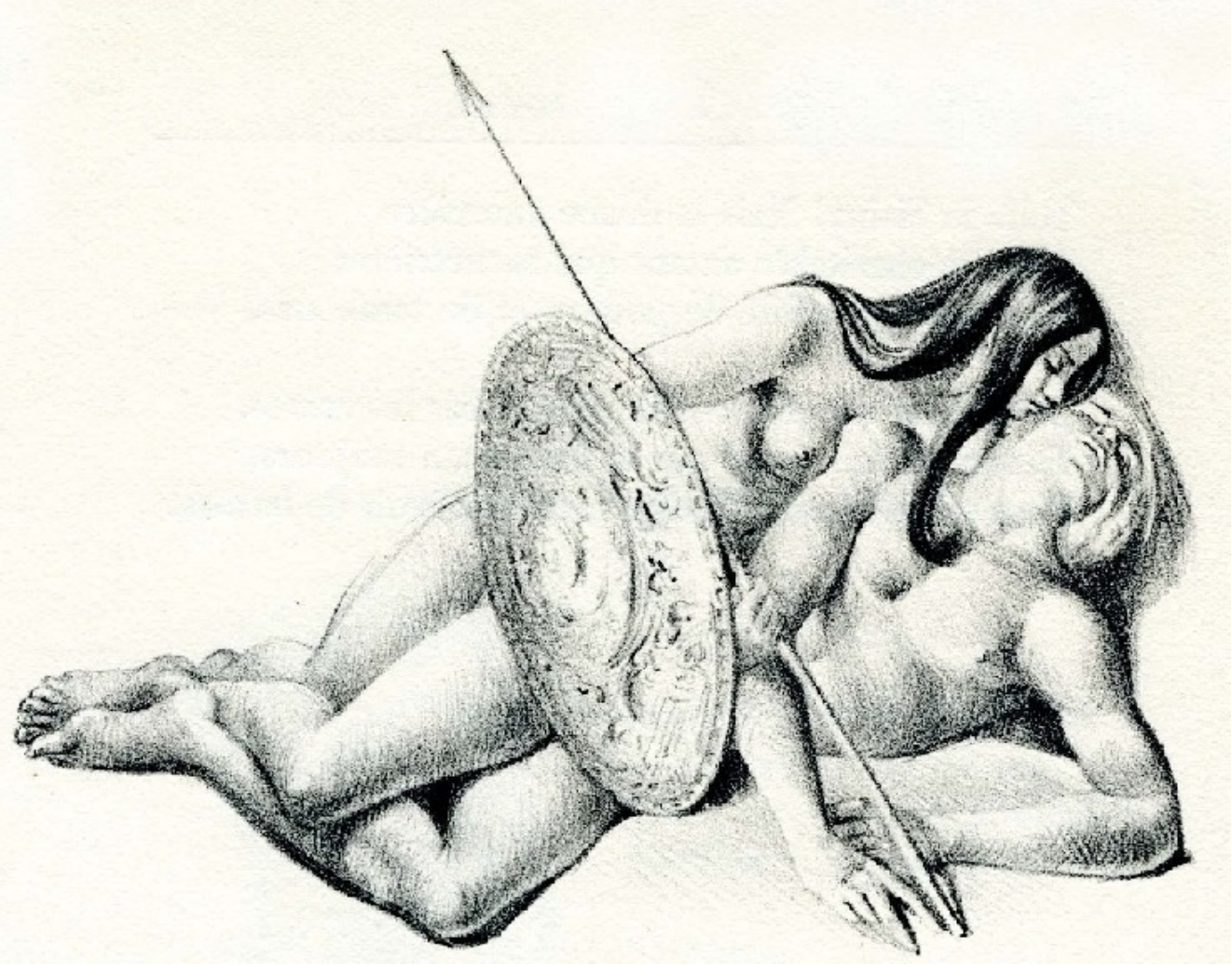
Para calmar el exceso
de tu furor, que es misterio,
prodigas con rostro serio
ya la mordida, ya el beso.

Tú me desgarras, mi bruna,
con tu reír tan burlón,
y miras mi corazón
con suavidades de luna.

Bajo tu chapín de raso
y bajo tu pie de seda,
mi dicha mayor se queda,
mi genio y mi sino acaso.

¡Mi alma es luz y es arrebol
por tu virtud sanadora,
explosión abrasadora
en mi Siberia sin sol!

LIX
SISINA



¡Imaginad a Diana de amazona ataviada,
que recorre los bosques o azota la maleza,
rizos y cuello al viento, ebria de su proeza,
y a los bravos jinetes desafía exaltada!

¿Habéis visto a Turingia, de matanzas prendada,
de la descalza plebe gritar a la cabeza
y, con fuego en el rostro y en los ojos fiereza,
los peldaños reales subir, de un sable armada?

¡Así es Sisina! Mas la dulce libertaria
de alma caritativa y a la vez sanguinaria,
ebria aún de coraje, de pólvora y tambores,

sabe bajar las armas ante ruegos y espanto,
y trae siempre en su pecho consumido de ardores,

por si alguien lo merece, un altar para el llanto.

LX
FRANCISCAE MEAE LAUDES

Novis te cantabo chordis,
O novelletum quod ludis
In solitudine cordis.

Esto sertis implicata,
O femina delicata
Per quam solvuntur peccata!

Sicut beneficum Lethe,
Hauriam oscula de te,
Quae imbuta es magnete.

Quum vitiorum tempestas
Turbabas omnes semitas,
Apparuisti, Deitas

Velut stella salutaris,
In naufragiis amaris…
Suspendam cor tuis aris!

Piscina plena virtutis,
Fons aeternae juventutis,
Labris vocem redde mutis!

Quod erat spurcum, cremasti;
Quod rudios, exequasti;
Quod debile confirmasti.

In fame mea taberna,
In nocte mea lucerna,
Recte me semper guberna.

Adde nunc vires viribus,
Dulce balneum suavibus,
Unguentatum odoribus!

Meos circa lumbos mica,
O castitatis lorica,
Aqua tincta seraphica;

Patera gemmis corusca,
Panis salsus, mollis esca,
Divinum vinum, Francisca!

LXI
A UNA DAMA CRIOLLA

En el país fragante donde el sol es tibieza,
conocí, bajo un palio de árboles purpurinos
y de palmas que bañan los ojos de pereza,
a una dama criolla de encantos peregrinos.

Su tez arde y es pálida; la trigueña, con finos
ademanes, al cuello da elegancia y nobleza;
grande y esbelta, Diana de pasos danzarines;
su sonrisa es tranquila, y mira con alteza.

Si un día vais, señora, donde la gloria es plena,
junto a la verde Loira o a la orilla del Sena,
¡beldad digna de ornar mansiones eminentes!,

haríais, al abrigo de las sombras discretas,
germinar mil sonetos en pechos de poetas,
a vos más fieles que vuestros negros sirvientes.

LXII
MOESTA ET ERRABUNDA[2]

Dime, Ágata: ¿a veces tu corazón se eleva
lejos del negro océano de la inmunda ciudad
y hacia otro océano lleno de esplendores te lleva,
azul, claro, profundo cual la virginidad?
Dime, Ágata, ¿a veces tu corazón se eleva?

¡La mar, la vasta mar nuestro bregar serena!
¿Qué demonio a la mar le dio, ronca cantora
que acompaña el gran órgano del ventarrón que atruena,
esa función sublime de nana mecedora?
¡La mar, la vasta mar nuestro bregar serena!

¡Aléjame, vagón! ¡Embárcame, fragata!
¡Muy lejos! ¡Aquí el lodo lo amasa nuestro llanto!
¿Es verdad que, muy triste, el corazón de Ágata
dice: «lejos del crimen, del pesar, del quebranto,
aléjame, vagón, embárcame, fragata»?

¡Cuán lejano te encuentras, paraíso aromado
donde, bajo el azul, todo es amor y gozo,
donde lo que se ama merece ser amado
y el corazón se ahoga en sensual alborozo!
¡Cuán lejano te encuentras, paraíso aromado!

Y el verde paraíso de amores infantiles,
los paseos, los cantos, ramilletes y besos,
las cuerdas que vibraban tras los montes, sutiles,
con el vino, al ocaso, en los bosques espesos;
y el verde paraíso de amores infantiles,

el edén inocente de los goces furtivos,
¿está más lejos que la India o que la China?
¿Lo podrán evocar nuestros clamores vivos
y darle vida aún una voz argentina,
el edén inocente de los goces furtivos?

LXIII
EL APARECIDO

Cual ángel de mirar violento
he de volver a tu aposento
y hacia ti reptaré sin ruido
entre las sombras evadido.

Y te daré, mi hermosa bruna,
besos fríos como la luna
y haré caricias de serpiente
que en un foso repta indolente.

Y al regresar, lívido, el día,
tu cama quedará vacía
y hasta la noche sin calor.

¡Como otros por la ternura,
sobre tu vida y tu frescura
quiero reinar por el terror!

LXIV
SONETO DE OTOÑO

Me preguntan tus ojos, claros como el cristal:
«¿Qué hay en mí, raro amante, que tu amor amerita?».
—¡Sé encantadora y calla! Mi alma, que todo irrita,
menos la candidez del antiguo animal,

no quiere revelarte su secreto infernal,
¡nodriza cuya mano a largo sueño invita!,
ni su negra leyenda con las llamas escrita.
¡Detesto la pasión y el genio me hace mal!

Amémonos despacio. Amor, en su garita,
tenebroso, emboscado, tensa el arco fatal.
Yo conozco las armas de su viejo arsenal:

¡crimen, horror, locura! ¡Pálida margarita!
¿No eres tú, como yo, vago sol otoñal,
oh, mi blanca, tan blanca, tan fría Margarita?

LXV
TRISTEZAS DE LA LUNA

Esta noche, la luna sueña con más molicie;
cual bella entre cojines, en los cielos serenos,
parece que con mano distraída acaricie,
antes de adormecerse, la curva de sus senos.

Moribunda, se entrega a deliquios pausados
sobre espaldas que bruñen avalanchas mullidas
y pasea sus ojos por paisajes nevados
que en el azul se elevan cual plantas florecidas.

Cuando sobre este globo con languidez ociosa
deja caer alguna lágrima silenciosa,
un poeta piadoso que vigila en penumbra

recoge diligente en su mano ahuecada
la gota, cual fragmento de ópalo irisada,
y la guarda en su pecho, donde el sol nunca alumbra.

LXVI
LOS GATOS

Los amantes fervientes y los sabios austeros,
en su estación madura, favorecen sin tasa
los gatos fuertes, suaves, orgullo de la casa,
como ellos sedentarios a la par y frioleros.

Amigos de saberes y voluptuosidades,
buscan siempre el silencio y la tiniebla horrenda:
el Erebo los llevaría de la rienda
si ellos rendir pudieran sus fieras voluntades.

Adoptan, soñadores, los gestos señoriales
de las grandes esfinges que en lueñes arenales
duermen un vago sueño que nunca se termina.

Sus lomos están llenos de mágicas centellas
y hay partículas de oro como una arena fina
que en sus pupilas místicas son un polvo de estrellas.

LXVII
LOS BÚHOS

Por los cipreses abrigados,
los búhos, que forman hileras,
como deidades extranjeras
piensan, con ojos encarnados.

Sin moverse, de pie estarán
hasta el melancólico instante
en que, empujando al sol menguante,
las sombras se establecerán.

Su aspecto al pensador profundo
aconseja que, en este mundo,
tema tumulto y movimiento.

Por ir tras sombras sin pensar
recibirá duro escarmiento
todo el que cambie de lugar.

LXVIII
LA PIPA

Soy la pipa de un escritor,
pregona la oscura tez mía,
de Abisinia o de Cafrería,
que es mi dueño buen fumador.

Cuando lo abruma un gran dolor,
humeo como la cocina
de alguna choza campesina
que aguarda al rudo labrador.

Su alma se arrulla y se despeja
en esa azul, móvil madeja
que brota de mi boca ardiente,

y se esparce cual ley potente
que al corazón el mal mitiga
y libra al alma de fatiga.

LXIX
LA MÚSICA

¡La música me envuelve a veces, como un mar!
Hacia un astro alejado,
soy barco entre la niebla o en bóveda estelar
por la vela impulsado;

con el pecho de proa y el pulmón de aire henchido
lo mismo que una tela
escalo el dorso del oleaje repetido
que la noche me vela;

siento que en mí se agitan las tremendas pasiones
de una nave sufriente;
la brisa, la procela y sus convulsiones

sobre el abismo ingente
me acunan. ¡Y otras veces refleja su inacción

mi desesperación!

LXX
SEPULTURA

Si a tu alabado cuerpo en oscura
noche de estío, por caridad,
un buen cristiano da sepultura
tras los escombros de la ciudad,

cuando la estrella casta que vela
cierra los ojos adormecidos,
la araña allí tejerá su tela,
tendrán las sierpes prole en sus nidos.

Y en tu cabeza así condenada
resonarán, como una llamada,
lobos que aúllen muy lastimeros,

el grito de famélicas brujas,
el retozar de viejos granujas
y los complots de negros rateros.

LXXI
UN GRABADO FANTÁSTICO

De este curioso espectro es el ajuar completo
que corona, grotesco, su frente de esqueleto,
una diadema horrenda que huele a carnaval.
Sin látigo ni espuelas, sofoca un animal
como él, fantasma, pobre rocín apocalíptico,
de ollares que babean cual los de un epiléptico.
A través del espacio se arrojan, siempre unidos,
cruzando el infinito con cascos atrevidos.
El caballero blande un sable que llamea
y atropella a su paso la vencida ralea,
recorriendo, cual príncipe que inspecciona su casa,
el cementerio vasto y frío donde arrasa
y yacen a la luz de un blanco sol que inverna
los pueblos de la historia antigua y la moderna.

LXXII
EL MUERTO DIVERTIDO

En una tierra fértil, de caracoles llena,
para mí cavaré una profunda fosa
donde extender mis huesos cual quien al fin reposa
y dormir como escualo en la onda serena.

Rechazo testamentos; el sepulcro me hastía;
y, antes de pedirle una lágrima al mundo,
vivo aún, a los cuervos dichoso invitaría
a ensangrentar sus picos en mi esqueleto inmundo.

¡Gusanos! Compañeros sin ojos, sin oído,
ved ir a vuestro encuentro un muerto divertido,
podredumbre, filósofos vividores, expertos:

Sin pesar, mis despojos recorred con premura,
y decidme si existe aún peor tortura
para un cuerpo sin alma y muerto entre los muertos.

LXXIII
EL TONEL DEL ODIO

El Odio es el tonel de las Danaides pálidas;
por más que la Venganza de los brazos cubiertos
de rojo precipite a las tinieblas cálidas
baldes llenos de sangre y lágrimas de muertos,

el Diablo hace secretos huecos en los abismos
por donde huirían siglos de afanes y sudores,
aunque muy bien pudiera alzar los muertos mismos
para resucitarlos a otros nuevos horrores.

El Odio es un borracho en oscura taberna,
que hace brotar la sed de aquellos que han bebido
y propagarse igual que la Hidra de Lerna.

Mas los ebrios dichosos saben quién ha vencido,
y el Odio está abocado a la fortuna aviesa
de no poder jamás dormir bajo la mesa.

LXXIV
LA CAMPANA QUEBRADA

Es amargo y es dulce en las noches de invierno
escuchar junto al fuego que palpita y ahúma
los recuerdos lejanos elevarse en lo interno
al son de carillones que cantan en la bruma.

¡Dichosa la campana de potente garganta
que pese a su vejez, alerta aún, ofrenda
su grito religioso, que hacia el cielo levanta
como un viejo soldado que vigila en su tienda!

Mas mi alma está quebrada, y si llena de hastío
quiere poblar de cantos las noches de aire frío,
con frecuencia sucede que su timbre apagado

semeja el estertor de un herido olvidado
junto a un lago de sangre, bajo un montón de muertos,
y que agoniza, inmóvil, entre inmensos esfuerzos.

LXXV
SPLEEN

Pluvioso, irritado contra la urbe entera,
vuelca su urna en oleadas de un frío tenebroso
sobre el fosal vecino y sus gentes de cera,
y la mortalidad en el barrio brumoso.

Mi gato, que el cojín escoge de litera,
rebulle, acomodando su pellejo sarnoso.
El alma de un poeta vaga por la gotera
con la voz gemebunda de un fantasma medroso.

La campana se queja, y el leño crepitante
acompaña en falsete el péndulo renqueante
mientras, dentro de un tufo de agriados olores,

herencia de una hidrópica vieja ya muy remota,
en voz baja la dama de picas y la sota
charlan siniestramente de sus muertos amores.

LXXVI
SPLEEN

Yo tengo más recuerdos que un hombre milenario.

Lleno de cuentas en sus cajones, un armario
de versos, de sumarios, de libros de aventuras,
de rizos muy espesos envueltos en facturas,
guarda menos secretos que mi mente luctuosa.
Ella es una pirámide, es una inmensa fosa,
y no ocupan más muertos fosa común alguna.
—Yo soy un cementerio odiado por la luna
donde, como pesares, se arrastran los gusanos
que en mis muertos queridos se encarnizan tiranos.
Soy una alcoba llena de rosas deshojadas
que guarda una maraña de ropas anticuadas,
donde tristes pinturas de Boucher, desvaídas,
lanzan de un frasco abierto esencias corrompidas.

Nada es tan largo como las tediosas jornadas
en que caen los densos copos de las nevadas
y el hastío, que nace de una abulia sombría,
por su desproporción, eterno se diría.
—¡Desde hoy tú serás, oh materia viviente,
una piedra rodeada de terror inmanente,
que se adormece al fondo de un Sahara brumoso!
Vieja esfinge ignorada del mundo desdeñoso,
olvidada en el mapa, cuyo humor insolente
tan sólo canta al rayo final del sol poniente.

LXXVII
SPLEEN

Soy igual al monarca de una región lluviosa;
rico sin poder; joven de salud achacosa
que desdeña zalemas de preceptores reales
y a quien hastían perros y otros animales.
Ni le alegra la caza ni, en el puño, el halcón,
ni su pueblo, que muere de cara a su balcón.
Del bufón favorito la grotesca balada
no distrae al enfermo de alma despiadada.
En tumba se convierte el lecho deleitoso
y las damas, que al príncipe siempre encuentran hermoso,
en vano desafían con su atuendo el respeto
por hacer sonreír al joven esqueleto.
El sabio que produce su oro no ha podido
extirpar de su ser el factor corrompido,
y los baños de sangre que nos legó el romano,
y el poderoso evoca cuando es ya un anciano,

no devuelven al muerto ni calor ni deseo,
pues la sangre en sus venas es agua del Leteo.

LXXVIII
SPLEEN

Cuando el cielo plomizo pesa como una losa
sobre el alma que gime, abrumada de hastío,
vierte un día más negro que la noche luctuosa,
cercando el horizonte con un lazo sombrío;

cuando la tierra tórnase en húmeda prisión
en la cual la Esperanza, murciélago aterido,
golpea con sus alas un áspero rincón
y da con su cabeza en un techo podrido;

cuando la lluvia extiende sus paredes extrañas
imitando las rejas de una cárcel inmensa
y un pueblo silencioso de perversas arañas
lanza hilos al fondo del cerebro que piensa;

con sorpresiva furia los bronces resonantes
lanzan hacia la altura un aullido estridente
como de almas sin patria que dialogan errantes
y juntas se lamentan desconsoladamente.

Y largos coches fúnebres, sin tambor ni armonía,
recorren mi alma, lentos; la Esperanza, a mi lado,
llora inerme. Y la Angustia, tirana atroz, impía,
planta su negro lábaro en mi cráneo inclinado.

LXXIX
OBSESIÓN

Me asustáis, grandes bosques, como las catedrales;
como el órgano aulláis, y en nuestros pechos huecos,
cámaras donde suenan estertores mortales,
de vuestros *De Profundis* nos responden los ecos.

¡Océano, te odio! ¡Tus saltos, tus tumultos,
mi alma los halla en sí! La amarga carcajada
del vencido, tan llena de sollozos e insultos,
en la risa del mar la oigo duplicada.

Cómo me placerías, Noche, sin tus luceros
que hablan un lenguaje que conozco, aunque es mudo,
¡pues busco lo vacío, lo negro y lo desnudo!

Pero las sombras mismas son lienzos hechiceros
adonde huyen de mis ojos a millares
seres que ya no existen, de ojos familiares.

LXXX
EL GUSTO DE LA NADA

Alma triste que fueras de batallar amante,
la Esperanza que urgía con su espuela tu ardor
¡ya no quiere espolearte! Túmbate sin pudor,
jumento a cada obstáculo más torpe y vacilante.

Resígnate, alma mía. Duerme como un rumiante.

¡Espíritu vencido! A ti, viejo husmeador,
ni el amor te da gusto, ni el disputar brillante.
¡Adiós, aires de flauta y bronce resonante!
Placeres, ¡no tentéis a un fosco burlador!

¡La Primavera amable ha perdido su olor!

Y el Tiempo me devora sin tregua a cada instante
tal a un cuerpo ya rígido la nieve con su albor.
Sin buscar de una choza refugio protector,
de mi altura contemplo el Planeta girante.

Avalancha, ¿me llevas en tu huida incesante?

LXXXI
ALQUIMIA DEL DOLOR

Uno ilumina con su ardor,
¡el otro es tu sombra, Natura!
Lo que a uno dice: ¡Sepultura!
al otro es: ¡Vida y esplendor!

Hermes ignoto que me asistes
y a cada instante me intimidas,
tú, que me haces, como a Midas,
de entre los magos el más triste.

Por ti, en hierro transformo el oro,
mi edén es báratro en que moro;
en el sudario de las nubes

descubro un cadáver que lloro
y en las celestes altitudes
construyo grandes ataúdes.

LXXXII
HORROR SIMPÁTICO

De este cielo gris y curioso,
sufriente como tu destino,
¿que ideas de tu alma al foso
bajan? Responde, libertino.

—De lo oscuro y de lo dudoso
voraz, con fiero desatino,
no seré otro Ovidio ansioso
que llora por su edén latino.

¡Cielos cual playas desgarrados,
de mi orgullo sois los espejos!
Vuestros celajes rotos, viejos,

son cuervos a mi sueño atados
y refleja vuestra luz negra
el Orco que mi a alma alegra.

LXXXIII
EL ATORMENTADOR DE SÍ MISMO

A J. G. F.

Sin cólera te golpearé
como el matarife a la res,
como en la roca dio Moisés;
y de tus párpados haré

brotar aguas de sufrimiento
para que abreve mi Sahara
y confiada mi sed avara
sobre tu sucio llanto, al viento

vaya cual nave en mar amarga;
y en mi alma, que ensuciarán,
tus sollozos resonarán
como tambor que bate carga.

¿No soy acorde que se pierde
en la divina sinfonía
por esta voraz Ironía
que me sacude y que me muerde?

¡Está en mi voz, la vocinglera!
¡Mi sangre es fango venenoso!
Soy el espejo tenebroso
en que se mira la megera.

¡Yo soy la herida y la cuchilla!
¡Soy los miembros y soy el yugo!
¡Soy la víctima y el Verdugo!
¡La bofetada y la mejilla!

¡Bebo mi sangre sin morir!
¡Soy de aquellos abandonados
a eterna burla condenados,
que ya no pueden sonreír!

LXXXIV
LO IRREMEDIABLE

I

Una Idea, una Forma, un Ente
del azur nacido y lanzado
a un río oscuro, encenagado,
cerrado al Cielo refulgente;

un ángel, incauto viajero
que ha probado el amor deforme
y en una pesadilla enorme
busca, nadando, un derrotero,

y, ¡angustias fúnebres!, pelea
contra un gigante remolino
que canta con gran desatino
y en las tinieblas piruetea;

un poseído que no sabe
con sus esfuerzos impotentes
por escapar de mil serpientes
dar con la luz y con la llave;

maldito que a oscuras desanda
un abismo cuya humedad
trasciende a la profundidad
de eternas gradas sin baranda,

donde velan monstruos viscosos
cuya fosfórica mirada
vuelve la noche más cerrada
y aquellos ojos más lustrosos;

un navío en el polo preso,
como en un cepo de cristal
buscando el estrecho fatal
que lo llevó a tan cruel suceso;

¡Son de un irremediable azar
perfecto emblema, fiel retablo,
que hace pensar que siempre el Diablo
su labor sabe realizar!

II

¡Íntimo diálogo sombrío
de un corazón vuelto su espejo!
Negra sima en cuyo reflejo
tiembla un astro lívido y frío,

un faro irónico, infernal
llama de satánico encanto,
alivio y gloria sin quebranto:
¡La conciencia de hacer el Mal!

LXXXV
EL RELOJ

¡Reloj! Deidad siniestra, espantosa, impasible,
cuyo dedo nos dice: ¡*Recuerda*!, amenazante:
«Los vibrantes Dolores tu corazón vibrante
convertirán muy pronto en su blanco sensible.

»El Placer vaporoso huirá al confín lejano
como ligera sílfide hacia los bastidores;
una porción del gozo de sus días mejores
cada instante le roba sin piedad al humano.

»Tres mil seiscientas veces cada hora, el Segundo
te susurra: ¡*Recuerda*! Y con voz incolora
de insecto, Ahora dice, rápido: ¡Soy Otrora
y he chupado tu vida con este morro inmundo!

»*Remember! Souviens-toi*!, ¡pródigo!, *Esto memor*!
(Mi garganta metálica musita toda lengua).
Los minutos, mortal, son el filón sin mengua
del que habrá que extraer el oro sin temor.

»*Recuerda* que es el Tiempo jugador que, a porfía,
gana sin hacer trampa, ¡siempre! Es ley que no pierda.
Huye el día. La noche va creciendo, ¡*Recuerda*!
Tiene sed el abismo; el reloj se vacía.

»Pronto vendrá la hora, aunque nadie la aguarde,
en que al divino Azar, la Virtud rechazada,
o el Pesar mismo (¡ay! la última posada),
todo te dirá: ¡Muere! ¡Ya es demasiado tarde!».

CUADROS PARISIENSES

LXXXVI
PAISAJE

Quiero, para escribir mis églogas más puras,
tenderme cual astrólogo a mirar las alturas
y junto al campanario escuchar muy atento
su solemne alabanza que se va con el viento.
El mentón en las manos, desde mi alta buhardilla
veré el taller que bulle con su gente sencilla,
mangas y campanarios, mástiles de ciudad
y el gran cielo que hace soñar la eternidad.

Es grato ver nacer, cerca de la ventana
que la lámpara alumbra, una estrella lejana;
los ríos de carbón subir al firmamento
y la luna verter su claro encantamiento.
Veré las primaveras, los otoños y estíos;
y al llegar el invierno de monótonos fríos,
cerraré portezuelas, persianas y cortinas
y alzaré entre las sombras torres de ensueño finas.
Soñaré un horizonte azul bajo los astros,
jardines, claras fuentes llorando entre alabastros,
besos, aves que canten día y noche, gentiles,
y ternuras de Idilio de las más infantiles.
La Huelga, atormentando mis ventanas cual buitre,
no hará que yo levante la frente del pupitre;
porque disfrutaré la voluptuosidad
de hacer la Primavera volver, a voluntad,
de arrancarme del pecho un sol y al crudo viento
crear un mundo cálido con sólo el pensamiento.

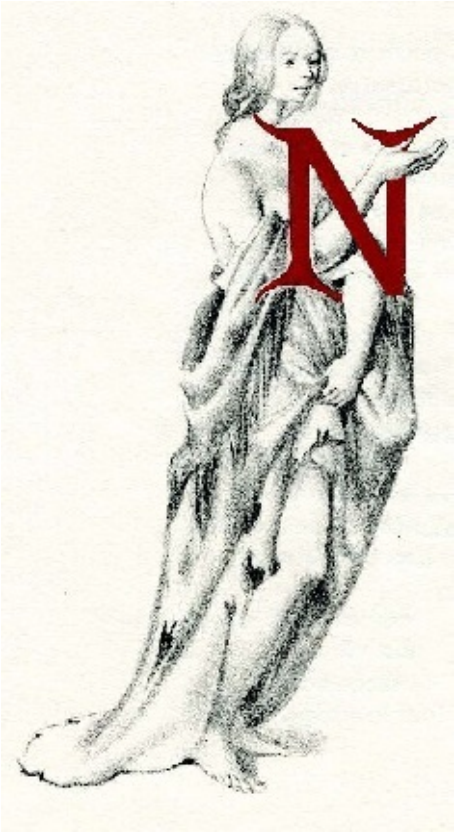
LXXXVII
EL SOL

Por el viejo arrabal donde, apenas sujetas,
las persianas abrigan mil lujurias secretas,
cuando el sol cruel golpee con redoble brutal
en la urbe y en el campo, el techo y el trigal,
yo me ejercitaré en mi excéntrica esgrima,
husmeando en los rincones azares de la rima,
tropezando en palabras como en los empedrados
y chocando con versos mucho tiempo soñados.

Ese padre enemigo de anémicas verdosas,
en los campos despierta los versos y las rosas;
hace que se evapore la zozobra más fiel
y repleta cerebros y panales de miel.
Rejuvenece a todos los que llevan muletas
y los torna animosos como niñas inquietas,
¡y ordena a las cosechas madurar y crecer
en la entraña inmortal que anhela florecer!

Cuando, igual que un poeta, desciende a las ciudades,
ennoblece la suerte de todas las ruindades,
y entra, rey silencioso, sin sirvientes, despacio,
donde haya un hospital y donde haya un palacio.

LXXXVIII
A UNA MENDIGA PELIRROJA



iña de crin bermellón
que enseña tras un jirón
de su ropa la pobreza
y la belleza;

para mí, poeta huidizo,
tiene tu cuerpo enfermizo,
con sus manchas de rubor,
su dulzor.

Llevas, con más distinción
que una reina de ficción
su zapatilla pequeña,
tu almadreña.

En vez de un trapo menguado,
un bello traje bordado
se arrastre si te levantas
bajo tus plantas.

Que tras la media horadada
y la lúbrica mirada,
áurea brille todavía
la daga fría.

Que tus nudos mal atados
muestren por nuestros pecados
tus senos de ápices rojos,
como dos ojos;

que se hagan de rogar
tus brazos para arrojar
tus vestidos y, traviesos,
ahuyenten dedos aviesos;

Perlas del más bello oriente,
versos de Belleau sonriente
te hablarán de los afanes
de tus galanes.

Un tropel de rimadores
te ofrecerá sus primores,
y al ver tu bello tacón
debajo de un escalón

más de un paje ebrio de azar,
de un señor y de un Ronsard
espiarán con mente impura
tu clausura.

Tendrían tus sedas grises
más besos aún que lises,
¡y acataría tu ley
más de un rey!

Empero pidiendo vas
lo que otros dejan atrás,
las sobras de una posada
de encrucijada.

Miras con fugaz pudor
una joya sin valor
de que no puedo, ¡perdón!,
hacerte don.

Sigue: tu adorno elegante
no sea perla o diamante,
mas tu desnudez astrosa,
¡oh, niña hermosa!

LXXXIX
EL CISNE

A Víctor Hugo

I

¡Andrómaca, yo pienso en vos! Ese riachuelo,
espejo pobre y triste donde una vez brillara
la inmensa majestad de vuestro amante duelo,
falso Simois que vuestro llanto acrecentara,

ha impregnado de pronto mi memoria desnuda,
mientras yo atravesaba el nuevo Carrusel.

¡No existe el París viejo! (una gran urbe muda
su ser ¡ay! con más prisa que un corazón infiel);

Sólo en mi mente veo en pie los barracones,
montón de capiteles en bosquejo y de arcos,
brillar en las baldosas basuras en montones
y verdear los ladrillos el agua de los charcos.

Antes, allá se alzaba una casa de fieras;
y una mañana vi cuando despierta urgente
el Trabajo, en el frío de las luces primeras,
y sopla el muladar sobre el aire silente,

un cisne, de su jaula en silencio escapado,
frotando con sus patas el seco pavimento,
sobre el áspero suelo su plumaje arrastrado.
Junto a un río sin agua abrió el pico sediento,

bañando inquietamente en el polvo su alón,
y dijo, con nostalgia de su lago natal:
«Agua, ¿cuándo caerás? ¿Cuándo vendrás, turbión
Yo veo al desdichado, mito extraño y fatal,

tornar al cielo a veces, como el hombre de Ovidio,
al irónico cielo, cruelmente azulado,
su cabeza convulsa y alzarla con fastidio,
¡como si al mismo Dios reprochara su estado!».

II

¡París cambia, y todo es, en mi melancolía,
igual! Palacios nuevos, sillares y estructuras,
barrios: para mí, todo se torna alegoría
y pesan más que rocas mis memorias más puras.
Así, ante este Louvre una imagen me oprime:
¡yo pienso en mi gran cisne con su gesto demente,
como los exilados, ridículo y sublime,
al que roe un deseo sin tregua! Y va mi mente,

Andrómaca, hacia vos, de los brazos caída
del esposo, vil res que, altivo, Pirro abate,
junto al hoyo vacío, en éxtasis torcida;
¡viuda de Héctor, presa de Heleno en el combate!

Pienso en la negra tísica, que hunde, enflaquecida,
en el fango los pies, y ve cómo se esfuma
en la mente el paisaje del África querida
y feraz tras el muro inmenso de la bruma.

¡A todo el que ha perdido lo que no se recobra
jamás! ¡Jamás! ¡A aquellos que se beben su llanto
y amamanta la Pena como una buena loba!
¡Al huérfano ya seco cual flor en su quebranto!

Así en el bosque donde va mi mente exilada
¡suena un viejo Recuerdo cual de un corno al compás!
Pienso en la dotación, en un cayo olvidada,
en presos, en vencidos… ¡en muchos otros más!

XC
LOS SIETE VIEJOS

A Víctor Hugo

¡Hormigueante ciudad, ciudad llena de sueños
donde el espectro diurno detiene al caminante!
Los misterios derraman, cual savias, sus diseños
por las zanjas angostas del coloso pujante.

Una mañana, mientras que en la calle sombría
las casas, que agrandaba la bruma en derredor,
simulaban orillas de una creciente ría
y que, tramoya análoga al alma del actor,

una neblina sucia inundaba el espacio,
yo, lo mismo que un héroe mis nervios estirados,
cruzaba, discutiendo con mi alma muy despacio,
el barrio sacudido por los carros pesados.

De pronto, un viejo cuyos harapos amarillos
copiaban el color de aquel cielo lluvioso,
de aspecto que invitaba a vaciar los bolsillos,
sin la torva maldad de su mirar brilloso,

surgió ante mí. Diríase su pupila empapada
de hiel; era en sus ojos la escarcha más aguda,
y su barba crecida rígida como espada
se proyectaba, semejante a la de Judas.

No marchaba encorvado, sino roto: su espina
dorsal, con una pierna, era un ángulo recto,
tan real, que su bastón a la imagen cansina
sumaba el paso torpe y un singular aspecto

de bestia coja, o de judío de tres patas.
En la nieve y el lodo iba pesadamente
cual si aplastara muertos con sus suelas baratas,
hostil al universo aún más que indiferente.

Otro igual le seguía: barba, mirar, andrajos,
del mismo infierno este doble también llegado,

gemelo centenario, y los dos espantajos
iban con paso igual a un destino ignorado.

¿De qué conjura infame fui víctima inocente
o qué maligno azar así me avergonzaba?
¡Pues conté siete veces, de un minuto al siguiente,
a aquel viejo siniestro que se multiplicaba!

¡Considere el que quiera reír de mi inquietud
y no se sienta presa de un espasmo fraterno,
que se diría, pese a tal decrepitud,
que en esos siete monstruos había algo de eterno!

¿Habría yo mirado sin caer al abismo
el octavo, cruel sosias irónico y fatal,
Fénix inmundo, hijo y padre de sí mismo?
Pero volví la espalda al cortejo infernal.

¡Lo mismo que un borracho que ve doble, iracundo,
entré en casa y cerré mi puerta, horrorizado,
enfermo y agitado por un temblor profundo,
por el misterio herido y lo descabellado!

En vano mi intelecto quiso asir el timón;
frustraban sus esfuerzos altas olas arteras,
y mi alma danzaba sin fin, viejo pontón
sin mástil, en un mar monstruoso y sin riberas.

XCI
LAS VIEJECITAS

A Victor Hugo

I

En los pliegues sinuosos de viejas capitales
donde aun el horror mismo se viste de esplendores;
espío, complaciendo mis humores fatales,
a unos seres decrépitos, raros y seductores.

Estos monstruos han sido mujeres en su día,
Epónima o Lais. Monstruos rotos, torcidos,
jorobados, ¡amémosles! Son almas todavía
bajo enaguas con huecos y frágiles tejidos.

Vacilan, flageladas por ráfagas inicuas,
temblando al estridor de ruedas desaladas
y apretando, lo mismo que sagradas reliquias,
una bolsa con flores o figuras bordadas.

Al trote, semejantes a absurdas marionetas,
se arrastran cual si fueran pobres bestias heridas
o danzan sin querer, son sonajas inquietas
de que cuelga un Demonio sin piedad. Destruidas

como están, tienen ojos cual punzón penetrantes,
como el agua dormida que en la noche destella.
Son los ojos divinos de una tierna doncella
que alegran y que asombran los brillos rutilantes.

¿No habéis visto que muchos ataúdes de viejas
son casi del tamaño del de un niño pequeño?
La sabia muerte pone en sus tallas parejas

un símbolo de gusto macabro y halagüeño.

Y si acaso entreveo algún fantasma endeble
que cruza el hormigueante tablado parisino,
se me figura siempre que esta criatura feble
va rumbo a nueva cuna por su largo camino;

a menos que, pensando según la geometría,
no piense al contemplar sus miembros encogidos
cuántas veces por fuerza el obrero varía
la forma de la caja de esos cuerpos sufridos.

Sus ojos son cual pozos cavados por el llanto,
crisoles que un metal ya frío salpicó.
Esos extraños ojos tienen un gran encanto
para aquél a quien el Infortunio amamantó.

II

Del difunto Frascati Vestal enamorada;
sacerdotisa de Talía, cuyo nombre
supo sólo un traspunte muerto. Reina olvidada
que el Tívoli acogió cuando tuvo renombre.

Todas me embriagan; pero entre esos pobres seres
las hay que del dolor fabrican dulce miel
y al sacrificio piden, que les dio sus poderes:
«Hipogrifo potente, llevadme al Cielo aquel».

Una que por amor a la patria ha sufrido;
otra en quien el esposo acumuló quebrantos;
otra que por un hijo cual Niobe ha padecido.
¡Todas formar podrían un río con sus llantos!

III

¡Ah! ¡Bien que yo he seguido a estas viejas vencidas!
Una sola, a la hora en que el sol ya se arranca
del cielo y lo ensangrienta con bermejas heridas,
pensativa sentóse, muy sola, en una banca,

a escuchar un concierto de instrumentos de viento
con que los militares inundan los jardines
y que, en noches doradas que nos llenan de aliento,
contagian de heroísmo los urbanos confines.

¡Ella, erecta, escuchando con orgullo el compás,
aspiraba anhelante el feroz himno aquel
y su ojo, como de águila, se dilataba más
y su marmórea frente reclamaba el laurel!

IV

Así marcháis, estoicas, sin llorar penas tantas,
a través del tumulto de las urbes rugientes,
madres de alma sangrante, cortesanas o santas
cuyos nombres antaño repetían las gentes.

A vosotros, que fuerais o la gracia o la gloria,
¡nadie ya os reconoce! Un borracho incivil
os insulta con una cucamoña irrisoria;
tras vosotras un niño salta, cobarde y vil.

Con pesar de estar vivas, sombras muy arrugadas,
medrosas, encogidas, vais rozando los muros,
y ya nadie os saluda, ignotas desdichadas.
¡Restos humanos para la eternidad maduros!

Mas yo que desde lejos, con ternura sencilla,
observo vuestros pasos inciertos y discretos
como si fuera vuestro padre, ¡oh, maravilla!,
saboreo ignorado vuestros goces secretos.

Veo expandirse vuestros entusiasmos novicios;
vuestros días perdidos vivo, claros u oscuros;
¡mi corazón diverso comparte vuestros vicios
y resplandece en todos vuestros actos más puros!

¡Ruinas! ¡Familia mía! ¡Oh mentes solitarias
como yo! ¡Cada noche os doy mi grave adiós!
¿Dónde estaréis mañana, Evas octogenarias
que doblega la garra implacable de Dios?

XCII
LOS CIEGOS

¡Míralos, alma mía: son, de fijo, espantosos!
Parecen maniquíes, vagamente risibles;
son, como los sonámbulos, singulares, terribles;
como dardos sin rumbo sus globos tenebrosos.

Sus ojos, que ha dejado ya la chispa divina,
cual si miraran lejos se alzan sin movimiento;
no se les ve jamás bajar al pavimento
cuando, llena de sueño, la cabeza se inclina.

Atraviesan así lo negro ilimitado,
hermano del silencio que no acaba. ¡Oh, ciudad!,
mientras en derredor cantas entre tus juegos,

entregada al placer hasta la atrocidad,
también me arrastro, y más que ellos atontado
me pregunto: ¿Qué buscan en el cielo estos ciegos?

XCIII
UNA QUE PASABA

La calle atronadora en torno a mí rugía.
Alta y fina, gran luto, pena majestuosa,
una mujer pasó, cuya mano fastuosa
el festón de su traje levantaba y mecía,

ágil y noble, alzando su pierna escultural.
Yo bebía, crispado en grotesca postura,
de sus ojos de cielo que el huracán augura
el dolor que fascina y el deleite fatal.

Un fulgor… ¡y la noche! Fugitiva beldad,
cuyo mirar me ha hecho nacer una vez más,
¿no te veré ya nunca, sino en la Eternidad?

¡Lejos de aquí! ¡Muy tarde! ¡Quién sabe si *jamás*!
Pues tú ignoras mi rumbo, yo no sé adonde irías,
¡tú, a quien yo hubiera amado, oh tú, que lo sabías!

XCIV
EL ESQUELETO LABRADOR

I

En grabados de anatomía
que exhiben muelles polvorientos
en que duermen libros mugrientos
cual una momia dormiría,

dibujos que la seriedad
de un viejo artífice reviste,
aunque el tema sea tan triste,
de su Belleza y su verdad,

se ve, tornando más completos
tan enigmáticos horrores,
cavar como los labradores
a Desollados y Esqueletos.

II

De esos terrenos socavados,
rústicos fúnebres, pacientes,
por vuestras vértebras crujientes
o por músculos descarnados,

decídmelo: ¿qué extraña mies,
desenterrados jornaleros,
lográis, y de cuáles granjeros
el silo llenareis después?

¿Queréis (de un destino asaz duro
espantable y palmario emblema)
mostrar que en la morada extrema
el sueño ansiado no es seguro?

¿Que aun la Nada al fin nos traiciona;
que hasta la Muerte misma miente,
y que ¡ay! sempiternamente
querrá el hado que nos encona

que en un país ignoto y rudo
destripemos el suelo airado
metiendo el azadón pesado
bajo el sangrante pie desnudo?

XCV
EL CREPÚSCULO VESPERTINO

He aquí la noche amiga del criminal anhelo;
como un cómplice viene, de puntillas; el cielo
se cierra lentamente cual si una alcoba fuera
y el humano impaciente se muda en bestia fiera.

Oh, noche, amable noche que desea el obrero
cuyos brazos pudieran con acento sincero
decir: ¡Hemos luchado! Es la noche quien calma
al que lleva una pena atroz dentro del alma;
al tenaz estudioso de mente fatigada
y al que dobla el cansancio tras la dura jornada.
Mientras tanto, en la atmósfera, los demonios morbosos
despiertan lentos cual banqueros oficiosos
y en su vuelo golpean cornisas y portillos.
Cuando el viento atormenta del gas los vagos brillos
ya la Prostitución va por calles torcidas
y como un hormiguero va buscando salidas;
por doquier se va abriendo un oculto sendero
como prepara un golpe el enemigo artero;
se agita dentro de la ciudad corrompida
cual verme que le roba al hombre su comida.
Aquí y allá se oye las cocinas silbar,
chillar en los teatros, las orquestas roncar;
las mesas en que el juego deleita con albures
se llenan de busconas y cómplices tahúres
y también los ladrones sin tregua ni piedad
se entregan a su oficio por toda la ciudad
forzando suavemente cerraduras y arquetas
por comer y vestir a sus coimas coquetas.

Recógete, alma mía, en este grave instante
y cierra tus oídos al rugido constante.
¡En esta triste hora los enfermos se agravan!
La Noche les aprieta la garganta; y acaban
por caer al abismo que aguarda a los demás.
El hospital se llena de su soplo; ya más
no pedirán algunos la sopa perfumada
junto al fuego, en la noche, cerca de un alma amada.

¡Aun los más de entre ellos jamás han conocido
la calma del hogar y jamás han vivido!

XCVI
EL JUEGO

En sillones raídos las cortesanas viejas,
pálidas y pintadas, mirar suave y fatal,
entre arrumacos dejan caer de sus orejas
finas un tintineo de piedra y de metal;

en derredor de un verde tapiz, rostros sin boca,
bocas descoloridas y quijadas sin dientes
y dedos que se crispan en una fiebre loca
palpan bolsas vacías, pechos desfallecientes;

de artesonados sucios cuelgan pálidas luces
de arañas y quinqués que lanzan sus fulgores
sobre ilustres poetas sombríos que, de bruces,
sobre el tapiz malgastan sus sangrantes sudores.

Ved la negra pintura que en un sueño nocturno
ante mis ojos lúcidos se iba desarrollando.
Yo mismo, en un rincón del antro taciturno,
me vi acodado, frío, silencioso, envidiando,

envidiando de aquéllos el pertinaz fervor,
de aquellas viejas putas la fúnebre algazara:
todos gallardamente traficando en mi cara,
ella con su hermosura, él con su pundonor.

¡Y me aterró envidiar a tanto desvalido
que corre hacia el abismo con furia desalada,
que, ebrio de su sangre, siempre habrá preferido
el dolor a la muerte y el infierno a la nada!

XCVII
DANZA MACABRA

A Ernest Christophe

Oronda, como un vivo, de su noble estatura,
con su gran ramillete, su pañuelo y sus guantes,
exhibe la indolencia y la desenvoltura
de una magra coqueta de aires extravagantes.

¿Se vio nunca en el baile un talle más ceñido?
Su falda exagerada, de un ancho majestuoso,
se abate sobre un pie seco y largo, metido
en chapín elegante, como una flor precioso.

El volante que las clavículas rodea
como un río lascivo que acaricia un escollo
esconde con pudor, de burlona ralea,
los fúnebres encantos que viste el perifollo.

Sus ojos están hechos de tiniebla y vacío
y su cráneo, de flores con destreza tocado,
oscila sobre el raquis, delicado y sombrío.
¡Oh, encanto de lo nulo, locamente ataviado!

Has de ser para algunos una caricatura,
que no entienden, amantes que embriaga lo carnal,
la elegancia sin nombre de la humana estructura.
¡Tú colmas, esqueleto, mi gusto elemental!

¿Vienes a perturbar con tu mueca imponente
la fiesta de la Vida? ¿O un deseo de ayer,
espoleando aún tu osamenta viviente,
candoroso te empuja al Sabbat del Placer?

Al cantar de violines y el brillar de bujías,
¿buscas ahuyentar tu burlona pesadilla
y vienes a pedir a un torrente de orgías
que refresque el infierno que en tu corazón brilla?

¡Inagotable pozo de sandez y pecado!
¡Del antiguo dolor, retorta inagotable!

A través de la reja del costillar pelado
veo errar todavía el áspid insaciable.

A decir verdad, temo que tu coquetería
no encuentre el premio digno que le debe la suerte;
¿qué corazón mortal tu burla entendería?
¡La magia del horror embriaga sólo al fuerte!

En tus ojos de abismo el pensamiento enerva,
exhala el pasmo y los danzantes prudentes
no mirarán jamás sin repugnancia acerba
la perenne sonrisa de tus treinta y dos dientes.

Sin embargo, ¿quién nunca abrazó un esqueleto
ni se nutrió de cosas que toda tumba sella?
¿Qué importan el perfume ni el caro ajuar completo?
La que se asquea muestra que se siente muy bella.

Danzante sin nariz que incitas al deleite,
diles a los que bailan y te ven enojados:
«Pequeños, a pesar del carmín y el afeite,
¡oléis todos a muerto! ¡Osarios perfumados,

»Antínoos marchitos, *dandys* aún sin barba,
cadáveres pintados y *lovelaces* canos,
la ola universal de la danza macabra
os arrastra en su impulso a lugares arcanos!

»Desde el Sena invernal hasta el Ganges quemante
salta el mortal rebaño frenético, sin ver
por un hueco en la altura la trompeta vibrante
del Ángel, cual siniestro mosquete, aparecer.

»¡En todo clima, bajo todo cielo se pirra
la Muerte de tu espasmo, humano sin conciencia!
Y a veces, como tú, se perfuma de mirra,
¡y mezcla su ironía a tu triste demencia!».

XCVIII
EL AMOR DE LA MENTIRA

Cuando te veo pasar, oh, indolente adorada,
al canto de la orquesta que se quiebra en la altura,
paseando el hastío de tu honda mirada
y ajustando la marcha armoniosa y segura;

cuando contemplo, al fuego del gas que la colora,
tu blanca frente, ungida por un mórbido ornato,
donde, antorcha, el ocaso ilumina una aurora
y tus mágicos ojos, como los de un retrato,

me digo: ¡Cómo es bella! ¡Qué extraña lozanía!
El sólido recuerdo, regio y pesado alcor,
la aureola; y durazno su corazón diría,
maduro, cual su cuerpo, para el sapiente amor.

¿Eres fruto de otoño de sabor soberano?
¿Eres fúnebre urna de llantos y dolores?
¿Perfume que suscitas un oasis lejano?
¿Almohada cariciosa, o canasta de flores?

Yo sé que hay ojos llenos de gran melancolía
que no esconden la huella de sublimes desvelos;
cual medallón sin joya, cual arqueta vacía,
más huecos, más profundos que vosotros, ¡oh, Cielos!

Mas ¿no basta que seas apenas apariencia
para alegrar un alma que engañarse procura?
¿Qué importa tu torpeza, o aun tu indiferencia?
Disfraz, pompa, ¡salud! Yo adoro tu hermosura.

XCIX

No olvido nuestra casa, de la ciudad cercana,
blanca, pequeña casa con su paz soberana;
su Pomona de yeso y la Venus sin brillo
que ocultaba sus miembros detrás de un bosquecillo;
y el sol crepuscular, soberbio y esplendente
que, detrás de los vidrios en que su rayo ardiente
se quebraba, era un ojo que entre nubes curiosas
miraba nuestras cenas largas y silenciosas,
y en mi memoria aún su reflejo se alarga
sobre el mantel y sobre las cortinas de sarga.

C

A la sirvienta fiel de que estabais celosa,
que bajo humilde césped para siempre reposa,
deberíamos juntos llevarle algunas flores.
Los muertos, pobres muertos, tienen grandes dolores;
y cuando octubre poda las ramas con sus vientos
y sopla, melancólico, entre los monumentos,
han de hallar muy ingratos en verdad a los vivos,
que duermen bien, a salvo de fríos excesivos,
mientras, con pesadillas, helados y deshechos,
sin nadie que comparta su charla ni sus lechos,
osamenta vetusta que atormenta el gusano,
sienten el crudo invierno, que nieva muy cercano,
y el siglo que transcurre sin que amigo o pariente
arranquen el guiñapo de la reja pendiente.

Si cuando el fuego silba y canta en el ocaso,
tranquila en el sillón yo la encontrara acaso;
si una noche muy fría de diciembre la viera,
arrebujada en un rincón de mi leonera,
huida del sepulcro por consolar mis males,
cubrir al niño grande con ojos maternales,
a esa alma piadosa, ¿decirle qué podría,
viendo caer las lágrimas de su cuenca vacía?

CI
BRUMAS Y LLUVIAS

¡Final de otoño, invierno, abril del lodo esclavo,
lánguidas estaciones! Yo os amo y os alabo
por envolver así cerebro y corazón
en una gris mortaja y en un vago panteón.

En esta gran llanura que el cruel ábrego enfría,
y donde en largas noches la veleta chirría
más que en la primavera de tibieza clemente,
mi alma abrirá sus alas de cuervo extensamente.

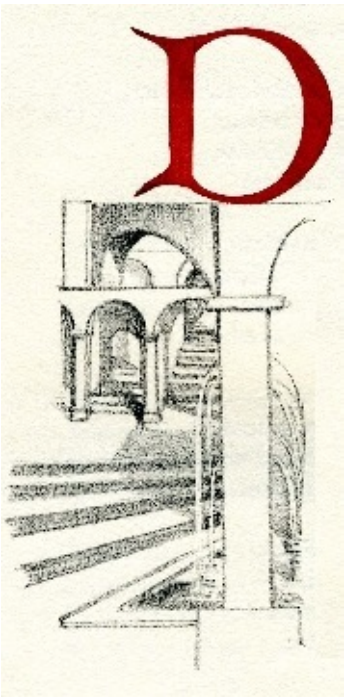
Nada al corazón lleno de mil fúnebres cosas,
que ya por mucho tiempo sufre la escarcha encima,
oh, grises estaciones, reinas de nuestro clima,

alegra como vuestras jornadas tenebrosas…
de no ser, una noche sin luna, acompañado,
embotar el dolor en un lecho arriesgado.

CII
SUEÑO PARISIENSE

A Constantin Guys

I



e aquel paisaje espeluznante
cual nadie jamás antes vio,
la imagen otra vez, distante,
esta mañana me extasió.

¡El dormir de asombros se llena!
Por un capricho singular
había arrojado de la escena
el vegetal irregular.

Ufano de mi fantasía
gozaba en mi cuadro genial
la embriagante monotonía
del agua, el mármol y el metal.

Babel de escaleras y arcadas,
era un palacio ilimitado
lleno de estanques y cascadas
cayendo en un oro tostado.

Y unas cataratas gigantes
como cortinas de cristal
se suspendían, deslumbrantes,
de grandes muros de metal.

Árboles no, mas soportales
todas las cisternas rodeaban,
en que grandes ninfas triunfales

cual mujeres se contemplaban.

El agua en capas se expandía
entre muelles de azul y rosa
y miles de leguas cubría
del fin del mundo deseosa.

Había piedras nunca halladas
y mágicas ondas, ¡espejos
inmensos, lunas deslumbradas
por lo captado en sus reflejos!

Negligentes y taciturnas
corrientes del cielo brillante
vertían oro de sus urnas
dentro de simas de diamante.

Constructor de mis fantasías
hacía, sólo por mi agrado,
bajo un túnel de pedrerías
pasar un piélago domado.

Todo, hasta el negro de la escoria,
era muy pulcro e irisado;
la linfa engarzaba su gloria
en el rayo cristalizado.

¡Ni un astro, empero, ni un vestigio
de sol, aun en la lejanía,
para alumbrar este prodigio
que un fuego personal bruñía!

Sobre este portento querido
iba (¡terrible novedad!,
¡nada al ojo, todo al oído!)
un silencio de eternidad.

II

Al abrir mis ojos ardientes
yo vi el horror de mi garita
y sentí horadarme inclementes
filos de mi ansiedad maldita.

El reloj de acentos luctuosos
marcó, brutal, el mediodía,
y el cielo en tonos tenebrosos
el siniestro mundo envolvía.

CIII
EL CREPÚSCULO MATINAL

La diana resonaba dentro de las casernas
y el viento de la aurora soplaba las linternas.

A esa hora un enjambre de maléficos sueños
tuerce sobre la almohada a los mozos trigueños;
cual un ojo sangrante que palpita agitado,
la lámpara en el día deja un tizne encarnado;
y el alma, bajo el peso carnal que la oprimía,
imita los combates del farol con el día.
Como un rostro lloroso que las brisas enjugan,
el aire tiembla con las cosas que se fugan.
Ni el hombre escribir quiere, ni la mujer, amar.

Aquí y allí las casas comenzaban a humear.
Las hembras de placer, el rostro sin color,
boquiabiertas dormían en imbécil sopor;
las pobres, con sus flacos senos fríos desnudos,
soplaban sus tizones y sus dedos huesudos.
A esa hora, entre el frío y la mugre que afrenta,
se agravan los dolores de alguna parturienta;
cual sollozo que corta una sangre espumosa,
cantó el gallo y rasgó la atmósfera brumosa;
un mar de nieblas densas se alzaba en el sigilo
y los agonizantes al fondo del asilo
con hipos desiguales cesaban su agonía;
el vicioso, a su casa, agotado volvía.
La aurora, tiritando, en bata verde y rosa
sobre el Sena avanzaba muy lenta y silenciosa,
y el sombrío París, frotándose la frente,
empuñaba sus útiles, anciano diligente.

EL VINO

CIV
EL ALMA DEL VINO

Cantaba en las botellas el ánima del vino:
«Hombre, hacia ti yo elevo, mi buen desheredado,
un himno fraternal, luminoso, argentino,
en mi cárcel de vidrio y en mi lacre encarnado.

»Sé muy bien cuán precisos en la colina ardida
son la pena, el sudor y el sol que todo tuesta
para hacerme yo un alma y fecundar mi vida:
mas no seré malvado ni alzaré una protesta,

»pues siento una gran dicha al mojar la garganta
de un hombre al que el trabajo va acortando los días
y su pecho caliente es sepulcro que encanta,
donde mucho más gozo que allá en mis cavas frías.

»¿Oyes tú resonar los cantos domingueros
y trinar la esperanza en mi seno violento?
Con el codo en la mesa y los brazos ligeros,
me glorificarás y estarás muy contento.

»Yo alumbraré los ojos de tu hembra rendida;
a tu hijo daré su fuerza y sus colores
y seré para el frágil atleta de la vida
ungüento que endurezca los brazos luchadores.

»Dentro de ti caeré, vegetal ambrosía,
rico grano que arroja inmortal Sembrador,
porque de nuestro amor nazca la Poesía,
¡que hacia Dios brotará como una rara flor!».

CV
EL VINO DE LOS TRAPEROS

Con frecuencia, a la luz roja de algún fanal
del que tortura el viento la llama y el cristal,
en el viejo suburbio, fangoso laberinto
donde lo humano hierve con fermento distinto,

se nos cruza un trapero que baja la cabeza,
que al igual que un poeta con los muros tropieza,
y, sin cuidarse de sus siervos los soplones,
se hincha con la gloria de sus maquinaciones.

Dicta leyes sublimes y presta juramentos,
alza a los derrotados y abate a los violentos;
y bajo las estrellas, que le forman dosel,
se embriaga con el lustre de sus virtudes él.

Sí, esta gente acosada por penas familiares,
molida por las luchas, la edad y sus pesares,
derrengada y hozando detritus hacinados
que el enorme París vuelca regurgitados,

regresa, perfumada de un tufo de barriles,
con viejos que se ajaron empuñando fusiles,
cuyos mostachos cuelgan, a pendones iguales;
¡las banderas, las flores y los arcos triunfales

se alzan ante ellos, solemne brujería!
¡Y en la ensordecedora y luminosa orgía
del sol, de los clarines, los gritos y el tambor,
llevan la gloria al pueblo embriagado de amor!

Así, siguiendo el rumbo del humano inconstante,
el vino arrastra oro, Pactolo deslumbrante;
por la boca del hombre canta sus heroísmos
y por sus dones reina como los reyes mismos.

Para ahogar el rencor y vencer la indolencia
de estos viejos malditos que la muerte silencia,
Dios, por remordimiento, el sueño había creado;
¡el Hombre sumó el vino, del Sol hijo sagrado!

CVI
EL VINO DEL ASESINO

¡Mi mujer ha muerto, estoy liberado!
Ya puedo beber todo lo que quiera.
Al volver sin blanca, solo, a mi leonera,
sus gritos dejaban mi ser lacerado.

Como un rey, contento, estoy y estaré;
el aire es más puro, el cielo, asombroso…
¡Un verano así tuvimos, dichoso,
la vez que de ella yo me enamoré!

La sed espantosa que a mí me lacera
apenas podría llegar a calmar
todo el vino tinto —no es poco esperar—
con que dejar llena su tumba pudiera.

Arrojé su cuerpo al fondo de un pozo
y ya lo he cubierto en forma total
de todas las piedras del mismo brocal.
Si puedo olvidarla, ¡qué gran alborozo!

En nombre de tanto tierno juramento
de que nadie nos podrá desligar

y para podernos reconciliar
como en aquel tiempo, ebrios de contento,

le imploré una cita sin llantos ni enfados,
de noche, en la ruta distante y oscura,
¡y ella fue! ¡La pobre, loca criatura!
¡Todos, más o menos, estamos chiflados!

Ella estaba aún graciosa y garrida
¡aunque muy cansada! Y yo, yo la amé
mucho, demasiado. Y es por ello que
le dije: ¡Ya vete pronto de esta vida!

Comprender no pueden. ¿Hay un perdulario
borracho y estúpido que a mí me comprenda,
que en alguna noche morbosa y horrenda
soñara con vino hacer un sudario?

Tal crápula inmune, igual que el acero
de un ferrocarril, al dolor eterno,
nunca, ni en estío, ni en el crudo invierno,
conoció jamás amor verdadero,

el de negras magias y alarmas violentas,
¡infernal cortejo de rudos quebrantos,
filtros de veneno, dolores y llantos,
de ruido de cadenas y osamentas!

¡Heme ya, por fin, libre y solitario!
Moriré esta noche de una borrachera;
y entonces sin miedo ni pesar siquiera
me echaré en la tierra, como en un osario.

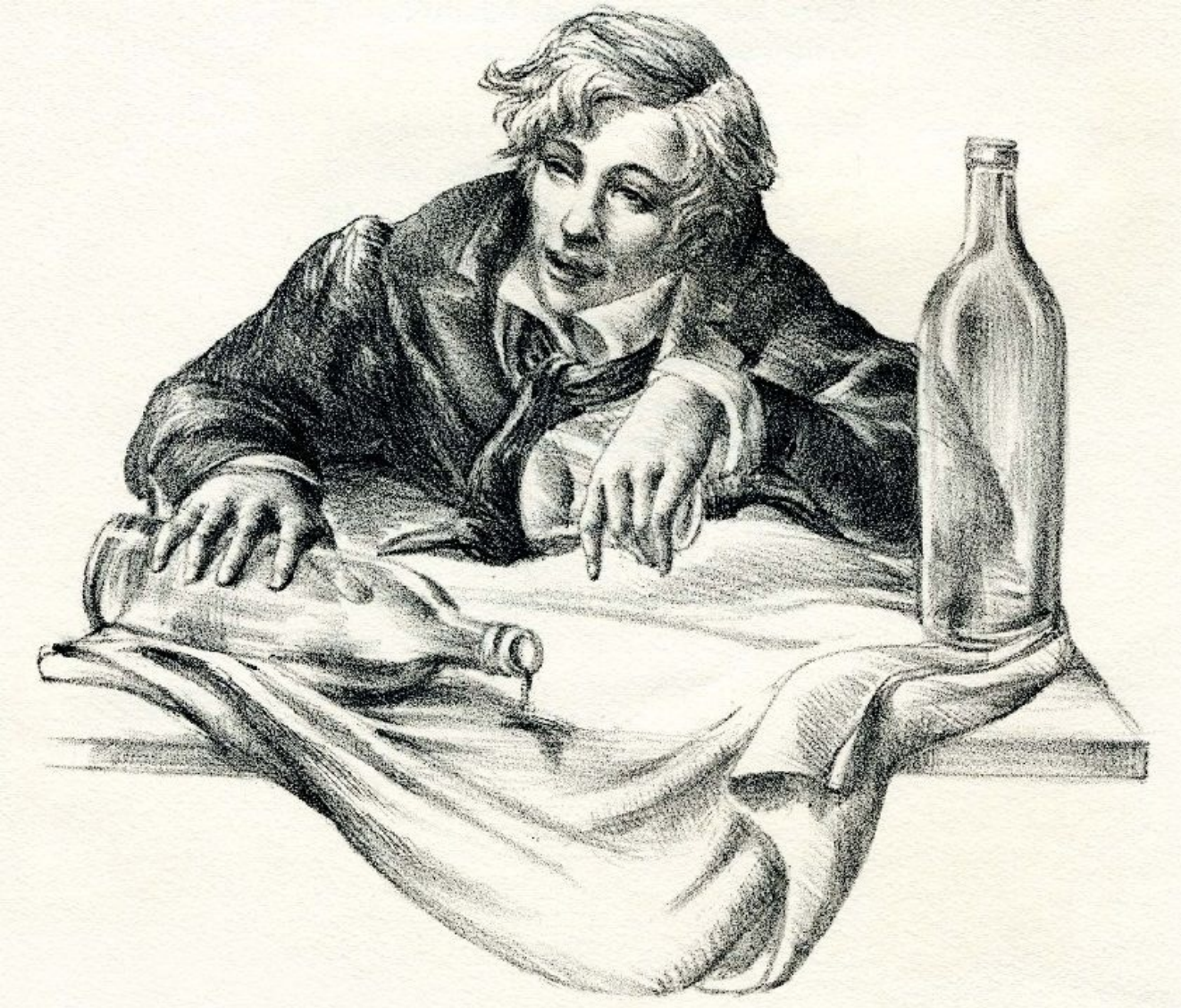
¡Y ya dormiré por fin como un can!
Con pesadas ruedas algún viejo carro
cargado de piedras y lleno de barro
y la vagoneta rabiosa podrán

mi cabeza rea muy bien aplastar
o por la cintura cercenarme en dos.
¡Me río de ellas igual que de Dios,
del Diablo y de la Mesa del Altar!

CVII
EL VINO DEL SOLITARIO

La singular mirada de una mujer galante
que fluye hacia nosotros como el pálido rayo
de luna que en el lago ondula con desmayo
cuando ella baña en él su belleza insinuante,

los últimos escudos de un tahúr en su mano,
algún beso lascivo de la enjuta Adelina,
los sones de una música irritante en sordina
como un distante grito del padecer humano.



Todo aquello no vale, oh, botella profunda,
el bálsamo acerado de tu panza fecunda

que al poeta piadoso consuela de sus males.

Tú le das la esperanza, la juventud, la vida
y el orgullo, en que toda miseria está vencida,
que nos hace invencibles y a los Dioses iguales.

CVIII
EL VINO DE LOS AMANTES

¡Hoy el espacio espléndido convida!
Sin freno, sin espuelas y sin brida,
¡partamos a caballo sobre el vino
hacia un arrobador cielo divino!

Cual dos ángeles a quienes tortura
constante una implacable calentura,
en el cristal azul de la mañana,
¡sigamos juntos la visión lejana!

Suavemente mecidos por el ala
de ese torbellino inteligente
que en un común delirio nos iguala,

¡cortemos lado a lado la corriente
y huyamos ya sin tregua ni reposo
al paraíso de mi sueño hermoso!

FLORES DEL MAL

CIX
LA DESTRUCCIÓN

Sin cesar el Demonio junto a mi lado pasa,
flota a mi alrededor como un aire impalpable;
yo lo trago, y lo siento que mi pulmón abrasa
y le infunde un deseo sempiterno y culpable.

Conociendo mi amor del Arte, impenitente,
en mujer seductora se torna en ocasiones,
y con falsas excusas de su labia que miente
deja en mi boca el vicio de infames libaciones.

De este modo me lleva de Dios y su mirada
muy lejos, sin aliento, el alma fatigada,
por planicies de Hastío, profundas y desiertas.

Me lanza ante los ojos llenos de confusión
mugrientas vestiduras, heridas siempre abiertas,
¡y el bélico aparejo que trae la Destrucción!

CX
UNA MÁRTIR

DIBUJO DE UN MAESTRO DESCONOCIDO

En medio de los frascos, de las telas doradas
y de los muebles voluptuosos,
de mármoles, de cuadros, de batas perfumadas
que arrastran sus pliegues suntuosos,

en una pieza cálida como un invernadero,
de aire peligroso y fatal,
donde exhalan las flores su perfume postrero
en sus féretros de cristal,

un cuerpo sin cabeza esparce cual corriente
sobre la almohada ya sin sed
la sangre roja y viva en la tela absorbente
como de un prado la avidez.

Semejante a los sueños que la tiniebla cría
y que encadenan la mirada,
la cabeza, que cubre la melena sombría
de hermosas piedras alhajada,

en la mesa de noche descansa cual ranúnculo,
de pensamiento ya sin restos,
y una mirada vaga, blanca como el crepúsculo,
lanzan los ojos descompuestos.

Sobre el lecho, desnudo, el tronco, horizontal,
muestra con descuido completo
el secreto esplendor de la beldad fatal
de que Natura la hizo objeto.

Una media rosácea, de oro recamada,
se ajusta al muslo venusino;
la liga, ojo secreto, lanza una llamarada
desde su centro diamantino.

El singular aspecto de esta soledad
y de un gran retrato morboso
de ojos insinuantes de cruel salacidad
revela un amor tenebroso.

Una culpable dicha, fiestas extravagantes

y caricias luciferinas
en que ángeles malvados nadaban exultantes
en los pliegues de las cortinas.

Sin embargo, ¡revelan la esbeltez elegante
del hombro de perfil velado,
la cadera angulosa y el breve talle ondeante,
como de reptil irritado,

que es muy joven aún! Su alma exasperada,
sus sentidos de tedio heridos,
¿habíanse entreabierto a la hambrienta perrada
de errantes deseos perdidos?

El hombre rencoroso que no pudiste, viva,
pese a tanto amor, tú saciar,
¿satisfizo en tu carne inerte y receptiva
lo inmenso de su desear?

¡Habla, impuro cadáver! Con un brazo febril
tus lacias crenchas empuñando,
di, cabeza, ¿en tus dientes, sobre el frío marfil,
selló el supremo adiós nefando?

Lejos del duro escarnio, de la morralla impura,
de algún magistrado curioso,
duerme en paz, duerme en paz, extraña criatura,
en tu sepulcro misterioso.

Tu esposo cruza el mundo, y tu forma inmortal
lo vela en su reposo inerte;
será también, sin duda, su lealtad igual
y constante hasta la muerte.

CXI
MUJERES CONDENADAS

Como reses absortas sobre la arena echadas,
ellas vuelven los ojos a los mares lejanos,
y sus pies que se enlazan, y sus manos trenzadas,
languidecen sedosos con temblores malsanos.

Unas, almas sedientas de ardientes consonancias,
detrás de un bosquecillo donde un arroyo rueda
deletrean amores de medrosas infancias
y escriben en los troncos de una tierna arboleda.

Las otras, como hermanas, van graves y silentes
y atraviesan peñascos llenos de apariciones,
donde vio San Antonio, como lavas ardientes,
rojos senos desnudos que fueron tentaciones.

Las hay que, a los fulgores de resinas goteantes,
en los callados huecos de los antros paganos,
te piden el remedio de sus fiebres bramantes,
¡oh, Baco, a ti, que aduermes los pesares humanos!

Y otras aún, que llevan al cuello escapularios
y, ocultando un cilicio bajo sus vestiduras,
mezclan en los nocturnos boscajes solitarios
la espuma del placer con llorosas torturas.

¡Oh, vírgenes, demonios y mártires ya rotas,
espíritus inmensos que despreciáis lo real
en busca de infinitos, lúbricas y devotas
que entre gritos y llantos pregonáis vuestro mal!

¡Yo que hasta vuestro infierno con mi alma os he seguido,
pobres hermanas que amo, lamento vuestras penas,
vuestros graves dolores, vuestra sed sin olvido
y vuestras almas, urnas que de amor están llenas!

CXII
LAS DOS BUENAS HERMANAS

La Lujuria y la Muerte son dos chicas galantes
que prodigan los besos con salud ejemplar,
cuyo vientre impoluto bajo harapos colgantes,
pese al trabajo eterno, nunca pudo alumbrar.

Al poeta siniestro, del hogar renegado,
mimado del infierno, cortesano insolvente,
tumba y burdel le muestran, bajo un techo enramado,
un lecho que al pesar fue siempre indiferente.

Y la caja y la alcoba, en blasfemias fecundas,
como buenas hermanas nos ofrecen por turno
espantosos placeres y un goce atroz e impuro.

¿Cuándo me enterrarás con tus manos inmundas,
Lujuria? ¿Y cuándo, Muerte, su rival taciturno,
al mirto infecto injertarás ciprés oscuro?

CXIII
LA FUENTE DE SANGRE

Siento a veces mi sangre escaparse a raudales,
como una fuente de sollozos musicales.
Oigo bien cómo fluye murmurando en su huida,
pero me palpo en vano para encontrar la herida.

Por toda la ciudad, como en campo cercado,
se expande, transformando en isla el empedrado,
saciando en las criaturas la sed devoradora
mientras todo de rojo el paisaje colora.

He buscado en el vino que embriaga el bebedizo
que aduerma sólo un día el terror que me mina;
¡el vino aguza el ojo y al oído lo afina!

En el amor busqué un sueño olvidadizo;
¡mas para mí el amor es un colchón de espinas
para dar de beber a estas crueles meninas!

CXIV
ALEGORÍA

Es una mujer bella, y de opulento escote,
que deja que en el vino su pelo se alborote.
Ni garra del amor, ni veneno en garito,
rozan sin embotarse de esa piel el granito.
Se ríe de la muerte, reta al libertinaje,
que, si arañan y siegan con su feroz ultraje
y juegos destructores, han tenido piedad
y han dejado a ese cuerpo su ruda majestad.
Al caminar es diosa y al reposar, sultana,
y en el placer profesa la fe mahometana,
y entre sus brazos presos, sus senos soberanos
arrastran por los ojos a todos los humanos.
Ella cree, ella sabe, este ser infecundo
y virgen, necesario a la marcha del mundo,
que lo hermoso del cuerpo es un sublime don
que a la peor infamia le arranca su perdón;
ignora el purgatorio lo mismo que el infierno,
y al llegarle la hora de enfrentarse a lo eterno
mirará cara a cara la Muerte, en un momento,
cual neonato, sin odio y sin remordimiento.

CXV
LA BEATRIZ

Por tierras cenizosas, secas, sin lozanía,
mientras a la natura yo me quejaba un día,
y con mi pensamiento, por una ruta vaga,
contra mi corazón afilaba una daga,
vi sobre mí bajar, fúnebre y ominosa,
por el aire una enorme nube tempestuosa
que llevaba un tropel de demonios viciosos
semejantes a enanos malvados y curiosos.
Pusiéronse a considerarme fríamente
y, como transeúntes que observan a un demente,
los escuché reír y susurrar, iguales,
entre burlones guiños e insólitas señales:

«Contemplemos a gusto esta caricatura,
espectro que de Hamlet imita la postura,
la mirada indecisa, los cabellos al viento.
¿No es lástima de ver este histrión sin asiento,
este vividor, este gracioso de cartel,
porque sabe encarnar con arte su papel,
querer interesar en su canto y dolores
las águilas, los grillos, los ríos y las flores,
y a nosotros, autores de estas bromas pasadas,
recitarnos a gritos sus pomposas tiradas?».

Yo habría conseguido (mi orgullo es cual montaña)
dominar los demonios y aquella nube extraña
y volverles la espalda con actitud serena
si no hubiera avistado entre la tropa obscena,
¡y el crimen no hizo al sol tambalearse en el cielo!,
a la reina de mi alma, de ojos sin paralelo,
reírse entre los diablos de mí, con impudicia,
haciéndoles a veces una sucia caricia.

CXVI
UN VIAJE A CITERES

Mi corazón, cual ave, daba vueltas, dichoso,
y planeaba alrededor de los cordajes;
flotaba el buque bajo un cielo sin celajes
cual ángel embriagado por un sol luminoso.

¿Qué isla es ésta, tan triste y tan negra? —Es Citeres
—alguien dijo—, un país de fama en las canciones,
Eldorado banal para los solterones.
Mirad, es tierra pobre, digáis lo que dijereis.

—¡Isla de los secretos dulces y el tierno halago!
De la Venus antigua el fantasma se asoma,
encima de tus mares vuela como un aroma
y a las almas viajeras suave amor da por pago.

¡Isla del mirto verde, de corolas preciosas,
que bendice por siempre toda feliz nación,
donde dulces suspiros de intensa adoración
flotan como el incienso en un jardín de rosas

o como de una tórtola el arrullo sin par!
—Citeres no era más que un triste pedregal,
tierra que turba un ave con grito gutural.
¡Yo entreveía, empero, algo allí, singular!

No era un templo rodeado de penumbras boscosas
al que en pos de sus flores, joven sacerdotisa,
entreabriendo su túnica a la ligera brisa,
marchase, ardiendo el cuerpo en ansias misteriosas.

Mas he aquí que, rozando la costa aquel bauprés,
tan cerca que agitó a una inquieta bandada,
una horca avistamos con tres palos alzada,
oscura frente al cielo lo mismo que un ciprés.

Crueles aves posadas sobre su posesión
destrozaban con rabia un cadáver maduro,
metiendo como un útil, todos, el pico impuro
en los huecos sangrantes de aquella corrupción.

Los ojos eran cuencas, y del vientre vaciado
rodaban por los muslos las vísceras colgantes,
y los verdugos, hartos de trozos repugnantes,
a duros picotazos ya lo habían castrado.

A sus pies más de una cuadrúpeda alimaña,
levantado el hocico, acechante, giraba,
y una bestia entre ellos, más grande, se agitaba
como un verdugo a quien su cohorte acompaña.

Morador de Citeres, hijo de un cielo hermoso:
en silencio sufrías estos graves insultos
como expiación horrenda de los infames cultos
y faltas que te vedan un sepulcro piadoso.

¡Oh, ridículo ahorcado, tus penas son las mías!
¡Yo sentí a la vista de tus miembros pendientes,
cual vómito, subir hasta tocar mis dientes
el gran río de hiel del dolor de otros días!

Ante ti, pobre diablo que el recuerdo venera,
sintió mi carne el pico y el maxilar hambriento
que ayer me trituraban con singular contento,
de cuervo lancinante y de negra pantera.

—El cielo era admirable, el mar todo se unía;
mas desde entonces todo lo vi cruento y oscuro,
¡ay!, y, como en sudario, mi corazón impuro
se quedó amortajado en esa alegoría.

¡Oh, Venus! En tu isla, de pie, sólo en mi viaje,
vi en la horca simbólica pender mi efigie extraña…
—¡Ah, Señor! ¡Dadme vos la fuerza y el coraje
de no mirar con asco mi cuerpo ni mi entraña!

CXVII
EL AMOR Y EL CRÁNEO

VIEJA BASE DE UNA LÁMPARA

Sentado está Amor sobre el cráneo
de la Humanidad,
y sobre el trono, extemporáneo,
con cruel hilaridad,

sopla feliz globos jocundos
que suben con premura
para reunirse con los mundos
del éter en la hondura.

Frágil la bola y luminosa
se impulsa, acelerada,
y escupe su alma vaporosa
cual quimera dorada.

Oigo al cráneo que reza luego
que la burbuja explota.
«Este feroz, risible juego,
¿cuándo por fin se agota?

»Lo que tu boca disemina
cruel en el aire así,
¡es mi cerebro, bestia dañina,
carne y sangre de mí!».

REBELIÓN

CXVIII
LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

¿Qué hace Dios, pues, de aquella oleada de anatemas
que asciende cada día hacia sus Serafines?
Como un tirano harto tras sus grandes festines
se adormece al murmullo de las frases blasfemas.

El sollozo del mártir y el del sacrificado
han de ser una sinfonía embriagadora,
ya que, pese a la sangre que su pasmo ha costado,
al Cielo, de saciarse, no le llega la hora.

¡Ah! ¡Recuerda aquel Huerto, Jesús, de los Olivos!
De rodillas orabas con tu simpleza pía
a Aquel que al golpe seco de los clavos reía,
plantados por verdugos en tus músculos vivos.

Al ver como escupían en tu divinidad
la crápula marcial y la de las cocinas,
y mientras Tú sentías hundirse las espinas
en tu cráneo, donde vivió la Humanidad;

cuando el horrible peso de tu cuerpo quebrado
estiraba tus brazos tensados, y el sudor
y la sangre surcaban tu rostro con dolor
y, blanco de la plebe, quedaste abandonado,

¿soñabas en los días tan bellos y brillantes
cuando, para cumplir la promesa divina,
recorrías a lomos de una mansa pollina
los senderos de flores y de ramos ondeantes,

cuando, el pecho pletórico de valor y esperanza,
tú azotabas a aquellos mercaderes, violento,
cuando al fin fuiste el amo? ¿Un gran remordimiento
no penetró tu flanco, más hondo que la lanza?

En verdad dejaré, del todo satisfecho,
un mundo en que la acción no está al sueño hermanada.
¡Quién pudiera morir y vivir por la espada!
San Pedro renegó de Jesús… ¡y está bien hecho!

CXIX
ABEL Y CAÍN

I

Raza de Abel, duerme, bebe y come;
Dios te sonríe complaciente.

Raza de Caín, en el lodo
repta y muere como indigente.

¡Raza de Abel, tu sacrificio
huele encantado el Serafín!

Raza de Caín, tu suplicio,
¿alguna vez tendrá su fin?

Raza de Abel, ve tus semillas
y tus bestias, cuán bien están.

Raza de Caín, tus entrañas
de hambre ululan como un can.

Raza de Abel, entibia el vientre
junto a la estufa patriarcal.

Raza de Caín, ¡allá en tu antro,
muere helado, pobre chacal!

Raza de Abel, ¡ama y prolifera!:
tu oro también engendra hijitos.

Raza de Caín, alma de hoguera,
¡cuídate de esos apetitos!

Raza de Abel, creces y horadas

como el insecto un bosque entero.

Raza de Caín, tras tus pasos
pierde tu prole el derrotero.

II

¡Oh, raza de Abel, tu carroña
ha de engordar el suelo ardiente!

Raza de Caín, tu faena
no está acabada totalmente.

Raza de Abel, he aquí tu afrenta:
al grillete el chuzo venció.

¡Raza de Caín, sube al cielo,
y en tierra precipita a Dios!

CXX
LAS LETANÍAS DE SATÁN

¡Oh tú, entre los Angeles el más sabio y hermoso,
privado de alabanzas por un sino alevoso!

¡Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Príncipe del exilio a quien timó la suerte
y que aun derrotado siempre te alzas más fuerte:

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que todo lo sabes, rey de cosas arcanas,
familiar curandero de las cuitas humanas,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que aun al leproso y al rebelde insumiso
por amor les permites gustar el Paraíso,

¡oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Oh tú, que de la Muerte, tu vieja y fuerte amante,
engendras la Esperanza, ¡esa loca excitante!

¡Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que das al proscrito la mirada serena
que maldice a la plebe que a morir lo condena,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que el rincón conoces, en tierras envidiosas,
donde Dios escondiera, rapaz, piedras preciosas,

¡oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, cuya luz penetra los hondos arsenales
donde duerme enterrada la grey de los metales,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, cuya inmensa mano oculta el precipicio
al sonámbulo, al filo de algún alto edificio,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que tornas flexibles los huesos del beodo
lento a quien los caballos lanzaron sobre el lodo,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que por consolar al que es débil y sufre,

le enseñas a mezclar salitre con azufre,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que pones tu marca, oh cómplice sutil,
en la frente del Creso inexorable y vil,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que llenas el pecho de las niñas garridas
del amor a los trapos y el culto a las heridas,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Báculo de exilados, lámpara de inventores,
confesor de ahorcados y de conspiradores,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Padrastro de los seres que en su enojo fatal
Dios padre echó del paraíso terrenal,

¡oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!

PLEGARIA

¡Loado seas tú, Satán, en las alturas
del Cielo donde reinas, y en las negras honduras
del Infierno en que sueñas callado, en tu Caída!
¡Deja que, bajo el Árbol de la Ciencia tendida,
repose mi alma un día, cuando, sobre tu frente,
sus ramas, nuevo Templo, se abran pródigamente!

LA MUERTE

CXXI
LA MUERTE DE LOS AMANTES

Tendremos un lecho de aromas ligeros,
divanes profundos como sepulturas,
y bajo otros bellos cielos extranjeros
abriránse flores de extrañas texturas.

Uniendo sus vastos ardores postreros,
llamas de dos pechos ganarán alturas,
y arderán, lo mismo que dobles luceros,
espejos mellizos, nuestras almas puras.

Un místico ocaso de azul y de rosa
cambiaremos una chispa luminosa,
como un gran sollozo de adioses colmado.

Y entreabrirá un ángel, más tarde, las puertas,
y hará revivir, fiel y alborozado,
los espejos turbios y las llamas muertas.

CXXII
LA MUERTE DE LOS POBRES

La muerte es quien consuela y a vivir nos ayuda;
es meta de la vida y la sola esperanza
que, embriagador elixir, por las venas avanza
e impulsa hasta el final de la jornada ruda.

Cara a la tempestad, nieve y escarcha aguda,
es claridad que lejos, tras el negror, se alcanza,
el albergue que el libro promete, y da confianza
y alimento y descanso a la gente desnuda.

Es Ángel que con dedos magnéticos, sedeños,
aduerme y tiene el don del éxtasis en sueños
y les prepara el lecho a los desposeídos.

¡Es gloria de los dioses y místico granero!
¡Es la bolsa del pobre y su país primero!
¡Es pórtico que abre Cielos desconocidos!

CXXIII
LA MUERTE DE LOS ARTISTAS

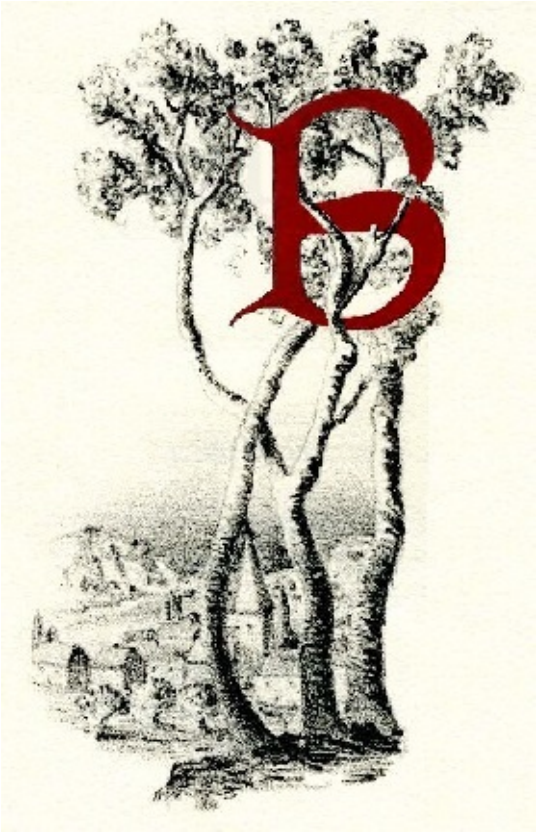
¿Cuántas veces sacudiré mi sonajero
y besaré tu frente, triste caricatura?
Para dar en el blanco de mística natura,
¿cuántas flechas, carcaj perderé, pobre arquero?

Nuestra alma ocupará más de un complot artero
y destruiremos más de una fuerte armadura
mucho antes de admirar a la enorme Criatura
cuya crueldad lloramos con gemir lastimero.

A su ídolo muchos jamás han conocido,
y los tallistas réprobos que ha manchado una afrenta
y castigan su carne con actitud violenta,

tan sólo un bien esperan, Capitolio abatido:
¡que la Muerte, sol nuevo que cierne sus ardores,
haga que en su cerebro se abran nuevas flores!

CXXIV
EL FINAL DE LA JORNADA



ajo una luz ya mortecina
se agita y baila sin razón
la Vida aullante y libertina,
en tanto, lejos del turbión,

se alza la noche en el confín
y calma aun el hambre en torno;
todo lo borra: hasta el bochorno.
El Poeta se dice: «¡Al fin!

»Mi alma, al igual que mi espinazo,
reposo con ardor reclama,
sueño fúnebre que me pueblas.

»Me tenderé sobre la cama
revoleándome en vuestro abrazo,
¡oh, refrigerantes tinieblas!».

CXXV
EL SUEÑO DE UN CURIOSO

A F. N.

¿Conoces como yo la amargura sabrosa
y haces decir de ti: «¡Qué hombre singular!»?
Yo iba a morir. Mezclábanse en mi alma amorosa
el horror y el deseo: un mal particular;

angustia y esperanza, sin actitud facciosa.
Cuando el reloj de arena se empezaba a vaciar
crecía mi tortura punzante y deleitosa;
mi corazón huía del mundo familiar.

Yo era como un niño ávido de espectáculos
que odia el telón lo mismo que se odian los obstáculos…
y al fin mostrase, fría, la realidad común:

había muerto sin susto, y la terrible aurora
me envolvía. «Y ¿qué? —dije—, ¿Ha llegado la hora?».
El telón se había alzado y yo esperaba aún.

CXXVI
EL VIAJE

A Maxime du Camp

I

Para el niño que encantan el mapa y el grabado
el universo es copia de su afán pedigüeño.
¡Ah, qué grande es el mundo, de un candil alumbrado!
Si el recuerdo lo mira, el mundo: ¡cuán pequeño!

Al alba un día partimos, el cerebro llameando,
el corazón henchido de anhelos y pesares,
y al ritmo de las olas nos vamos, acunando
nuestro propio infinito por los finitos mares.

Dejan unos, felices, la vil patria de ayer;
otros, su horrible cuna; y otros más, anhelosos,
astrólogos ahogados en ojos de mujer,
la Circe dominante de aromas peligrosos.

Para no ser trocados en bestias se estremecen
ebrios de luz y espacio, de altos cielos posesos;
los hielos mordedores, los soles que los cuecen,
esfuman lentamente la huella de los besos.

Pero viajeros sólo son aquellos que parten
por partir; corazones como globos, ligeros,
sin que de un fatal sino ellos jamás se aparten,
y siempre dicen: ¡vamos! a ignotos derroteros.

Ésos, cuyos deseos se forman cual celajes
y sueñan, como sueña su cañón el soldado,
con ignotos placeres que prometen los viajes

y que el humano espíritu jamás ha adivinado.

II

Imitamos, ¡horror!, el trompo y la pelota
en su vals y en sus brincos; y hasta en el sueño, avara,
la Curiosidad nos atormenta y azota
como un Ángel cruel que soles flagelara.

Suerte extraña: la meta sin cesar se desplaza
y, si el lugar se ignora, es quizá indiferente.
¡Donde el hombre, que nunca la esperanza rechaza,
para hallar el reposo corre como un demente!

El alma es un balandro en busca de su Icaria;
sobre el puente una voz: «¡Abre los ojos!», grita,
y urge desde de la cofa una voz incendiaria:
«¡Amor… gloria… fortuna! ¡Una roca maldita!».

¡Cada islote que muestra en su puesto el vigía
un Eldorado es, del Hado prometido!
La Imaginación que configura su orgía
sólo descubre al alba un arrecife erguido.

¡Oh, pobre enamorado de comarcas quiméricas!
¿Lanzaremos acaso por la borda al abismo
al marino borracho, fabulador de Américas
que hace el mar más amargo con su terco espejismo?

Así el viejo indigente que sobre el fango gira
sueña, mirando al cielo, paraísos amables,
y ve una Capua, absorto, dondequiera que mira
y algún fuego ilumina zahúrdas miserables.

III

¡Asombrosos viajeros! ¡Cuántas nobles historias
vemos en vuestros ojos como profundos mares!
Mostradnos, del joyel de tan ricas memorias,
esas joyas formadas de alturas estelares.

¡Anhelamos viajar sin vapor y sin vela!
Haced, para alegrar el mal que nos hastía,
que rocen nuestras almas, tensas como una tela,
vuestros recuerdos, cuadros de clara lejanía.

¿Qué habéis visto? Decid.

IV

«Hemos visto los astros
y las olas; y arenas también vimos, sin fin;
y pese a conmociones e imprevistos desastres,
nos hemos aburrido mil veces, como aquí.

»La gloria del sol alto sobre la mar violeta,
la gloria de las urbes bajo del sol poniente,
en nuestro pecho hacían arder un ansia inquieta
de hundirnos en un cielo de brillo refulgente.

»Las ciudades más ricas, los más grandes paisajes,
no ostentaban jamás la atracción misteriosa
de aquellos que el azar formaba con celajes
y de los que el deseo tornaba el alma ansiosa.

»El gozo, a los deseos, añade fortaleza.
Deseo, viejo árbol que el placer estercola,
¡mientras se hace más gruesa y dura tu corteza,
más se estira hacia el cielo, tenaz, la rama sola!

»¿Has de crecer aún, gran árbol más vivaz
que el ciprés? Sin embargo, realizamos bosquejos
con afán para vuestro cuaderno tan voraz,
¡hermanos que amáis todo lo que viene de lejos!

»Ídolos saludamos que estiraban la trompa,
poltronas consteladas de alhajas luminosas,
palacios cincelados cuya mágica pompa
al banquero serían pesadillas ruinosas;

»vestidos que a los ojos embriagan y desquician,
mujeres cuyos dientes y uñas se han teñido,
y juglares a quienes las sierpes acarician».

V

¿Y luego qué? ¿Qué más?

VI

«¡Oh, mentes candorosas!

»Para que no se olvide el tema capital,
por doquier hemos visto sin haberlo buscado,
de lo excelso a lo bajo de la escala fatal,
el tedioso espectáculo del inmortal pecado:

»la mujer, vil esclava, estulta y orgullosa,
que adorándose ríe y se adora bestial;
el hombre, ávido déspota de alma licenciosa,
esclavo de la esclava y afluente de albañal;

»el verdugo gozoso, el mártir sollozante;
el festín que sazona el alma y la perfuma;
veneno del poder del tirano exultante,
y el pueblo, fiel al látigo que lo humilla y abruma;

»religiones que se asemejan a la nuestra,
todas en pos del cielo; la pura Santidad,
tal en lecho de pluma un gazmoño se muestra,
buscando en el cilicio la voluptuosidad;

»la Humanidad locuaz, que en su genio porfía
y loca, hoy como antes, con la luz por testigo,
grita a Dios, en su colérica agonía:
“Oh tú, mi semejante, maestro, ¡te maldigo!”.

»Y los menos idiotas, que aman la Locura,
huyendo del rebaño al Destino sujeto,
refugian en el opio inmenso su amargura.
Éste es, de todo el globo, el boletín completo».

VII

¡Amarga ciencia, aquella que nos enseña el viaje!
El mundo rutinario, pequeño en este día,
ayer, mañana, siempre, revela nuestra imagen:
¡oasis de horror en un desierto que hastía!

¿Hay que partir? ¿Quedarse? Quédate tú si puedes;
o parte. Uno se agacha, otro huye corriendo,
por burlar al rival que lo acecha con redes,
¡el Tiempo! Muchos corren sin tregua, van huyendo

tal como los Apóstoles, como el Judío Errante,
y nada es suficiente, ni vagón ni velero,
para huir de este infame reciario; hay quien, triunfante,
sabe matarlo dentro de la cuna, primero.

Cuando al fin con el pie la espalda nos aplaste
podremos esperar y gritar: ¡adelante!
Como rumbo a la China, viajero, aparejaste,
los cabellos al viento y el mirar vigilante,

sobre el mar de las Sombras embarcaremos todos
con el pecho gozoso de un joven pasajero.
Oíd las voces fúnebres que cantan de mil modos:
«Vosotros que queréis comer del placentero

»y perfumado Loto, ¡por aquí! Es colectado
aquí el maravilloso fruto que ansiáis comer;
venid a emborracharos del dulzor encantado
de esta siesta sin fin, del eterno placer».

Nos revela el espectro un familiar acento,
los Pílades nos tienden los brazos en la orilla.
«¡Nada hacia Electra, sacia tu corazón sediento!»,
dice aquélla a quien antes besamos la rodilla.

VIII

¡Oh Muerte, capitana, ya es tiempo, el ancla alcemos!
Nos hastía esta tierra, ¡oh Muerte!, ¡hay que zarpar!
Si son de tinta negros cielo y mar cual los vemos,
nuestros pechos, que ahondaste, sólo saben brillar.

¡Vierte en nosotros el veneno que conforta!
Mientras arda este fuego que en el cerebro llevo,
sondeemos el abismo, Cielo, Infierno: ¿qué importa?
¡Al fondo de lo Ignoto para encontrar lo *nuevo*!

LAS RUINAS (1868)

I
LA PUESTA DE SOL ROMÁNTICA

¡Cómo es de bello el sol cuando se alza halagüeño
y es cual una explosión su saludo al albor!
—¡Feliz aquel que puede saludar con amor
su caída del sol, más gloriosa que un sueño!

¡Recuerdo!… Lo vi todo, flor, surco, manantial,
bajo su ojo, en éxtasis, cual corazón que arde…
—¡Corramos al confín, de prisa, que ya es tarde,
para atrapar al menos su irradiación final!

Pero persigo en vano al Dios que va al misterio;
la irresistible noche establece su imperio,
negro, funesto, húmedo, lleno de escalofríos;

un olor de sepulcro cruza el negror arcano,
y mi pie vacilante topa junto al pantano
con imprevistos sapos y caracoles fríos.
Piezas condenadas

II
LESBOS

Madre de los placeres griegos y los romanos,
Lesbos, donde los besos lánguidos y dichosos,
cálidos como soles, cual sandías lozanos,
embellecen las noches y los días gloriosos;
madre de los placeres griegos y los romanos,

Lesbos, donde los besos son como las cascadas
que se lanzan sin miedo hacia abismos sin fondo
y corren, entre risas y llantos, agitadas,
tormentosas, secretas, bullendo en lo más hondo.
¡Lesbos, donde los besos son como las cascadas!

Lesbos, donde se atraen las Frinés mutuamente
y no quedó un suspiro sin respuesta amorosa.
¡Como Pafos, te admira la noche refulgente,
y de Safo bien puede estar Venus celosa!
Lesbos, donde se atraen las Frinés mutuamente,

Lesbos, tierra de noches cálidas e indolentes,
que hacen que en sus espejos (¡yerma sensualidad!)
muchachas ojerosas acaricien ardientes
los frutos ya maduros de su nubilidad;
Lesbos, tierra de noches cálidas e indolentes.

Que de Platon el ceño cubra un adusto velo;
tú arrancas el perdón con besos insaciables,
reina del dulce imperio, de amable y noble suelo,
y de refinamientos por siempre inagotables.
Que de Platón el ceño cubra un adusto velo.

Tú arrancas tu perdón del eterno desvelo
infligido sin tregua al alma codiciosa,
de algo visto en los bordes de otro lejano cielo
y que se aleja tras la sonrisa radiosa.
¡Tú arrancas el perdón del eterno desvelo!

¿Cuál osará juzgarte, Lesbos, de las Deidades
y condenar tu frente, de luchar macilenta,

si las áureas balanzas no han pesado raudales
de llanto cual tus ríos que van a mar sedienta?
¿Cuál osará juzgarte, Lesbos, de las Deidades?

¿Qué nos quieren las leyes de lo justo y lo injusto?
Honor del Archipiélago, oh sublimes vestales,
vuestro credo es igual que los otros augusto.
Amor reirá de fuerzas celestes e infernales.
¿Qué nos quieren las leyes de lo justo y lo injusto?

Pues Lesbos entre todos me elegiste en la tierra
para cantar lo oculto de tus niñas en flor,
y ya en la infancia supe del enigma que encierra
la loca risa unida al lloroso clamor,
pues Lesbos entre todos me ha elegido en la tierra.

Desde entonces yo velo de Leucade en la quieta
cima, guardián de ojos firmes y penetrantes
que acecha noche y día brick, tartana o corbeta,
cuyos perfiles tiemblan en el azur, distantes.
Desde entonces yo velo desde la cima quieta

para saber si el mar es indulgente y bueno,
y entre tantos sollozos con que vibra el peñón
un día tornará hacia Lesbos, sereno,
el cadáver de Safo que recibe el perdón,
para saber si el mar es indulgente y bueno.

¡De Safo la viril, la amante y el aedo,
más bella aún que Venus, pálida y taciturna!
¡Al ojo azul derrota el negro, y moja el ruedo
que conserva las huellas de la pena nocturna
de Safo la viril, la amante y el aedo!

Más bella aún que Venus, su calma despereza
y vierte los tesoros de serenidad tanta
sobre el mundo, y los rayos de su blonda belleza
sobre el viejo Océano a quien su hija encanta;
¡más bella aún que Venus su calma despereza!

De Safo, que murió por un amor blasfemo,
al insultar el culto y el ritual inventado

y convertir su cuerpo en el manjar supremo
de un bruto que su yerro dejó bien castigado,
de Safo, que murió por un amor blasfemo.

Y desde entonces Lesbos, como ayer, se lamenta,
y pese a los tributos que en el mundo despierta,
¡se embriaga cada noche con la aullante tormenta
cuyo son sube al cielo de su orilla desierta!
¡Y desde entonces Lesbos como ayer se lamenta!

III
MUJERES CONDENADAS

DELFINA E HIPÓLITA

A la pálida luz de lámparas murientes,
sobre muelles cojines impregnados de olor,
Hipólita evocaba las caricias potentes
que alzaran el cendal de su joven candor.

Buscaba con mirada que en el turbión tropieza,
de su antigua inocencia la esfera ya lejana,
lo mismo que un viajero que vuelve la cabeza
hacia el confín azul que cruzó de mañana.

De sus lánguidos ojos las lágrimas morosas,
la lasitud, el tedio, la lascivia sombría,
sus brazos flojos, laxos como armas ociosas,
su frágil hermosura todo ornaba y servía.

Descansando a sus pies, con deleite tranquilo,
Delfina la envolvía con sus ojos fervientes

cual fiera que contempla su presa en el sigilo,
recién después de haberla marcado con sus dientes.

Beldad fuerte de hinojos ante frágil belleza,
soberbia, ella aspiraba voluptuosamente
el vino de su triunfo, alzando con pereza
su rostro tal quien busca un pago, diligente.

Buscaba en la mirada de su pálida presa
el cántico silente de la dicha proscrita,
y aquella gratitud que la pupila expresa
como un largo suspiro, sublime e infinita.

«Hipólita, querida, ¿qué dices de estas cosas?
¿Comprendes ya que no se le debe ofrendar
el sagrado holocausto de tus primeras rosas
al brusco soplo que las puede marchitar?

»Mis besos son ligeros cual efímeras bellas
que al ocaso acarician los lagos transparentes,
pero los de tu amante te imprimirán sus huellas
lo mismo que carretas o arados muy hirientes;

»pasarán sobre ti como yunta pesada
de caballos y bueyes de cascos sin piedad…
Hermana mía, Hipólita, no escuches su llamada,
mi corazón, mi alma, mi todo y mi mitad;

»¡vuelve hacia mí tus ojos llenos de azules cielos!
¡Por sólo una mirada, que es bálsamo exquisito,
del goce más oscuro levantaré los velos
y yo te dormiré en un sueño infinito!».

Dijo Hipólita entonces, alzando la cabeza:
«Yo no soy nada ingrata, y no, no me arrepiento,
Delfina mía, sufro, y un malestar que empieza,
como tras un nocturno convite, experimento.

»Me amagan, ominosos, horrores inquietantes,
y negros batallones de fantasmas dispersos
que quieren conducirme por rutas inconstantes,
clausuradas por rojos horizontes adversos.

»¿Algún acto culpable acaso cometimos?
Explícame, si puedes, mi turbación miedosa.
Tiemblo cuando me llamas “tu ángel” entre mimos.
Y con todo, mi boca va en tu busca, premiosa.

»¡No me mires así, oh tú, mi pensamiento!
¡Tú, a quien amaré siempre, mi hermana de elección,
aún si te emboscaras para darme tormento
y fueras el principio de mi condenación!».

Delfina, sacudiendo su trágica melena,
y como si pateara su plinto de metal,
dijo con voz despótica de violenta condena:
«Ante el amor, ¿quién osa hacer mención del Mal?

»¡Maldito sea por siempre el soñador inútil
y estúpido que quiso por la primera vez
resolver un problema que es insoluble y fútil:
mezclar cosas de amores con reglas de honradez!

»Aquel que quiera unir en un acorde místico
juntos la noche, el día, la sombra y el calor,
¡nunca ha de calentar su cuerpo paralítico
en ese sol bermejo que llamamos amor!

»¡Ve, si quieres, y busca un estúpido novio,
ofrenda el cuerpo virgen a sus besos malvados!
y, llena de pesar y de horror y de oprobio,
volverás a mostrarme tus pechos torturados…

»¡Complacer sólo puedes a un amo en este mundo!».
La niña dando rienda a un inmenso dolor
gritó de pronto: «¡Siento en mi ser un profundo
abismo que se abre: el de mi corazón!

»¡Como un volcán ardiendo, hondo como el vacío!
¡Nada podrá saciar a ese monstruo gimiente,
ni vencer de la Euménide el anhelo sombrío
que empuñando la antorcha quema su sangre ardiente!

»¡Que cerradas cortinas nos aparten del mundo,
y que la lasitud nos traiga al fin reposo!

¡Yo quiero aniquilarme en tu seno profundo
y encontrar en tu pecho un sepulcro dichoso!».

Descended, descended, víctimas lamentables,
descended al camino del infierno inmortal;
lanzaos hasta el fondo en que las execrables
faltas que azota un viento que no es celestial

bullen en desconcierto con ruido de tormenta.
Sombras locas, corred a gozar sin testigo;
jamás apagareis vuestra furia violenta
y nacerá del hambre carnal vuestro castigo.

Nunca alumbrará un fresco rayo vuestras cavernas;
las grietas de los muros filtrarán sofocantes
miasmas que, al inflamarse lo mismo que linternas,
llenarán vuestros cuerpos de olores repugnantes.

La indócil aridez de vuestra complacencia
aumenta vuestra sed y vuestra piel lacera,
y al viento furibundo de la concupiscencia
crujirá vuestra carne como vieja bandera.

Muy lejos de los vivos, errantes, condenadas,
corred por los desiertos como lobas o potras;
¡cumplid vuestro destino, almas desordenadas,
y huid del infinito que lleváis en vosotras!

IV
EL LETEO

Ven a mi pecho, alma cruel y artera,
tigre adorado de aires indolentes;
yo quiero hundir mis dedos impacientes
en tu pesada y densa cabellera;

en tus enaguas, de tu olor trasunto,
enterrar mi cabeza atormentada,
y respirar como una flor ajada
suave relente de mi amor difunto.

¡Quiero dormir! ¡Que en el dormir zozobre!
En un sueño a la muerte parecido
besaré sin pudor ese bruñido
y hermoso cuerpo de color de cobre.

Para ahogar mis sollozos ya no creo
que baste nuestro lecho compartido;
en tu boca, fatal, yace el olvido
y fluye de tus besos el Leteo.

A mi destino con placer me inicio,
lo acataré como un predestinado;
mártir dócil, ingenuo condenado,
cuyo fervor encona su suplicio.

Ahogaré mi rencor en libación
de adormidera y venenosa planta
al extremo triunfal de esa garganta
que nunca ha aprisionado un corazón.

V
A LA QUE ES DEMASIADO ALEGRE

u cabeza, tu gesto, tu porte raro,
como un bello paisaje son seductores;
y la risa en tus rasgos encantadores
juega cual viento fresco en un cielo claro.

Al transeúnte triste, ya sin asombros,
que rozas al pasar, la salud encanta
que brota y como clara luz se levanta
de tus torneados brazos y de tus hombros.

Todos los resonantes, vivos colores
que matizan tus trajes de gran coqueta
arrojan al espíritu del poeta
la imagen de un alegre *ballet* de flores.

Esos locos vestidos son el emblema
de tu espíritu inquieto y abigarrado;
loca que ya me tienes a mí alocado,
¡como el amor, el odio por ti me quema!

En un jardín, ha tiempo, bello y sereno,
en el cual arrastraba yo mi atonía,
sentí súbitamente, cual ironía,
que el sol me desgarraba, fatal, el seno.

La primavera entonces y su belleza
humillaron de tal manera mi amor,
que castigué, ensañándome en una flor,
la lozana, insolente Naturaleza.

Así quisiera yo de noche, escondido,
a la hora en que la sed de placer encona,
ir hacia los tesoros de tu persona
y arrastrarme cual un cobarde, sin ruido,

para hostigar tu carne blanca y jocunda
y lastimar tu seno aún perdonado
y abrir sobre tu flanco desconcertado
una herida muy ancha, larga y profunda.

Y —¡vértigo, dulzura rara e impía!—
entre esos nuevos labios ya temblorosos,
mucho más seductores y luminosos,
mi veneno inyectarte, ¡oh, hermana mía!

VI
LAS JOYAS

Desnuda, y conociendo como nadie mi amor,
ella sólo lucía sus alhajas sonoras
cuyo fasto le daba el aire vencedor
que en sus días felices lucen las siervas moras.

Con el ruido burlón de su danza estridente
ese mundo de gemas y metales unidos
en éxtasis me arroba, y yo amo locamente
todo aquello que mezcla la luz y los sonidos.

Sobre el diván tendida se dejaba adorar
y sonreía, plena, al sentir con agrado
mi amor que la inundaba, profundo como un mar
que en su interior subiera hacia su acantilado.

Fijos en mí sus ojos, igual que un tigre manso,
con aire soñador cambiaba de postura
y su candor, unido a un lúbrico descanso
de sus metamorfosis, realzaba la hermosura.

Y su brazo y su pierna y sus glúteos morenos
cual untados de aceite, como un cisne ondulantes,
iban ante mis ojos videntes y serenos;
vientre y senos, las uvas de mi viña, triunfantes,

se acercaban, más dúctiles que ángeles del Mal,
a perturbar la paz por mi alma conquistada
y alejarla del alto peñasco de cristal
donde, sola y tranquila, se encontraba asentada.

Yo creía ver juntos, en croquis novedoso,
las caderas de Antíope y el busto de un efebo,
¡cómo alzaba la pelvis su talle tan airoso,
y el afeite en su tez era soberbio y nuevo!

Se apagaba la lámpara en el mudo retiro
y el hogar sólo daba su lumbre inquieta y flava,
y, siempre que lanzaba un llameante suspiro,
aquella piel de ámbar en sombra ensangrentaba.

VII
LAS METAMORFOSIS DEL VAMPIRO

La mujer, mientras tanto, de su boca de fresa,
torciéndose cual sierpe que abrasa una pavesa
y tocando sus senos con hierro encorsetados,
deslizó estos conceptos, de perfume impregnados:
«Mis labios están húmedos, y conozco la ciencia
de hacer que sobre un lecho se pierda la conciencia.
Seco todas las lágrimas en mis pechos de armiño
y hago reír al viejo como reiría un niño.
Para quien me contempla ya desnuda y sin velo,
¡soy el sol y la luna y los astros del cielo!
Soy tan docta, buen sabio, en placeres prohibidos,
que al estrechar a un hombre en mis brazos temidos,
o cuando a sus mordidas abandono mi busto,
tímido y libertino, y frágil y robusto,
sobre colchones donde se embriaga el frenesí,
¡perdiéranse los ángeles impotentes por mí!».

Cuando ya hubo chupado la enjundia de mis huesos
y me volví hacia ella, débil por sus excesos,
para poder besarla de nuevo, con amor,
¡sólo un odre viscoso de pus vi con horror!
Los dos ojos cerré con pavor que me helaba,
y al abrirlos de nuevo a la luz que brillaba,
a mi lado, en lugar del figurín fornido
que de toda mi sangre se había ya nutrido,
en confusión temblaban despojos de esqueleto
que daban el chirrido de un banderín inquieto,
un letrero sobre una varilla de metal
que balancea el viento en la noche invernal.

VIII
EL SURTIDOR

Tus ojos se han cansado, amante;
deja tus párpados caer
y queda como en este instante,
sorprendida por el placer.
En el jardín, donde murmura
a sol y a sombra, el surtidor
habla esta noche con dulzura
al hondo pasmo de mi amor.

El haz que se dilata
en mil flores,
del que Febea grata
pinta los colores,
una lluvia desata
de lágrimas de amores.

Así, tu ánima devorada
de ardiente voluptuosidad,
se lanza rauda y denodada
hacia la absorta inmensidad.
Ya se abre y, desfalleciente,
lánguido y triste borbollón,
baja por oculta pendiente
al fondo de mi corazón.

El haz que se dilata
en mil flores,
del que Febea grata
pinta los colores,
una lluvia desata

de lágrimas de amores.

¡Oh tú, hoy como nunca bella!
¡Con qué suavidad se percibe
sobre tus senos la querella
que solloza sobre el aljibe!
Luna que fluyes, noche pía,
trémula fronda en derredor:
vuestra pura melancolía
es el espejo de mi amor.

El haz que se dilata
en mil flores,
del que Febea grata
pinta los colores,
una lluvia desata
de lágrimas de amores.

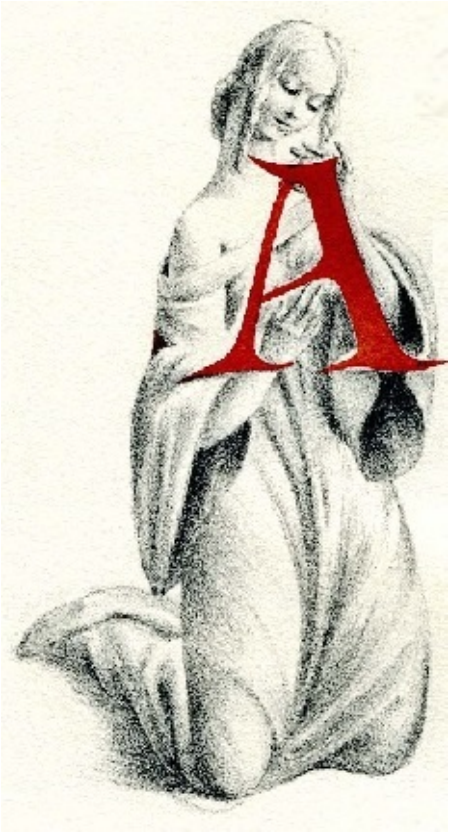
IX
LOS OJOS DE BERTA

Los más celebres ojos, pues podéis, despreciad,
ojos de mi pequeña, que filtra en su pupila
un no sé qué de suave como noche tranquila.
¡Sobre mí vuestras sombras de encanto derramad!

¡Ojazos de mi niña, arcanos adorados,
sois casi semejantes a aquellas grutas mágicas
en las cuales, detrás de las sombras letárgicas,
fulguran vagamente tesoros ignorados!

Los ojos de mi niña son profundos y vastos,
¡como tú, Noche inmensa, su resplandor se ve!
Su fuego es de pensares de Amor, llenos de Fe,
que lucen en el fondo, voluptuosos o castos.

X
HIMNO



la muy buena, a la muy bella
que me llena de claridad,
al ángel, inmortal estrella,
¡salud en la inmortalidad!

Ella en mi vida se desliza
como un aire que huele a sal,
y en mi alma descontentadiza
vierte el gusto de lo inmortal.

Fresca almohadilla que permea
con su efluvio un reducto amado,
y fiel turíbulo que humea
toda la noche, abandonado.

¿Cómo, oh amor incorruptible,
explicarte con la verdad,
grano de aroma que, invisible,
reposas en mi eternidad?

A la muy buena, a la muy bella,
mi salud, mi felicidad,
al ángel, inmortal estrella,
¡salud en la inmortalidad!

XI
LAS PROMESAS DE UN ROSTRO

Amo, pálida hermosa, tus pestañas oscuras
que derraman a gotas lobregueces;
y de tus grandes ojos me inspira la negrura
ideas nada fúnebres, a veces.

Tus ojos armonizan con tus negros cabellos,
con tu espesa melena elástica:
«Si quieres lograr —dicen tus grandes ojos bellos—,
amante de la musa plástica,

»la esperanza que en ti por nosotros despierta
y los placeres que al soñar no arrancas,
sabrás que la promesa que te damos es cierta
desde el ombligo hasta las suaves ancas;

»hallarás en las puntas de mi pecho alabeado
dos broncíneas monedas,
y bajo un vientre liso, como aterciopelado,
tal de un bonzo la piel de seda,

»un espeso vellón que es hermano menor
de esta melena y su foscura,
flexible, ensortijado, tu igual en espesor,
¡Noche sin astros, Noche oscura!».

XIV
VERSOS PARA EL RETRATO DE HONORÉ DAUMIER

Él, cuya imagen te ofrecemos,
es, lector, artista sutil,
nos enseña a que nos burlemos
de nosotros, sabio entre mil.

Es un satírico burlón;
mas la energía con la cual
pinta lo que provoca el Mal
muestra su bello corazón.

Su risa no es la triste guasa
de Melmoth, o la de Mefisto
bajo el hachón de lo imprevisto
que nos hiela si los abrasa.

Tal risa es ¡ay! hilaridad
que de una pena se descarga;
¡la suya fulge, nunca amarga,
como señal de su bondad!

XV
LOLA DE VALENCIA

DESCRIPCIÓN PARA EL CUADRO DE EDOUARD MANET (1863)

Entre tantas bellezas de que el mirar se alegra,
siente el deseo, amigos, natural reticencia;
mas se ve centellear en Lola de Valencia
el primor casual de una joya rosada y negra.

XVI
SOBRE *EL TASSO EN PRISIÓN* DE EUGÈNE DELACROIX

El poeta en su celda, enfermizo y astroso,
enrolla un manuscrito con el pie tembloroso,
mientras mide con ojos que un gran terror enciende
la escalera de vértigo que su alma desciende.

Las risas embriagantes que invaden la prisión
a lo extraño y absurdo invitan su razón,
la Duda lo acorrala, y el ridículo Miedo,
abyecto y multiforme, lo amuralla en su ruedo.

Ese genio encerrado en un antro insalubre,
entre muecas y espectros cuya cruel muchedumbre
se apiña, amotinada, junto a su oído alerta,

durmiente al que el horror de su estancia despierta,
tu emblema es, ¡oh alma de los sueños oscuros,
que lo Real asfixia entre sus cuatro muros!

1842

XVII
LA VOZ

Mi cuna estaba a una biblioteca contigua.
Babel sombría; todo: cuento, ciencias, romance,
ceniza del latino, polvo de Grecia antigua,
junto. Y ella, alto infolio, fuera de todo alcance.
Dos voces me llamaban. Una, firme, insidiosa:
«La Tierra es un pastel dulcísimo —decía—.
Yo puedo (¡y tu deleite vencerá toda cosa!)
despertar en ti un hambre que nada saciaría».
La otra: «¡Oh ven, ven pronto a viajar en un sueño,
allende lo posible, con rumbo a lo ignorado!».
Y cantaba cual brisa de litoral isleño,
fantasma de quién sabe cuáles rumbos llegado,
que acaricia el oído y a la vez amedrenta.
Yo respondí: «Oh suave voz». De aquella hora
data lo que se puede llamar mi herida cruenta
y mi fatalidad. Tras lo que aquí decora
la existencia, y en lo más negro del abismo,
impares mundos veo, clarividente a ratos,
y por esa videncia, castigado yo mismo,
voy arrastrando sierpes que muerden mis zapatos.
Desde entonces, profeta de aciagas predicciones,
amo el mar y el desierto por igual, sin embargo;
río en los duelos, lloro en las celebraciones,
y le encuentro dulzuras al vino más amargo;
lo real que yo miro confundo con ensueños
y por mirar lo alto resbalo en la pendiente.
Pero la Voz me dice, cordial: «Guarda tus sueños.
¡No es más bello el del sabio que el sueño del demente!».

XVIII
LO IMPREVISTO

Harpagon, que velaba al padre agonizante,
se decía al mirar, ya blanco, al casi muerto:
«Hay en nuestro granero, en número bastante,
tablas viejas, a mí me parece, ¿no es cierto?».

Arrulla Celimena: «Bueno es mi corazón,
y como es natural, Dios me dio gran belleza».
¡Su corazón! ¡Calloso y ahumado cual jamón,
que en la llama eternal siempre se cueza!

Un cronista famoso que se cree lumbrera
dice al pobre a quien en tinieblas ha sumido:
«¿Dónde ves al creador que bello al mundo hiciera,
el justiciero Dios en que has creído?».

Más que a nadie conozco a cierto voluptuoso
que sin cesar bosteza, y se lamenta, y llora,
y repite, impotente y fatuo: «Si, yo quiero
ser muy virtuoso, ¡mas por una hora!».

El reloj, a su vez, susurra: «¡Está maduro
el condenado! En vano le muestro el cuerpo infecto.
¡El hombre es ciego, sordo y frágil, como un muro
que habita y que carcome algún insecto!».

Alguien luego aparece, que todos han negado,
y que burlón les dice: «En mi copón bendito,
creo, en la Misa Negra, ¿no habéis ya comulgado,
alegremente, como en sacro rito?

»Cada uno de vosotros un templo me ha elevado
en su pecho, y oculto besa mi culo inmundo.
¡Advertid a Satán en su reír taimado,
enorme y espantoso como el mundo!

»Hipócritas pillados, ¿acaso habéis creído
que se puede burlar del Maestro el recelo,
y que se puede ser dos veces bendecido
con ser rico y también con ir al Cielo?

»Debe cobrar la caza el viejo cazador
que acecha sin descanso su presa todo el día.
Os lo llevo cruzando del bosque el espesor,
compañeros de mi triste alegría,

»adonde lo más denso de tierra y piedra toque,
entre vuestro amasijo de futura ceniza,
hacia un palacio grande cual yo, de un solo bloque,
de piedra berroqueña, no caliza,

»¡porque esta hecho del universal Pecado
y contiene mi orgullo, mi dolor y mi gloria!».
Mientras, desde la altura celestial inclinado,
toca en su trompa un Ángel la victoria

de aquellos que clamaron: «¡Bendito sea tu foete,
Señor! ¡Que la congoja, oh padre, sea bendita!
Sé que mi alma en tus manos no es un vano juguete,
y sé que tu prudencia es infinita».

La divina trompeta tiene sones tan bellos
que en las tardes solemnes de celestial cobranza
se infiltra como un éxtasis en las almas de aquellos
de quienes canta la alabanza.

XIX
EL RESCATE

El hombre tiene, para su rescate,
dos campos de arcillosa y honda greda,
que debe arar sin que un instante ceda
el hierro —su razón— en el combate;

para obtener apenas una rosa,
para sacar tal vez alguna espiga,
con sucio llanto de su sien canosa
debe irrigarlos siempre, sin fatiga.

Uno es el Arte; el otro es el Amor.
Para tornar la autoridad propicia
cuando de la más rígida justicia
se eleve al fin el día aterrador,

ante su Juez ha de mostrar con celo
granjas llenas de espigas y de flores
a cuyas bellas formas y colores
den su voto los Ángeles del Cielo.

XX
A UNA MALABARESA

Tus pies son cual tus manos de finos, y tus ancas,
dignas de dar envidia a las más bellas blancas;
al pensativo artista tu suave cuerpo alegra
y tu enorme pupila, más que tu piel, es negra.
En tu país natal, cálido, azul, risueño,
te ocupas de encender la pipa de tu dueño,
rellenar de agua fresca los frascos, y de olores,
y alejar de la cama mosquitos zumbadores,
y cuando el platanar canta por las mañanas
compras en el bazar ananás y bananas.
Vas con los pies desnudos de un lado a otro lado
todo el día y susurras algún aire ignorado;
y al declinar el día de manto carmesí
te tiendes suavemente en tu estera, y allí
duermes un leve sueño, lleno de colibríes,
como tú, floreciente, que ríe como ríes.
¿Por qué quieres ver Francia —tú, llena de contento—,
país superpoblado que siega el sufrimiento,
y, confiada a los brazos de fuertes marineros,
despedirte de tus amados cocoteros?
Sólo vestida a medias de tenue muselina,
temblando entre la escarcha y la nieve dañina,
¡cuán triste llorarías tus costumbres sencillas
si algún corsé brutal ciñera tus costillas!

Del fango tú tendrías que comer entretanto
y vender el aroma de tu exótico encanto,
¡siguiendo pensativa, entre nieblas y miasmas,
de tus palmas ausentes los dispersos fantasmas!

1840

ALGUNAS POESÍAS AÑADIDAS A LA TERCERA EDICIÓN

(Póstuma)

I
EPÍGRAFE PARA UN LIBRO CONDENADO

Lector apacible y bucólico,
sobrio y cándido ser humano:
tira este libro saturniano,
orgiástico y melancólico.

Si no aprendiste del retórico
Satán, el astuto decano,
¡tíralo! Habrá de serte arcano,
o a mí me juzgarás histérico.

Mas, si te puedes asomar
a las simas, libre de encanto,
léeme y pronto me has de amar.

Alma que sufres cruel castigo
y un paraíso vas buscando:
¡tenme piedad… o te maldigo!

II
A THÉODORE DE BANVILLE

Vos habéis empuñado las crenchas de la Diosa
con puño tal, con aire de tan grácil maestría
y tan bello descuido, que alguien os tomaría
por un joven rufián que maltrata a su hermosa.

Claros los ojos que arden con precoz avidez,
descansasteis de vuestro orgullo de arquitecto
en obras que a la audacia dan el matiz correcto
y son prenda temprana de vuestra madurez.

Poeta: nuestra sangre mana por cada poro.
El pelo del Centauro de cabalgar sonoro
que trocó toda vena en fúnebre laguna,

¿fue tres veces teñido por las babas sutiles
de aquellos vengativos y monstruosos reptiles
que Heracles, en la infancia, estranguló en su cuna?

IV
LA ORACIÓN DE UN PAGANO

¡No dejes apagar tus llamas!
¡Calienta mi pecho aterido,
placer, tortura de las almas!
Diva! *supplicem exaudî*!

¡Diosa en los aires expandida,
flama que abrasas toda hondura!
¡Atiende a un alma entumecida
que en bronces canta tu hermosura!

¡Sensualidad, sé reina serena,
lleva una máscara de sirena
hecha de carne y terciopelo,

o dame un sueño sin desvelo
en el vino informe y fantástico!
¡Sensualidad, fantasma elástico!

V
LA TAPA

Ya por mar, ya por tierra, por doquiera que fueres,
en un clima de fuego, bajo un sol claudicante,
servidor de Jesús, cortesano en Citeres,
mendigo tenebroso o Creso rutilante,

rústico, citadino, sedentario, errabundo,
ya sea tu cerebro muy lento o muy premioso,
sientes, hombre, el horror del misterio, profundo,
y elevas a la altura los ojos tembloroso.

¡Arriba, el Cielo! Cueva que asfixia como estufa,
techo para alumbrar una ópera bufa,
donde arrastra el histrión su sangrienta verdad.

Terror del disoluto, fe del loco eremita:
¡el Cielo! Tapa negra de la enorme marmita
en que bulle la ínfima y vasta Humanidad.

VI
EL EXAMEN DE MEDIANOCHE

El péndulo que marca medianoche
nos invita con tácita ironía
a recordar qué hicimos de este día
que huye, y nos decimos con reproche:
hoy, viernes trece, día aciago, hemos,
por más que meditar nos aconseje,
y a pesar de lo mucho que sabemos,
arrastrado la vida de un hereje.

De Jesús mismo hemos blasfemado,
Dios verdadero y único, ex profeso,
y como un vil parásito, sentado
a la mesa de algún deforme Creso,
por cortejar el mal nos rebajamos
—aquel que en los Demonios se solaza—
a cubrir de improperios lo que amamos
y halagar lo que siempre nos rechaza.

Hemos, servil verdugo, entristecido
al débil que padece con modestia
injusto ultraje, y a la enorme Bestia
de gran testuz de toro enaltecido;
a la imbécil Materia decadente
hemos besado con gran Devoción,
y bendecido la Putrefacción
por su pálida luz desfalleciente.

Y nos hemos, también —para anegar
en vértigo el delirio cuanto antes,
de la Lira orgullosos oficiantes
cuya gloria mayor es desplegar
de todo lo funéreo la ebriedad—,
sin sed ni hambre, hartado en el festín.
¡Apaguemos la luz, a ver si al fin
nos ocultamos en la oscuridad!

VII
MADRIGAL TRISTE

I

ué me importa tu sensatez?
¡Sé bella! ¡Y sé triste! El llanto
añade un encanto a la tez
como un río al bosque tal vez;
la tormenta refresca el campo.

Te amo más cuando se pliega
sin gozo tu frente abatida,
tu alma en el horror se anega
y sobre tu hoy se despliega
la nube del ayer, temida.

Cuando vierten, sangre quemante,
tus grandes ojos un fluido
y, sin sentir mi mano amante,
tu grave angustia emite un ruido
como estertor de agonizante.

¡Aspiro, lascivia divina!
¡Himno profundo, placentero!
¡Sollozo que tu pecho inclina!
¡Créeme, tu alma se ilumina
si la perla el llanto sincero!

II

Sé que tu pecho, que rebosa
viejos amores desgarrados,
arde cual fragua y no reposa,
y en tu pecho guardas celosa
el desdén de los condenados;

sólo, amada, cuando el infierno
refleje tu visión sin freno
y en un desasosiego eterno
sueñes con dagas y veneno,
con pólvora y hierro en tu seno,

y con temor abras tu puerta
viendo en todo la desventura,
convulsa en la hora despierta,
y te apriete la garra dura
del asco en su tortura cierta,

podrás, esclava soberana
que me amas con temor sombrío
en la horrible noche malsana,
decirme, con alma que clama,
«¡Yo soy igual a ti, Rey mío!».

VIII
LA AVISADORA

Todo hombre de ese nombre digno
lleva en el pecho una Sierpe amarilla
que reina allí tal sobre regia silla,
y a todo ruego niega con un signo.

Si ahondas las pupilas de ardor plenas
que tienen satiresas y sirenas,
el Diente dice: «¡Tu deber te guarde!».

Árboles planta, engendra criaturas;
hagas versos o talles esculturas,
te dice el Diente: «¿Vivirás más tarde?».

Ya espere o haga esbozos, incansable,
ni un instante de toda su existencia
puede el hombre vivir sin la advertencia
de la víbora aquella insoportable.

IX
EL REBELDE

Un ángel deja el cielo, cual águila volando,
del incrédulo empuña los cabellos, violento,
y agitándolo dice: «¡Sabrás el reglamento!
(Porque soy tu buen Angel, ¿me oyes?) ¡Yo lo mando!

»Sabe bien que has de amar sin mohín displicente
al pobre, al contrahecho, al idiota, al malvado,
para hacerle una alfombra de caridad ferviente
a Jesús si pasara una vez por tu lado.

»¡Así es Amor! Haz que antes que el desencanto llegue,
para exaltar a Dios, en luz tu alma se anegue;
¡es el gozo más real, de encanto duradero!».

Y el Ángel, porque ama, en castigar se extrema
y con puño gigante tortura al anatema,
pero el maldito siempre le responde: «¡No quiero!».

X
MUY LEJOS DE AQUÍ

Aquí está la choza sagrada
en que la joven adornada,
siempre tranquila y preparada,

refresca el seno con la mano,
y, el codo en el cojín cercano,
oye el caño que llora en vano:

es la alcoba de Dorotea;
canta la fuente en lo lejano
su lloro que tartamudea
y a la niña mimada orea.

De arriba abajo, con cuidado,
macera la piel que blandea
de benjuí y de aceite aromado.
Y una flor muere en un costado.

XI
EL ABISMO

Pascal tuvo su abismo, que a su lado se abría.
Todo es sima: la acción, el sueño, el deseo,
¡la palabra! En mi vello, que ya erizarse veo,
he sentido del Miedo pasar la racha fría.

Arriba, abajo, por doquier, legua tras legua,
profundidad, desierto, gran espacio atrayente…
Dios, en mi honda noche, con su dedo sapiente,
traza una pesadilla multiforme y sin tregua.

Me aterra el sueño como un inmenso agujero
lleno de vago horror, de incierto paradero;
sólo veo infinito por abiertas batientes

y mi espíritu, presa de mareante ebriedad,
envidia de la Nada la insensibilidad.
¡Ah, no salir jamás de Números y Entes!

XII
LAS QUEJAS DE UN ÍCARO

El amante de las rameras
está feliz, listo y saciado,
pero mis brazos se han quebrado
de abrazar nubes pasajeras.

Debo a las estrellas sin par
que en la altura dan esplendores
estar ciego y sólo evocar
de soles muertos los fulgores.

Del espacio en vano he querido
llegar al fondo, y no me allego:
bajo un oculto ojo de fuego
siento que el ala se ha partido.

Y ardiendo en amor de lo pulcro
—honor sublime— ni aun yo mismo
nombre podré dar al abismo
que ha de servirme de sepulcro.

XIII
RECOGIMIENTO

Se juiciosa, oh mi pena, y a la calma ya vuelve.
Pedías el Ocaso; ya desciende, aquí llega;
una atmósfera oscura a la ciudad envuelve,
y a unos trae la paz que a los otros les niega.

Mientras de los mortales una multitud vil
que flagela el verdugo Placer, con frenesí,
y acumula pesares en la orgía servil,
Pena mía, dame la mano, ven por aquí,

lejos de ellos. Mira los años ya finados
asomarse a los Cielos en trajes anticuados;
mira surgir del agua, la sonriente Añoranza;

el sol que bajo un arco se muere lentamente,
y, como un gran sudario que se arrastra al Oriente,
oye, amada, la noche, que suave y lenta avanza.

XIV
LA LUNA OFENDIDA

Oh Luna que adoraron con discretas maneras
nuestros padres, en lo alto donde, harén luminoso,
las estrellas te siguen con boato ostentoso,
mi vieja Cintia, lámpara de nuestras madrigueras,

¿no ves a los amantes que en piltras placenteras,
dormidos, de sus dientes muestran el brillo hermoso?
¿Al poeta que aduerme su trabajo oneroso?
¿Acoplarse en la hierba las víboras rastreras?

¿Bajo tu glauca veste de dominó, furtiva,
vas como ayer de noche, hasta que el alba arriba,
de Endimión a besar las gracias anticuadas?

«Veo a tu madre, hijo de un siglo empobrecido,
al espejo asomar su montón de jornadas
y enyesar el regazo, falaz, que te ha nutrido».

PROYECTO DE EPÍLOGO PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

Tranquilo como un sabio y dulce tal maldito,
he dicho:
Te amo, oh mi muy bella, oh mi encantadora…
Cuántas veces…
Tus excesos sin sed, tus amores sin alma,
Tu afán de lo infinito
que por doquier, en el mal mismo, se proclama…
tus bombas, tus puñales, tus victorias, tus fiestas,
tus arrabales melancólicos,
tus hoteles lujosos,
tus jardines llenos de suspiros y de intrigas,
tus templos que vomitan la plegaria con música
tus angustias de niño, juegos de vieja loca,
tus grandes desalientos;

y tus fuegos de artificio, erupciones de júbilo,
que hacen reír al Cielo mudo y tenebroso.

Tu vicio venerable desplegado en la seda,
y tu virtud risible de mirar desdichado,
dulce, que se extasía del lujo que despliega.

Tus principios salvados y leyes execradas,
tus monumentos altos que desgarran la niebla,
tus cúpulas metálicas que el alto sol inflama,
tus reinas de teatro, de voces hechiceras,
tus campanas, cañones, orquesta que ensordece,
tus magos adoquines tomados fortalezas,
tus pobres oradores hinchados y barrocos,
predicando el amor, y luego tus canales donde la sangre crece
y cae en el Infierno cual vastos Orinocos,
tus ángeles, tus bufos nuevos con sus vestidos rotos,
ángeles de oro y púrpura cuyo fulgor encanta,
sed testigos de que cumplí con mi deber
como un perfecto químico y como un alma santa.
Porque de cada cosa saqué la quintaesencia,
Tú me diste tu fango y de él hice oro.

CHARLES BAUDELAIRE (PARÍS, 1821-1867), considerado a menudo el padre de la poesía moderna, fue poeta, traductor y un crítico visionario. Su vida estuvo marcada por el escándalo desde que se introdujo en la bohemia parisina y conoció a autores como Gerárd de Nerval, Honoré de Balzac y los jóvenes poetas del Barrio Latino.

Comprometido por su participación en la revolución de 1848, la publicación de *Las flores del mal* (1857) acabó de desatar la violenta polémica creada en torno a su persona. Tras ocho años de minucioso trabajo, el poemario marcó un hito en la poesía francesa, provocando la ira de algunos críticos, el secuestro de la edición y el procesamiento del autor y el editor por «ofensas a la moral pública y las buenas costumbres». Sin embargo, ni la orden de suprimir seis de los poemas del volumen ni la multa de trescientos francos que le fue impuesta impidieron la reedición de la misma en 1861. En esta nueva versión aparecieron, además, treinta y cinco textos inéditos.

Otras de sus obras son *Los paraísos artificiales* (1860), *Pequeños poemas en prosa* (1862) y *Los despojos* (1866). Tras su muerte se publicaron *El arte romántico* (1868), recopilación de sus trabajos de crítica literaria; *Curiosidades estéticas* (1868), apreciaciones acerca de los salones parisinos; *Diarios íntimos* (que incluyen *Cohetes* y *Mi corazón al desnudo*) en 1909; y su obra completa en 1939.

Falleció en una clínica de París en agosto de 1867, y está enterrado en el cementerio de Montparnasse.

Notas

[1] «Siempre la misma». <<

[2] Tristes y errantes. <<